

SOCIEDAD COLOMBINA

ONUBENSE

MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1893



HUELVA

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE MUÑOZ.

SAGASTA, 8 Y ALAMEDA SUNDHEIM, 15

1894

SOCIEDAD COLOMBINA

ONUBENSE

MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1893

HUELVA

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE MUÑOZ,

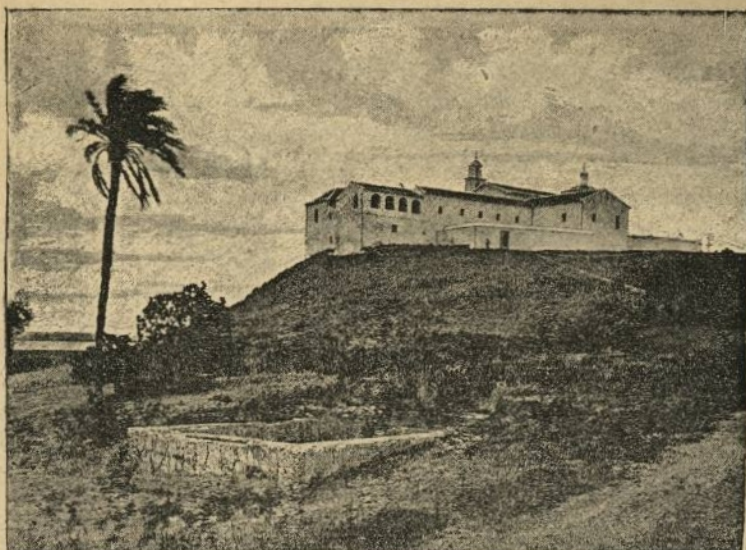
SAGASTA, 6 Y ALAMEDA SUNDHRIM, 15

1894

JUICIO CRÍTICO

ACERCA DE LA INTERVENCIÓN QUE TUVO EN EL DESCUBRIMIENTO
DEL NUEVO MUNDO
EL GUARDIÁN DE LA RÁBIDA Y NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE ESTE CÉLEBRE
PERSONAJE.

LEMA: FR. BARTOLOMÉ LAS CASAS.



I

Fr. José de Sigüenza, sucesor de S. Agustín y Orosio y predecesor de Bossuet, al proclamar la teoría de los *hombres providenciales*,⁽¹⁾ exaltó y magnificó el elemento humano en la historia.⁽²⁾ Habría exaltado y magnificado las decoraciones de la misma, formulando la teoría de los *edificios providenciales*. Uno de los que con legitimidad mayor ostenta el título de *edificio providencial*, es el monasterio de la Rábida.

No puede él ser comparado á una granada de oro henchida de rubíes, ni á la concha de dorados nácares, palacio en miniatura fabricado por la luz para albergar la perla, Vénus del mundo mineral, entre las espumas marítimas nacida.

No es un magnífico estuche que guarda maravillas artísticas, como Asís, ó la Cartuja de Miraflores, ó Belén, donde la piedra canta el cable, el mástil, la aguja náutica, todos los signos heráldicos de la edad de las odiseas más ilustre de los siglos. Álzase á media hora de Palos, en una peninsulilla de la ría de Huelva que defiende por la parte de las aguas, subida muy áspera.

Hoy, con el afecto que ayer, lo saludan las olas, el Odiel y el

Tinto; mas, como ayer, el Odiel, el Tinto y las olas no confunden hoy sus murmullos al saludarlo, con los del aire que circulaba entre las palmeras y los pinos, los almendros y los romerales, los limoneros y los naranjos, que formaban á fines del siglo xv, caprichoso y poético bosque, alrededor de la franciscana casa.

No existe en el orbe un edificio mejor situado que la Rábida. Desde sus miradores se divisan dos paisajes magníficos y una marina coronada por el cielo azul más embelesador que los pinceles de Dios han teñido jamás. En cambio, en el orbe no existen muchos edificios que aventajen á la Rábida en humildad de aspecto, pues no lo agracia belleza arquitectónica alguna.

Es una masa, adicionada sin orden ni simetría, en la que se ven paredones que trascienden á fortificación antigua y arcos que aspiran á terminar con esbeltez ojival, ó están casi cerrados en herradura. La pobreza reina en absoluto en el monumento; y sin embargo, no hay otro que entusiasme más que él. Entusiasma, porque allí la historia suple las deficiencias de la arquitectura, con la sublimidad que suple las deficiencias del arte la naturaleza, en la montaña inmortalizada por Virués, donde entre rocas y precipicios, nidos de halcones y de águilas, tiene altar la *Virgen morenita*, invocada por el soldado de Alonso V al entrar en Nápoles y por el marino de Roger de Lauria, en las ensangrentadas aguas de Malta y en el ensangrentado puerto de Rosas.⁽³⁾ Entusiasma, porque lo realzan augustas sombras; porque evapora de su seno pensamientos sublimes; y porque destila ideas impregnadas de áurea miel. Y entusiasma, porque tiene la encantadora hermosura de la modestia.

Allí fué discutido el problema de mayor interés para la humanidad que ha sido nunca planteado, después del que quedó resuelto entre las pajas de Belén y los tomillos del Gólgota. Allí se fijaron los destinos de Colón, y fué armado el torno que dió á la tierra sus dimensiones matemáticas. Allí encontró refugio y aprestó naves, el hombre que fijó al Atlántico las orillas y el límite que la cosmografía le negaba, y demostró que contienen verdad las palabras de Petrarca, Pulci y el Amador de Beatriz que dicen, que el sol al dejarnos, va quizás hacia otros mortales que le esperan. Allí están, según escribe un historiador insigne:—la celda de Fr. Juan Pérez; el sepulcro de Martín Alonso Pinzón; los poyos que oyeron á los marineros discurrir y comentar las leyendas marítimas que se contaban sobre la toldilla, en las noches de sombras plateadas; y la iglesia que ornaron mil ex-votos.⁽⁴⁾ Allí en fin, siéntese brotar con brío la voz del patriotismo, la de la fé reli-

giosa y la de la veneración á las excelsitudes humanas, pues las tres voces arrancan:—la palma solitaria, que en la huerta del monasterio aparece, como el último resto de una flora que ya no existe; las gradas de la histórica Cruz; la pórtería; y la *Virgen de los Milagros*, que recordarán siempre con tiernísima poesía, episodios del poema sublime *cuyo poeta es la Providencia...*⁽⁶⁾ del sublime poema de la historia.

Merece la Rábida un ensalzador tan elocuente, cual el que han tenido Yuste, las ermitas *del Diablo y fray Garin*, ó las cuevas de Montserrat.

II

FR. JUAN PÉREZ Y FR. ANTONIO DE MARCHENA

Emilio Castelar lo ha dicho, y el orador ciceroniano tiene razón:—Muchas veces, la personalidad histórica que de un paisaje se levanta, lo borra con su luz, como el sol á las estrellas, y supéralo con toda la superioridad que sobre la naturaleza tiene el espíritu.⁽⁶⁾

Lamartine expresó la misma idea, al decir que Nápoles es Virgilio y el Tasso.⁽⁷⁾ Por igual razón que siempre, siempre!, irán unidos el nombre de San Francisco á Asís y el de Camoëns al Océano, siempre, siempre! también, el nombre del celebérrimo Guardián de la Rábida irá unido al de este monasterio y de este monasterio se levantará borrándolo, la sombra augusta del fraile que vivía para servir á Dios, donde diz que hubo rico templo *del infierno á la diosa consagrado*.⁽⁸⁾

Y ¿quién fué el guardián de la Rábida? He aquí una tesis, que ha dado lugar á discusiones históricas tan empeñadas, como la frase *Homero no ha existido*, escrita por Wolf en sus *Prolegómenos*, después de haber conocido los Escolios Venecianos y que motivó un litigio, en el que alegaron éntre otros Fauriel, Guignaut, Schlegel, Lachmann, Welcker, Nitzsch, Muller, Grote, Lauer, Kochly y Hermann, célebres por las hipótesis audaces, ó por las prudentes que han fundado sobre la vida del númen, ya religioso, ya docto, que se inspiró en los cantos de los rhapsodas, reproduio con libertad los hechos y los caracteres que más placer estético proporcionaban á la Grecia, y creó la parte capital y principalísima de la *Iliada*.⁽⁹⁾

En el magnífico drama, del cual es protagonista el hombre que fué entre los descubridores, lo que Sócrates en la filosofía y Rafael en el arte,—un genio tipo,—figuran en escenas distintas, un Fr. Juan Pérez, Guardián de la Rábida, y un Fr. Antonio de Marchena, *buen astrólogo* y defensor de las ideas científicas del Genovés. En algunas historias, están confundidos los papeles desempeñados por ambas personalidades; y los apellidos de las mismas, aparecen enlazados y constituyendo uno solo. De tal error son responsables Herrera y Gomara, faltos de exactitud, precisión y coordinación en los hechos y las noticias que suministran.⁽¹⁰⁾

Los dos ignoraron la existencia de Fr. Antonio; y al encontrarse frente á frente de él, obligados á apreciar los servicios de tal personaje, los atribuyeron á Fr. Pérez y prolongáronle el apellido. Por fortuna se sabe hoy quién fuese el Guardián de la Rábida, porque los datos por el erudito arrojados al barbecho de la atención de la crítica, no ya han florecido, han fructificado.

Garci Hernández, en muy conocido proceso, afirmó la existencia de un íntimo amigo y bienhechor de Colón, que vestía el sayal de San Francisco en la Rábida, por los años de 1484 y siguientes y se llamaba Fr. Juan Pérez.

En el mismo pleito, Alonso Vélez Alcaide, alcalde mayor de Palos, habla de que el Genovés estuvo mucho tiempo hospedado en la Rábida y *publicando* en la villa *el descubrimiento de las Indias*, y de que comunicaba *la negociación del descubrir con un fraile astrólogo* Guardián del claustro y un Fr. Juan Pérez, que había servido en edad moza á Isabel I, en oficio de Contador.⁽¹¹⁾

Arias Pérez, en las probanzas hechas por el fiscal del rey, asegura que un religioso, que marchó á la Corte con Cristóbal Colón, se llamaba Fr. Juan Pérez.

D. Hernando dice que, cuando su inmortal padre, con intención de llevar á su hijo á Córdoba y proseguir su viaje fué al monasterio de la Rábida, tomó amistad con el Guardián Fr. Juan Pérez.

Habla de un Fr. Juan Pérez, *que debía ser Guardián de la Rábida*, en la época á que alude y *que ó era confesor de la Serentésima Reina ó lo había sido*, el P. las Casas. El historiador más fiel y *testigo de mayor excepción* de los sucesos que narrá, quizás conoció personalmente á Fr. Juan. Desde luego sabía quién era éste, pues detalló mucho el episodio de la Rábida y nos dijo cómo, cuándo y en qué ayudó el Guardián á Cristóbal, circunstancias que calla al referirse á Fr. Antonio de Marchena.⁽¹²⁾

Oviedo afirma, que Colón, antes de embarcarse, tuvo largas consultaciones con su confesor Fr. Juan Pérez, franciscano de la Rábida.⁽¹³⁾

Y por último, consta, que la notificación de la providencia leída por el escribano Fernández en la iglesia de San Jorge, se hizo estando presentes, entre otros individuos, Fr. Juan Pérez y el marino de Génova.

La identidad de Fr. Antonio Marchena, resulta probada también con la misma evidencia

En la declaración del alcalde Vélez, quizás por un error del copiante, se atribuye al *fraile estrólogo* el oficio de Guardián, pero está con claridad distinguida la personalidad del religioso, que había en su juventud desempeñado el empleo de Contador de la Reina, de la del religioso cosmógrafo. Al uno se le nombra Fr. Juan; y al P. Antonio de Marchena se le caracteriza con el dictado de *fraile estrólogo*.

Las Casas dice, que ayudó mucho á que la Reina se persuadiese y aceptase la petición de Cristóbal un fraile, que cree fuera de San Francisco, llamado Fr. Antonio Marchena y del que jamás pudo saber de qué orden fuese.

En una carta escrita por Colón desde la *Española*, á los Reyes Católicos, se lee:—*Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de Fr. Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno.* Más abajo repite el ilustre argonauta, *que no halló persona que no lo tuviese á burla, salvo aquel padre fray Antonio de Marchena.* Ambas frases por hiperbólicas, son expresivas de la entusiasta y eficaz cooperación del ilustre religioso.

En otra carta,—ésta dirigida por los Reyes Católicos á Cristóbal,—se dice: *Nos parece que sería bien llevádeses con vos un buen estrólogo, y nos pareció que sería bueno para esto Fr. Antonio de Marchena, porque es buen estrólogo y siempre nos pareció que se conformaría con vuestro parecer.*⁽¹⁴⁾ Es inconcebible:—que los Monarcas no supiesen el nombre y el apellido del Guardián; y que Isabel confundiera á éste con Fray Marchena. Lo es de igual modo que los Monarcas recomendaran para el oficio de astrólogo á un Guardián, venerable por el hábito que vestía y por las canas que le ennoblecían la cabeza. Está averiguado que Fr. Pérez, si hombre doctísimo, no era astrólogo, pues el físico de Palos declara, que á él, *porque alguna cosa sabía del arte astronómica*, lo llamó Fr. Juan, cuando el Genovés se presentó en la Rábida, palabras de las cuales se deduce que el P. Juan Pérez no sabía cosa alguna ó sabía poco del *arte astronómica*.

Son, pues, personalidades distintas, el *buen estrólogo* y el Guardián,

pese á los que, por ligereza é irreflexión, han fundido en un sólo individuo, dos frailes que representaron papeles diversos en el poema sublime que tiene por canto final un desembarco, que agrandó los oros y záfiro del cielo antiguo. Los que conocieron al franciscano de la Rábida ó pudieron saber cómo se llamaba, y los textos originales de los escritores más acreditados, le llaman Fr. Juan Pérez. Y los unos y los otros forman persuasiva probanza, cuya solidez en nada amen- guan los asertos de los historiadores que no se curaron de cotejar con los coetáneos, la página donde fundió en un apellido dos Gomara, de que Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio Marchena han sido, oh!, sí!, sí!... *Los dos frailes, que siempre fueron constantes*, y á quienes se refería el Genovés en la *Relación del tercer viaje*,—palabras mal interpretadas por el gran Navarrete, al afirmar que Cristóbal señala en las mismas á Fray Juan Pérez de Marchena y al P. Deza. Jamás llamó á éste el descubridor insigne, sino *Obispo de Palencia ó señor obispo*.

¿Cómo vivieron, el religioso entendido en ciencias exactas, físicas y astronómicas, y el religioso que nada ó poquísimos sabía de tales disciplinas?

III

NOTICIAS BIOGRÁFICAS DEL GUARDIÁN DE LA RÁBIDA Y DE FR. MARCHENA.

Escasas son las noticias biográficas que tenemos, acerca de cómo vivió el Guardián de la Rábida. Debíó de nacer bajo vigas blasonadas, porque en la edad juvenil, en la Corte desempeñó el cargo de Contador. Inclinado por naturaleza á vestir el sayal de San Francisco de Asís, abrazó la regla de los Menores, habiéndose distinguido á seguida por su virtud y su saber en la sagrada Orden.

Por esto y por haber sido servidor del trono, obtuvo la honra de sentarse en el confesonario real, en alguna de las expediciones que hizo Isabel la Católica por Andalucía. En 1484 conoció y favoreció á Colón; y empezó á dar al *niño* Diego benéfica sombra. Fué en 1491 al real de Santa Fé; y en el real de Santa Fé prestó á la Cristiandad, al Trono español y al marino de Génova, uno de los servicios más

señalados, recibidos nunca por el marino de Génova, el trono español y la Cristiandad. Ayudó al Genovés en los trabajos de preparación del primer viaje á las Indias. Celebró la misa oída por Colón y los que acompañaron á éste en la más épica de las odiseas atlánticas, antes de embarcarse; y en aquella misa inmortal, distribuyó el pan eucarístico entre Colón y los que á Colón acompañaron en la más épica de las atlánticas odiseas. Fué el último testigo de la partida del Genovés de Palos, que abrazó al audaz marino; y bendijo llorando, al verlas ponerse en marcha, la *Santa Marta*, la *Pinta* y la *Niña*. Bajó emocionado con los brazos abiertos, á la playa andaluza donde desembarcó Cristóbal ya Almirante efectivo, el día 15 de Marzo de 1493; y al lado del vencedor del *Tenebroso* fué á la iglesia de la Rábida, á dar gracias á Dios por el triunfo que aquél había conseguido. Alojó en el claustro franciscano al esclarecido argonauta, en 1493; procuró, sin fortuna, que se reconciliaran Colón y Pinzón; y mientras vivió, demostró con actos y palabras que no se había extinguido en él el cariño que al piloto de Génova profesaba, desde 1484. Según el testimonio del físico García, *ya era difunto* en 1513 aquel hombre, dechado de hijos de bendición de España y de criados de Jesucristo, que obró el bien por el bien mismo sin aspirar á las palmas de la historia, parecido á la violeta, que purifica y embalsama el aire y busca para hacerlo la soledad del bosque, á fin de no ser vista ni celebrada.

De cómo vivió Fr. Antonio de Marchena, no se sabe mucho más que de cómo vivió Fr. Juan Pérez. Se cree que nació en 1430; y que en 1500 murió, se ignora dónde. Algún escritor supónelo natural de Marchena; mas la aseveración es caprichosa, porque los libros sacramentales de las parroquias de tal villa, datan del año 1535.⁽¹⁵⁾ También se ignora, los cargos que desempeñara en la Orden á que perteneció. Cuál fuese ella se sabe por inducción, pues el P. las Casas nunca *pudo hallarla*; ni saber *cuándo, en qué y cómo favoreció á Cristóbal* Fr. Antonio, ó *la entrada que éste tuviera con los Reyes*, según se ha indicado ya. En las probanzas hechas por el Almirante en Santo Domingo, dijo Andrés Corral:—*Que estando en la Corte, en Madrid, con el Almirante, viendo cómo los del Consejo é muchos otros eran contrarios, dijeron á Sus Altezas, que pues no le cretan á él, que él daría persona á quien creyesen, é que entonces llegó un fraile de la orden de San Francisco, cuyo nombre no sabe, el cual dijo á Sus Altezas, que era verdad lo que el Almirante decía é que entonces lo despacharon.*

No es lo probable, que este *fraire* fuese el P. Pérez, ya porque el P. Pérez no era un cosmógrafo, ya porque el oficio de Guardián no le

permitía alejarse á toda hora del convento. Si lo es en cambio que fuese Fr. Antonio, que además de ser docto en las ciencias naturales, por no ejercer cargo alguno que le obligara á residir habitualmente en el claustro, podía acompañar á Colón á todas partes.

El 5 de Septiembre de 1493, los Reyes Católicos, desde Barcelona escribieron una carta á un *deboto religioso* manifestándole, que querían acompañara á Colón, en el segundo viaje que el gran descubridor de islas iba á hacer.

Dado lo que en igual fecha escribieron también los Reyes Católicos, hay que admitir que no podía ser sino Fr. Antonio de Marchena el *deboto religioso*. En la carta á él dirigida, se dice:—*Nos escribimos al Provincial y al Custodio de esa provincia...* El cargo de *Custodio*, nada más en la Orden franciscana existe. Luego á ella pertenecía el Padre Marchena.

Los documentos citados nos autorizan pues para decir, que aquél fué un hombre de neta humildad y señalada sabiduría, que vistió el sayal del serafín retratado por Giotto y Murillo y á quien idolatraron:—San Luis y San Fernando; Dante y Lope; el titán que *levantó el Panteón sobre el Coloseo*; el joven de angelical hermosura, que manejó la escuadra y el pincel, pulsó lira de plateadas cuerdas y de haber vivido más, habría ceñido rojo birrete; y el soldado que mereció el más envidiable epíteto heróico y el epíteto literario más insigne.

Se cree que Fr. Antonio perteneció á la Junta de Córdoba; y que defendió en las sesiones de la misma los proyectos del italiano. La carta de D.^h Isabel indica que el *buen estrólogo*, desde el principio, se declaró de parte de Colón y sostuvo que era científica la idea de buscar el Oriente del Asia por el Occidente de Europa, las comarcas del Mango y Cipango, á través de las temidas aguas atlánticas. El doctor Rodrigo de Maldonado, aludiendo á los individuos que en Córdoba calificaron de *vana é imposible* la empresa del Genovés, dijo:—*é contra el parecer de los más dellos porfió el dicho Almirante*. Estudiando los dos textos bien y comparándolos, os convencereis de que, si desde el principio Fray Marchena estuvo al lado del nauta inmortal, Fray Marchena perteneció á la minoría de la célebre *Junta de letrados y marineros*. Confirman tal verdad las palabras de Colón ya copiadas, que dicen:—*Ya saben Vuestras Altezas que anduve siete años en su Corte importunándoles por esto; nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo, ni de otra ciencia que todos no dijiesen que mi empresa era falsa; que nunca yo hallé ayuda de nadie, salvo de Fray Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno*. Y añade el Genovés:—*que*

no halló persona que no lo tuviese á burla, salvo aquel padre Fr. Antonio de Marchena. En los párrafos transcritos hay exageración; y habría que declarar que encierran una falsedad descarada, si se aceptase que se refieren á protección distinta de la científica.

Es incuestionable que el descubridor inmortal, cuando se expresaba así, había recibido auxilios muy eficaces del Duque de Medinaceli, de Quintanilla, del Gran Cardenal, de la Marquesa de Moya y de otros españoles de pró. Colón tiene afirmado, que los Reyes Católicos debían las Indias á Fr. Diego de Deza y á Juan Cabrero. Considera como protectores suyos, á Santángel, al tesorero Sánchez y á la nodriza Torres, en las cartas que les dirigió, persuadido de que los tres se holgarían de los éxitos de que les hablaba. La frase *no hallé ayuda de nadie*, alude pues, porque no puede aludir á otra, á la ayuda científica. *Que nunca yo hallé ayuda de nadie*, aparece escrito después de la aseveración *nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo ni de otra ciencia, que todos no dijese que mi empresa era falsa.* Los dos hechos consignados son, el uno la razón del otro. Cristóbal pudo decir *que no habia hallado en España ayuda de nadie*, porque en todo el tiempo á que se refería, *no halló en España piloto, ni marinero, ni filósofo, ni hombre de otra ciencia que no dijese que era falsa la empresa proyectada.* Estos pilotos, marineros, filósofos y hombres de otra ciencia, no podían ser sino los que formaron la Junta de Córdoba, por haber sido los únicos españoles que con carácter oficial, emitieron opinión acerca de los planes del Genovés. En Salamanca, éste conquistó voluntades y avasalló espíritus; mas las *Conferencias* celebradas en la sabia ciudad, fueron de índole privada. En la Corte, los encargados de ver *la calidad del negocio* que le preocupaba, se lo declararon *imposible y vano, de toda repulsa digno*; desautorizaronle á los ojos de los descreídos y de los rutinarios; y lo convirtieron en blanco de enherboladas ironías.

Si pues Cristóbal desde su llegada á España se vió rodeado de protectores valiosos, y no pudo escribir lo transcripto, sino aludiendo á los encargados por los Reyes de platicar con él *sobre la ida á las islas*, la frase *que no halló persona que no lo tuviese á burla, salvo aquel padre fray Antonio de Marchena*, parece confirmar la interpretación dada á las palabras de Rodrigo Maldonado, tras la lectura de la carta fechada en la Española.

Y étenos ya en el instante de pasar por los filtros de la crítica una noticia que algunos han engarzado en la biografía del *buen astrólogo* y algunos en la de aquel hombre, delicia de la Rábida, nacido

para respirar la paz elaborada, entre las columnas del templo y el resplandor de las sagradas lámparas, entre las trompetas plateadas del órgano y las espirales de incienso que parecen un haz de flores místicas del jardín del alma evaporándose sobre el altar, y lejos de donde todo pugna y batalla, con el furor y la majestad que pugnan y batallan las olas de agua en el Atlántico y las olas de aire en la atmósfera, marmita colosal donde hierve el rayo y que burbujea nubes.

¿Marchó con Cristóbal á las Indias el P. Antonio? Opinan varios historiadores, que sí. Otros sostienen, que fué Fr. Juan el religioso que acompañó á Cristóbal en uno de sus viajes. Sentencia firme ha recaído ya en este litigio, en el que han informado maestros ilustres en el arte de examinar con exactitud, sabiduría y verdad los motivos, y en el de explanar las pruebas.

Ni al P. Pérez, ni al P. Marchena nombran, y al P. Boil sí, el Doctor Chanca y Mártir,⁽¹⁶⁾ y tampoco nómbralos Cristóbal, en el *Memorial* que dió á Antonio Torres y en las cartas que hubo de escribir á los Reyes, á la nodriza del Príncipe, al P. Gaspar Gorricio y á D. Diego.

En *De origine seraficæ religionis franciscanæ ejusque progressibus* de Gonzaga,⁽¹⁷⁾ se lee:—*Algunos días después de la toma de posesión de la isla, varios de nuestros hermanos, entre los que hallábase Fr. Juan Pérez, aquel que con sus insinuaciones persuadió á Colón de que debía conquistar tan magnífica provincia, llegaron á esta comarca tras una navegación feliz,*
..... *El hermano Juan Pérez fué el primero que entró en la isla; y mandó construir una choza pajiza de escasas dimensiones, en la cual celebró la primera misa y depositó el Santísimo Sacramento. Hé aquí la primera iglesia de todas las Indias Occidentales.*

Habiendo llegado después á esta ciudad Fr. Juan Pérez, apresuróse á edificar, y lo hizo rápidamente, una capilla de pajas y dió feliz comienzo al convento. . . . Fué éste dedicado al seráfico Padre San Francisco. Por su gran devoción á nuestra seráfica Orden y por gratitud á Fr. Juan Pérez, Cristóbal Colón mandó construir de piedra labrada la iglesia y el monasterio que alberga cuarenta hermanos, dotándolos de los enseres necesarios. Es difícil el pintar la devoción de los isleños al convento. Con exvotos de plata, de oro y de cera, ornatan con elegancia una de las capillas.

Lucas Wadingo⁽¹⁸⁾ afirma, que marchó á las Indias Occidentales con el Comisario apostólico y doce sacerdotes Fr. Pérez, en quien saluda al fundador del primer templo cristiano, erigido al lado de allá del Atlántico, aunque conviene con Gonzaga al decir:—*Ea fuit Co-*

lumbi erga sodalitiū pietas et erga Perezium gratitudo, ut ditior potentior que effectus, Ecclesiam et fratrum habitaculum solidius magnificentiusque expolito lapide refecerit et necessario instruxerit supellectile. Cæpit in immensum crescere erga fratres insularium neophytorum devotio; etenim tamquam fidei magistros reverenter colebant et tanquam animarum suarum, curatores abunde sustentabant. Cree el autor de *Anales de los Frailes Menores*, que el Guardián atravesó el Tenebroso en 1493.

Fr Juan Meléndez, hijo insigne de Santo Domingo de Guzmán,⁽¹⁹⁾ refiere:— que los religiosos del Seráfico Padre San Francisco, primeros sacerdotes y ministros apostólicos que acompañaron á Colón á onze del mes de Octubre de mil quatrocientos noventa y dos, con general aplauso de la armada descubrieron una isla de los Lucayos, llamada Guanahani, y que el M. R. P. Fr Juan Pérez de Marchena, Guardián ó ex-Guardián de la Rábida, que los acaudilló en la conquista de tan grandiosos imperios, tomó posesión por el Papa y por la Iglesia en una que hizo de ramas y pajas... en que dijo misa y puso el santísimo Sacramento, y fué la primera de todas las Iglesias de Indias.⁽²⁰⁾

Jorge Cardoso,⁽²¹⁾ Fortunato Huberto,⁽²²⁾ y el P. Simón⁽²³⁾ dicen, que uno de los primeros frailes que desembarcaron en las playas vírgenes fué, Juan Pérez de Marchena.

Fray Diego de Córdoba, varón ilustre por su virtud y su sabiduría,⁽²⁴⁾ después de repetir lo referido por Gonzaga, escribe:— *Con que si no hubiera venido el P. Marchena en la primera navegación, es cierto que los sacerdotes que vinieron en ella, ó alguno de ellos habia de celebrar y levantar alguna ramada en aquella isla para poner el altar, pues no es creible que en tantos días como allí estuvo un ejército de ciento y veinte españoles con su general, capitanes, oficiales de mar y tierra y los mismos frayles habían de carecer de misa y sacramentos, viniendo para administrarlos; y pues el P. Marchena, según estos graves autores, fué el primero que dijo misa y erigió iglesia, luego de autoridad de ellos se infiere con evidencio que vino en el primer viaje. Y esto es muy creible, porque habiendo sido el P. Marchena norte y guía de Christóbal Colón en esta empresa y tomado tan á pechos su despacho, que, como dice Antonio de Herrera, se halló en Palos al tiempo de salir la armada, á disponer los ánimos de los marineros y gente de mar, que dudaban de entrar en viaje no conocido, ayudando grandemente á Colón su amigo é hijo espiritual, que era su confesor; ¿quién duda que no le querría desamparar hasta ver el fin de la jornada?*⁽²⁵⁾

Juan Díez de la Calle relata:— *Que el primer pueblo que se descubrió fué la Natividad y el primero que edificó iglesia y dijo misa aquí fué el*

P. Fray Juan Pérez de la Orden de San Francisco, Guardián de la Rábida, que le favoreció mucho con sus Majestades para que le encargassen esta conquista.⁽²⁶⁾

El gran teólogo é historiador eclesiástico, Fr. Antonio Daza, expésase en los términos que siguen:—*Quiso Dios hallasse Colón las Indias tan desseadas y el nuevo mundo que prometia; y saltando en tierra tomó en ella la posesión de las Indias por los Reyes de Castilla en un castillejo de barro y de madera que hizo. Y su grande amigo y confesor fray Juan Pérez de Marchena que iba en su compañía, tomó también la posesión del Nuevo Mundo por el Papa y por la Iglesia en una que hizo de unos ramos y pajas en que dijo Missa y puso el Santísimo Sacramento y fué la primera de todas las Iglesias de las Indias, y los frayles de esta orden los primeros religiosos que pasaron á ellas juntamente con el mesmo que las fué á descubrir.*⁽²⁷⁾

Fr. Juan del Olmo, en *Arbol Seráfico*, habla en idénticos términos. Fr. José de Torrubia,⁽²⁸⁾ continuador de Wadingo y González de Torres, escribe:⁽²⁹⁾—*Habiendo llegado (el Almirante) á la (isla) de Borchio, la llamó Española por la gran semejanza que en árboles, plantas y pescados halló con nuestra patria. Fundó en ella un castillo y erigió la primera villa del nuevo Orbe, á que llamó la Natividad. En esta población hizo la primera iglesia de palos y ramas nuestro venerable Padre Fray Juan Pérez de Marchena; en ella dijo la primera missa y reservó para los cristianos el santísimo Sacramento. Esta iglesia es la primada del Nuevo Mundo y en la que puso la primera planta la religión de San Francisco. Asst lo hallamos asegurado y el año pasado (1752) nos lo dijo el Ministro Provincial de aquella provincia⁽³⁰⁾ que se fundó por entonces, en la Española. Pondré sus cláusulas, no solo porque comprueban auténticamente esta Primacia, sino por el oportuno elogio con que se celebra. Dice así:⁽³¹⁾ « Y yo viendo que nuestro fundador vino con el descubridor Don Christóbal Colon; y, como consta de vuestro archivo provincial, lo fué el Venerable y muy Reverendo Padre Fray Juan Pérez de Marchena, fundador de esta Provincia, vino á ella, siendo actual Guardián de la Arrábida, el año de mil cuatrocientos noventa y dos, edificó la primera iglesia que hubo en estas Indias, en el pueblo que se fundó en la isla española, llamada Natividad, y el primero que celebró y dijo misa en ella, diré de vos lo que cierto autor dijo en caso semejante:⁽³²⁾*

*Vos, ó qui primum extremos properasti ad Indos,
Ut nossent Verum pectora cæca Deum,
¡Quan bene pro tali vestrum pietate cruorem
Fudistis! major se fert inde seges.*

*Nequiquan ferro proscinderet arva colonus
Sen:ini ni gravidos spargeret imbert agros.
Cernitis, ut magno crescat jan fænore messis,
Et vestra uberior sit labor ille nece.»*

De los textos citados se deduce:—que hay escritores que sostienen que cruzó el Atlántico Fr. Juan Pérez; que los hay que dicen, que lo atravesó el P. Marchena; que los hay que afirman, que entre los primeros religiosos que desembarcaron en las Indias figuraba Fray Juan Pérez de Marchena; que no falta quien diga, que el fraile que nos ocupa acompañó á Cristóbal en su primer viaje, ni quien sostenga que esto aconteció en el segundo, y que los que han hablado de Fray Juan Pérez, de Fr. Marchena y de Fr. Juan Pérez de Marchena, llaman al franciscano Guardián de la Rábida.

Ha retoñado pues en páginas de fecha posterior, la confusión de nombres que mancha las de Gomara y Herrera.

No debe asombrar el fenómeno. Existió, como es sabido, un Fray Juan Pérez, Guardián de la Rábida; y un Fr. Antonio de Marchena, franciscano de óptima sabiduría. El convento del Jesús de Alcalá tiene con la Rábida, la analogía de haber sido casa de hijos de San Francisco y la de haber protegido á Cristóbal, pues prestó su simpatía y tal vez su apoyo, á la misión que llevó á la Corte á algunos dominicos de San Esteban, después de terminadas las Juntas de Salamanca. En la lista de los Guardianes de tan sabio como santo claustro figuran, un Fr Pérez, confesor de D.^a María de Toledo, y un Fr. Juan Marquina, según se lee en la *Crónica Seráfica*, ó Fr. Juan Marchena, al decir de González Dávila en su *Teatro eclesiástico*. Los dos fueron contemporáneos de los Reyes Católicos; y fué el P. Marquina ó el P. Marchena persona de la más íntima confianza de Cisneros y del favorecedor del Genovés D. Gutierre de Cárdenas, á quien ayudó á bien morir en Alcalá.

La existencia de los cuatro religiosos nombrados, la comunidad de caracteres que ofrecen y que se presta á confundirlos y la circunstancia de haber sido franciscanos los monasterios guardados por Fray Juan Pérez, Fr. Pedro Pérez y Fr. Juan Marquina, como la de haber estado el un claustro bajo la advocación de *Santa Marta* de la Rábida y el otro bajo la de *Santa María* del Jesús, han dado lugar á que una crítica ligera é irreflexiva sostenga la confusión, en virtud de la cual ha sido creado imaginario personaje, sabio y perfecto, con los rasgos y cualidades de cuatro varones ilustres de la milicia de San Francisco.

De lo referido por Gomara y Herrera, tomado de la biografía de

D. Hernando y de la declaración del físico García, y de la carta en la cual recomendaron los Reyes Católicos al Almirante el *estrólogo*, se ha deducido que pasó á las Indias de los primeros, no Fr. Antonio, no Fr. Juan, sí Fr. Pérez de Marchena. Es decir, que la liga de nombres señalada ha inducido á más de un escritor, á llamar al cosmógrafo franciscano con el nombre Juan y el apellido Pérez, y á atribuirle la dignidad de Guardián de la Rábida.

Murió sin haber visitado las Indias, el religioso que dió al descubridor de América albergue, mesa y consuelo y le trazó el camino del virreinato y de la fama.⁽³³⁾

La historia ha conservado los nombres de los individuos que se lanzaron al Atlántico en la primera expedición del Almirante; y entre ellos no aparece el del bondadoso Guardián. Colón, que en sus minuciosísimos escritos jamás se olvida de uno solo de los sucesos que presenciara, ó de los autores que en los episodios que relata figuraron, no deslizó por su pluma una palabra, que autorice á sospechar tomó parte Fr. Pérez, en la más atrevida odisea oceánica que la humanidad recuerda en sus anales.

Tal silencio es asaz expresivo, porque no puede aceptarse que si Fr. Juan hubiese acompañado á las Indias á Cristóbal, Cristóbal hubiera dejado de mentarlo. Asaz expresiva es también la ausencia del nombre de Fr. Pérez de la lista aludida, porque tampoco puede aceptarse, en la hipótesis que combatimos, el olvido de persona tan principal en una *Relación*, en la que se lee el apellido de tanto oscuro marinero. Además, que la lectura de las páginas de los historiadores contemporáneos del descubridor de América convence, de que en el viaje de 1492 no acompañó á Cristóbal, religioso ni sacerdote alguno. Si en el viaje de 1492 hubiese acompañado á Cristóbal algún religioso ó algún sacerdote, lo mencionarían los historiadores contemporáneos del descubridor de América; y no sucede así. El hecho es histórico, si bien parece inverosímil, al considerar que uno de los propósitos que impulsaron, sobre todo á Isabel la Católica, á proteger la empresa del inmortal nauta, fué el redimir miriadas de almas de la esclavitud del gentilismo, y que Colón pedía mástiles para llevar las aguas del Jordán allende los mares y hablaba de conquistar Jerusalem y rescatar el sepulcro de Cristo, con el oro de las minas de Cibao y el Cathay.

Al presentarse el Genovés en Palos en 1492 y apercibirse la villa de lo que aquél proyectaba, el terror entró por asalto y sin lucha en el ánimo de los armadores y marineros más avezados á las borrascas y á las perfidias de las olas y la fantasía agigantó á los mismos, los

peligros que traía aparejados la empresa de buscar el O., *por donde hasta entonces no sabíase por cierta fé que hubiese pasado nadie los confines del Asia*. La resistencia y la oposición de los hombres de mar en Palos, á prestarse á ir á buscar *tierra no oída ni sabida* adquirieron una lozanía tal, que no bastaron á destruirlas las excitaciones y y promesas de Cristóbal, las órdenes y mandamientos expedidos por los Reyes para proporcionar á su protegido buques aceptables y bien tripulados y la popularidad de Fr. Pérez entre la marinería de la comarca de Huelva, esclava del pavor que le inspiraban el *Tenebroso* limitado por un abismo y la palabra *imposible* pronunciada por los cosmógrafos de Lisboa y de Córdoba.

En cambio, para vencerlas le bastó el querer á Martín Alonso. Martín Alonso entró en el proyecto; prestó sus tablas, su hacienda, sus servicios personales y los de sus parientes y amigos á Colón; y todo cambió de faz.⁽³⁶⁾ En un mes estuvieron equipadas y en disposición de zarpar la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*. El gran marino sólo se curó:—de proporcionar á Cristóbal, nao, carabelas útiles y tripulantes prácticos y valerosos; de facilitar la empresa concebida por el italiano; y de tomar las medidas necesarias para sortear los azares de una travesía difícil. Es decir, que se ocupó nada más en armar la expedición; y no se acordó de otros intereses. En ellos pensaron sin duda el religioso de la Rábida y su camarada ilustre; mas quien no consiguió atraer á la arriesgada empresa á los más acostumbrados á resistir la mirada del Oceano, no maravillará que ni aún auxiliado por Fray Pérez inflamase el heroísmo en el pecho de un solo fraile ó de un solo sacerdote. Se embarcó sin ir acompañado de ministros de Dios, porque el propósito principal que animábale, emanaba de un deseo científico que realizado, le colmaría de gloria y de poder. Es creíble que el Guardián tuvo algo más que conatos de acompañar á su ilustre amigo; y que los deberes de su cargo impidieronle el complacerse. Resulta explicable el fenómeno de que no formara parte de la primera expedición á las Indias, hombre alguno consagrado al servicio divino, hecho que nos impulsa á opinar, que en los días que vivió Cristóbal disponiendo su viaje, Fr. Antonio de Marchena no se hallaba en la Rábida. Si tal hubiera acontecido, es casi seguro que la palabra de Fr. Juan Pérez, empujando la fé que el astrólogo tenía en los proyectos del marino, hubiese conseguido dar á los maestros, pilotos y tripulaciones convencidos por Pinzón, la buena compañía de un religioso.

Está demostrado pues con razones sólidas, que el Guardián de la

Rábida no se embarcó con Cristóbal, el 3 de Agosto de 1492. Tampoco lo hizo en 1493.

En 1493 marcharon á las Indias:—el agudo doctor Chanca, fray Juan de Tisín, fray Juan de la Duela llamado *el Bermejo*, Juan de la Cosa, el intrépido Alonso de Ojeda, Pedro Margarite, Bernal Diaz de Pisa, Juan Aguado, Alonso de Valencia, el santiagués Olmos de Ayala, J. de Rojas, el Comendador Arroyo, fray Bernardo Boil que fué de vicario apostólico y que Abad después de San Miguel de Cuixá, allá en las soledades de la ermita de la Trinidad donde vivía entregado á la contemplación, tradujo *de Religione*; y varios religiosos más, desconocidos todos, excepto Fr. Román Pano.

Si Fr. Juan Pérez, de su Reina tan querido, que sin la amistad que profesó á Colón y el apoyo que dispensase al proyecto, tal vez, y sin tal vez, no habrían ido á las Indias la nao y las carabelas zarpadas en Palos en un día solemne, hubiese surcado el Atlántico con el Genovés, ¿los Reyes Católicos, hubieran entregado la bula de Alejandro VI al P. Boil? Tan elevado honor lo habrían conferido al venerable religioso de la Rábida.

La férrea ley de la lógica obliga á decir, que los historiadores que en sus páginas nombran á Fr. Juan Pérez, confundieron al Guardián con el astrólogo, escribieron el nombre del Guardián en lugar del nombre del astrólogo. Rectificado el error que cometieron, los párrafos que lo contienen serán aceptables. Concordados con la carta varias veces citadas, servirán para demostrar, que fué á las Indias en calidad de estrólogo en la expedición de 1493, Fr. Antonio de Marchena. Gonzaga escribe *Ad has partes secunda navigatione trajecere*. Con esta frase, entienden algunos que el cronista quiso decir, que el fraile que nombra pasó á las Indias en el segundo viaje de Cristóbal; y otros que dijo, que aquél llegó á la Española tras una navegación afortunada, porque las palabras *secundus* y *secundare*, cuando de materias náuticas se trata, significan *feliz, próspero, prosperar* y *hacer feliz*. En este sentido, exclaman, las usa Propercio en sus elegías, dignas de las Gracias según Souchay.⁽³⁶⁾

En este sentido, añaden, úsalas el desterrado en Tomos.⁽³⁶⁾ Y en este sentido demuestran que las usa Tácito; y ponen á la vista dos páginas muy conocidas de los *Anales*. La discusión de ambas opiniones carece para nosotros de interés.

Está demostrado:—que los actos imputados por Gonzaga á Fray Pérez los ejecutó Fr. Marchena, pues dió á Fr. Antonio el nombre del Guardián; y que el astrólogo no acompañó á Cristóbal en su primer

viaje. Y si lo está, el P. Gonzaga se refiere al verificado en 1493, se traduzca como más plazca la frase *secunda navegatione*, dado que fué más próspero aún que el anterior, porque en él, además de que impulsó siempre la flota viento muy favorable, la alegría y la animación, ni un minuto cesaron de reinar á bordo.

El texto de Wadingo, purgado del error que por culpa de Gomara lo enturbia, es demostrativo de que el P. Marchena fué á la Indias en el segundo viaje de Cristóbal. Lo es de igual concepto, el de Arturo en el *Martirologio franciscano*, si en él se desvanece la obvia confusión de nombres que lo mancha. Y de igual concepto serán demostrativas otras páginas, después de sometidas á una clarificación hábil en el laboratorio de la crítica.

Ante la prueba producida por los cronistas invocados, ningún valor tienen el silencio del Doctor Chanca, las Casas, Mártir y Cristóbal. Cristóbal, Mártir, las Casas y el Doctor Chanca no mencionan á Fray Antonio entre los expedicionarios de 1493; mas por esto, no puede afirmarse, que en 1493 abrigó el Genovés el propósito de llevar á las islas al astrólogo y el astrólogo tuvo que permanecer en España por falta de salud ó por otra causa desconocida. Los argumentos negativos, según las reglas de la crítica, no es posible alegarlos como medios de probanza contra los afirmativos.

Consta al historiador, que asistió al acto de consagrar el templo de la Isabela Fr. Bernal Boil; y que la primera misa celebrada en América, la dijo Pedro de Arenas. Estos dos datos, no destruyen la aseveración de los cronistas de la orden franciscana que queda consignada. No es imposible, que ayudase á celebrar Fr. Antonio á Arenas el santo sacrificio en la Española; y cabe que el día en que tal suceso ocurrió, el Vicario hiciese las otras solemnidades del rito, bendijera el lugar sagrado de la Isabela y practicara las demás ceremonias, que fueron revestidas sin duda de pompa y solemnidad. Además, hay indicaciones de que en la primera misa celebrada en las comarcas occidentales, hábitos de los hijos de S. Francisco rozaron la mesa del altar. Si, pese al Mtro. Fr. Alonso Remón,⁽⁸⁷⁾ entre los primeros religiosos enviados por España á las Indias los hubo franciscanos,⁽⁸⁸⁾ puede ser conjeturado, aún prescindiendo de las razones que hay para creerlo, que Fray Marchena, en 1493 se embarcó con Cristóbal; y el día de la Pascua de los Reyes de 1494 acompañó en el altar de la Isabela, al sacerdote que ofició en poética misa.

Los cronistas franciscanos no se expresaron con claridad perfecta; más no infirieron en sus páginas ultraje á la verdad. El negar á aqué-

llas fuerza probatoria porque ostenten un lunar de índole literaria, sería tan caprichoso é injusto, como el excomulgar desde la silla pontificia del arte á Verdi, por lo que diferencia su música apasionada, grosera, ronca y enfurecida, de la música natural, peregrina, alegre y henchida de gracia de Rossini y de la psicológica del gran solitario, el triste y desventurado Beethoven.

IV

DETERMINACIÓN

DE LA FECHA RESPECTIVA DE LAS VISITAS DE COLÓN Á LA RÁBIDA,
ANTERIORES AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

Fueron tres las visitas que hizo Cristóbal á la Rábida, antes de darse á la vela en Palos en 1492.

Herido el Genovés en Lisboa por una deslealtad inicua, abandonó secretamente Portugal y se trasladó á España.

Escribe D. Hernando Colón, *que viniendo su padre de Portugal á fines del año 1484, dejó á D. Diego en la Rábida, y de la Rábida pasó á Córdoba, donde estaba la Corte.*⁽³⁹⁾

Herrera, después de referir el viaje del ligur á España desde la desembocadura del Tajo, añade:—*Aportó á Palos de Moguer, de donde se fué á la corte que se hallaba en Córdoba, dejando su hijo en el monasterio de la Rábida media hora de Palos, encomendado á Fr. Juan Perez de Marchena, Guardian de aquella casa, algo cosmógrafo y docto en letras humanas.*⁽⁴⁰⁾ Y el P. las Casas, dice:—*Salió de Portugal por el año de 1484, ó al principio del año de 85, y tomando á su hijo, niño, Diego Colón, dió consigo en la villa de Palos, donde quizá tenía cognocimiento con alguno de los marineros de allí, é también por ventura con algunos de los religiosos de Sant Francisco, del monesterio que se llama de Santa Marta de la Rábida, que está fuera de la villa, un cuarto ó algo más de legua, donde dejó encomendado á su hijo chiquito Diego Colon.*⁽⁴¹⁾

Según el testimonio de los tres respetabilísimos historiadores, Colón, á su salida de Portugal, se detuvo en la Rábida. La declaración del físico Garci-Hernández, si un tantico obscura, no indescifrable, y

tenida por fuente histórica de luz muy pura, dice así:—*Que sabe que el Almirante Don Cristobal Colon, viniendo á la Rábida con su hijo Don Diego, que es agora Almirante (1515), á pié, se vino á la Rábida, que es monasterio de frailes en esta villa, el cual demandó á la porteria que le diesen para aquel niño, que era niño, pan y agua que bebiese; y que estando allí ende este testigo un fraile que se llamaba Fr. Juan Perez, que es ya difunto, quiso hablar con el dicho D. Cristobal Colon, é viéndolo disposicion de otra tierra é reino, ajeno en su lengua, le preguntó que quién era é que el dicho Cristobal Colon le dijo: que él venía de la corte de S. A., é le quiso dar parte de su embajada, á qué fué á la corte é como venía; é que dijo el dicho Cristobal Colon al dicho Fr. Juan Perez cómo había puesto en plática á descubrir ante S. A., é que se obligaba á dar la tierra firme, queriéndole ayudar S. A. con navios é las cosas pertenecientes para el dicho viaje é que conviniesen: é que muchos de los caballeros y otras personas que así se fallaron al dicho razonamiento, le volaron su palabra é que no fué acogida, mas antes facian burla de su razón, diciendo que tantos tiempos acá se habían probado é puesto navios en la buscar, é que toda era un poco de aire, é que no había razon dello; que el dicho Cristobal Colon, viéndose su razon disuelta en tan poco conocimiento de lo que prometía de facer é de cumplir, él se vino de la corte é se iba derecho desta villa á la villa de Huelva para fablar y verse con un su cuñado, casado con hermana de su mujer, é que á la sazón estaba, é que había nombre Muliar; é que viendo el dicho fraile su razón, envió á llamar á este testigo, con el cual tenía mucha conversación de amor, é porque alguna cosa sabía del arte astronómica, para que hablase con el dicho Cristobal Colon, é viese razon sobre este caso del descubrir; y que este dicho testigo vino luego é fablaron todos tres sobre el caso, é que de aquí eligieron luego un hombre para que llevase una carta á la Reina Doña Isabel (q. h. s. g.) del dicho Fr. Juan Perez, que era su confesor; el cual portador de la dicha carta fué Sebastian Rodriguez, un piloto de Lepe, é que detuvieron al dicho Cristobal Colon en el monasterio fasta saber respuesta de la dicha carta de S. A. para ver lo que por ella proveian, y así se fizo; é dende á catorce dias la Reina nuestra Señora escribió al dicho Fray Juan Perez, agradeciéndole mucho su buen propósito, é que le rogaba é mandaba que luego vista la presente pareciere en la corte ante S. A., é que dejase al dicho Cristobal Colon en seguridad de esperanza fasta que S. A. le escribiese: é vista la dicha carta é su disposicion, secretamente se partió, ante de media noche, el dicho fraile del monasterio, é cabalgó en un mulo é cumplió el mandamiento de S. A., é pareció en la corte; é de allí consultaron que le diesen al dicho Cristobal Colon tres navios para que fuese á descubrir é*

hacer verdad su palabra dada; é que la Reina nuestra señora, concedido esto, envió veinte mil maravedises en florines, los cuales trujo Diego Prieto, vecino de esta villa, é los dió con una carta á este testigo para que los diese á Cristobal Colon, para que se vistiese honestamente y mercase una bestezuela é pareciese ante S. A.; é quel dicho Cristobal Colon recibió los dichos veinte mil maravedises é partió ante S. A., como dicho es, é consultaron todo lo susodicho, é de allí vino proveido con licencia para tomar los dichos navios quel señalase que conventa para seguir el dicho viaje; é de esta fecha fué el concierto é compañía que tomó con Martin Alonso Pinzon é Vicente Yañez, porque eran personas suficientes é sabidos en las cosas de mar, los cuales, allende de su saber é del dicho Cristobal Colon le avisaron é pusieron en muchas cosas, las cuales fueron en provecho del dicho viaje.⁽⁴²⁾

Todo lo aseverado hasta la palabra *Muliar* consta al testigo, porque se encontraba en la Rábida cuando llegó al monasterio Colón; y lo aseverado después de la palabra *Muliar*, porque fué llamado al convento para que hablase con el Genovés. Luego Garci-Hernández alude á sucesos ocurridos en dos fechas distintas. Los narrados hasta la palabra *Muliar*, se refieren al año 1484.

Según el físico, Colón manifestó á Fr. Juan Pérez *que venia de la corte de S. A.*; y esa corte no podía ser la de los Reyes Católicos. Don Fernando y D.^a Isabel, constituían entonces una monarquía singular en la historia. Tenían derechos á la soberanía particulares y consejos distintos; y ejercían á veces la autoridad real por separado. Unidos sin embargo, por miras é intereses comunes y por la más exquisita mutua deferencia, á nombre de los dos eran ejecutados los actos todos soberanos; subscribían ambos con su firma respectiva los documentos públicos; el busto del monarca aragonés y el de la castellana tipo ornaban la moneda; y en el sello real estaban las armas de Castilla y las de Aragón.⁽⁴³⁾

Dados estos antecedentes históricos, cuando el Guardián preguntó de *dónde venia* al futuro descubridor de América, si éste hubiere venido de la corte española, habría contestado que *de la de Sus Altezas*. Si dijo *de la de Su Alteza*, á Lisboa se refería.

En Portugal encontró:—un rey, *que le oyó con mucha atención y le otorgó su asentimiento;*⁽⁴⁴⁾ maestros y obispos que le reprobaron el plan grandioso y atrevido que hubo de explicarles; y un Consejo Supremo que lo rechazó, aceptando las razones invocadas en el dictamen de los médicos del rey y los mitrados y aduciendo además otras, de índole no científica. En Portugal encontró un Diego Ortiz, que propuso á S. A. un medio seguro de entretener con dilaciones y espe-

ranzas al italiano, y de comprobar si iluminaba la verdad las teorías sostenidas por éste. En Portugal en fin encontró un rey, que subrepticamente despachó una carabela, con la orden de caminar hacia el O. hasta hallar las tierras de que hablaba el hijo ilustre de Génova. La frase *muchos de los caballeros y otras personas que así se fallaron al dicho razonamiento*, es decir, al en que *Colon se obligaba á dar la tierra firme queriéndole ayudar S. A. con navios é las cosas pertenecientes al dicho viaje é que conviniesen*,—se refieren á los sucesos apuntados. Caballeros y personas de España, en época alguna *le volaron su palabra*.

En España conquistó desde el primer instante, los entusiasmos explícitos de la Reina y la atención reflexiva del Rey. En España le contrariaron dilaciones, causadas por la pobreza del Erario y la guerra de Granada; tuvo adversarios que no le mintieron protección, ni le trataron con ruindad; habló á un trono que jamás faltó á lo que le prometiese; y ganó, ya en el primer día de su llegada, protectores que lo ampararon con lealtad.

Se lee en la declaración, que Cristóbal *demandó á la portería del convento que diesen para aquel niño, que era niño, pan y agua para que bebiese*. Niño era D. Diego, cuando salió de Lisboa; y *niño chiquito*. Se lee también, *que los caballeros y otras personas que le habían volado su palabra*, decían:—*Que tantos tiempos acá se habian probado en la buscar (la tierra firme), é que todo era un poco de aire, é que no habia razon dello*. Visiblemente aluden estas palabras, á las frustradas exploraciones marítimas de las Indias de Portugal, que hasta el año 1488 no franqueó en el *Tormentorio*, las puertas que le abrieron el paso apetecido por el príncipe insigne que fundó el Instituto de Sagres, para atraer á la desembocadura del Tajo los manantiales del oro, y al Cristianismo y á la civilización que tiene su casa solariega en Belén y sus pergaminos nobiliarios en el Gólgota, pueblos y razas infieles.

Visiblemente aluden, sí!, á los tiempos en que Portugal no había hallado las tierras que buscaba. Visiblemente, á los en que el Licenciado Calzadilla pronunció este grave discurso:—*La tendencia del proyectista no es otra que distraer la atención, agotar los recursos y dividir la fuerza nacional, ya harto debilitada por las recientes guerras y pestes. Mientras su poder estuviese así roto y disperso en remotas, inútiles y ociosas expediciones, se hallaría Portugal peligrosamente expuesto á los ataques de su activo enemigo el rey de Castilla.... Ya se ocupa S. A. de suficientes empresas de cierto provecho, y no tiene para qué empeñarse en otras fantásticas y visionarias*.

Garci-Hernández dice: —y viéndolo *disposicion de otra tierra é reino ajeno en su lengua*. Estas palabras retratan al Colón de 1484. El Colón de 1484, en su aspecto exterior y en su idioma, reflejaba un origen extranjero.

Sin necesidad de razonar más puede ya darse como probado, que visitó la Rábida por primera vez Cristóbal, á su salida de Portugal. Confirma el aserto una declaración prestada por el vecino de Palos Fernando Valiente, al contestar la pregunta décima del fiscal Villalobos. Dice así:—*Que lo que sabe es, que Don Cristobal Colon antes que fuese á negociar con los Reyes Católicos sobre el descubrimiento de las Indias, vino á la villa de Palos á buscar favor é ayuda para ir al dicho viaje, é posó en el monasterio de la Rábida, y de allí venta algunas veces á la villa de Palos é hablaba con un Pero Vazquez de la Frontera, que era hombre muy sabio en el arte de la mar, é habia ido una vez á hacer el descubrimiento con el infante de Portugal; é este Pero Vazquez de la Frontera daba avisos al dicho Colon é á Martin Alonso Pinzon é animaba la gente é les decia públicamente que todos fuesen á aquel viaje, que habian de hallar tierra muy rica: é esto que lo sabe este testigo porque vió á dicho Colon é oyó decir lo que tiene dicho al dicho Pero Vazquez de la Frontera, é lo decia públicamente en las plazas en este tiempo, é este testigo vió que el dicho Colon é el dicho Martin Alonso andaban hablando é negociando ambos juntos, é vió que Colon se partió é se dijo que iba á la corte á negociar con los Reyes Católicos que le diesen dineros ó recabdo para encaminar el armada, etc.*⁽⁴⁵⁾

Acerca de los hechos narrados á partir de la palabra *Muliar*, no cabe dudar á qué fecha se refieren. Hernando Colón dice, que después que su padre hubo gastado inútilmente largo tiempo en la Corte y al lado del duque de Medinaceli, fué á la Rábida. Herrera, que Colón pasó en la Corte cinco años, transcurridos los cuales marchó á la Rábida. Y el P. las Casas, que Cristóbal se encaminó á la Rábida, al ver que no adelantaba gran cosa, ni en la Corte, ni cerca de los duques de Medina-Sidonia y Medinaceli. Los textos citados confirman lo que Garci-Hernández asevera; y lo que Garci-Hernández asevera, confirma los textos citados. La segunda visita del marino á la Rábida tuvo lugar pues, en 1491. Y la tercera, en 1492. La historia dice, que el 12 de Mayo de aquel año salió Cristóbal del Real de Santa Fé con dirección á Palos; se hospedó en el monasterio; y le dijo adiós cerca de tres meses después, al brillar una de las más benditas mañanas que jamás han inundado de fluidos oros, las cascadas de luz y peñascos de zafir del sol de Andalucía.

V

SALIDA DE COLÓN DE PORTUGAL

Nación alguna ha amado á otra nunca, con la justicia que se idolatran Portugal y España. La naturaleza es idéntica, donde el Tajo arrastra rubíes, perlas y orientales záfiro que brillaron en las coronas de Guarrazar y donde el Tajo entra en su sepulcro, tallado por Dios en el inmenso diamante líquido, que se llama Atlántico. El país embelesador que se descubre desde las ermitas de Córdoba ó desde el *Miguelete*, aseméjase al embelesador país que se descubre desde mil picos, coronados de madreSelva en la antigua Lusitania. Uno mismo parecen, el cielo estrellado de las noches de la Alhambra ó el de las noches de la ciudad que custodia la tumba del Apostol ornada de millares de sandalias de peregrino, y el cielo estrellado de las noches de Santarem y de la Coimbra sabia, que por su Universidad, sus limoneros y sus jardines, parece Salamanca recostada en el dulce regazo de Sevilla. El sol que abre los capullos en las florestas del Guadalquivir y el Júcar, filtra su luz en la espesura que forman los sauces y los cedros del *lugar de las lágrimas*, hace brotar margaritas en las quiebras de las áridas y desnudas rocas del Moncayo y abrillanta las nieves del Monseñ, al ponerse, diríais que es una granada de oro deshaciéndose en copiosísima lluvia de piedras preciosas, ya lo contempléis al bordé de las rías de Galicia ó del Miño en su desagüe, ya á través de los avellanos del Mediterráneo catalán, ó desde los pensiles de Belén y entre los jazmineros de Cintra.

Hojead los fastos de la literatura española y los de la literatura vecina; y decidme, si podéis conocer bien la de los Luises, ignorando la que ennoblece la lengua no tan sonora y enérgica como la del *Pérsiles*, si más saturada de perfume oriental en *Las Lusíadas*, que en los poemas patrios, y más rica en palabras árabes, voces y giros que en Meléndez y Moratín, en las páginas del enciclopédico Fr. José Agustín Macedo, el improvisador Barbosa, Diniz y Filinto, ó en las metamórfosis de Castillo, las trovas de Palmeirín, los himnos sagrados de Lemus y las marinas versificadas de Gómez, Fr. Agustín de la Cruz y Antonio Ferreira,⁽⁴³⁾ casi son los únicos portugueses que no sacri-

ficaron en el altar del numen español; los Macías y Alfonso X escribieron en el idioma, cuyos orígenes han investigado entre otros, Sousa, Duarte Núñez y Amador de los Ríos;⁽⁴⁷⁾ el trovador de Portugal cantó en castellano; en la corte de D. Manuel el *Feliz* sonó el habla de los Manriques; maqueado está el *Cancionero de Resende* de *cantigas, glosas, trovas, requestas y dezires*, que á pesar del matiz que les dan algunos modismos nos pertenecen;⁽⁴⁸⁾ y Camoëns talló versos dignos de las Gracias,—de las deidades, que do quier asentaban el desnudo y blanco pié, hacían brotar claveles. Las coplas atribuidas al coetáneo de Mauregato Guesto Ansúrez,⁽⁴⁹⁾ ufanan á Galicia y ufanan á Portugal.⁽⁵⁰⁾ Va unido al del Condestable *de las siete Partidas*,⁽⁵¹⁾ amigo de los más celebrados ingenios de la corte de Don Juan II, sobre todo del *sabedor é bem falante, damor trovador sentido y cronista abastante*, víctima de cruel celada en Alfarrobera, —el nombre del imitador de los Ayalas y Santa María, que manejó con propiedad el habla del *Laberinto* y ganó prez de esforzado en la batalla en que recibió, como gaje de su fidelidad D. Íñigo López de Mendoza, su título más ilustre. El hijo del Duque de Coimbra, que en los Prados del Rey perdió la esperanza de reinar y para no morir tuvo que arrojar la sobrevesta, nos legó *Satira de felice é infelice vida*,⁽⁵²⁾ calcada sobre la *Comedieta de Ponza*. Recordad,—porque la lengua del himno que se cantaba ó leía al peregrino en sus noches de vela junto al sepulcro del Apostol, cultiváronla además de Alfonso X y Macías, el Arcediano de Toro, Pero González, el mismo marqués de Santillana y Rodríguez del Padrón,—que las más antiguas poesías escritas en el romance, ya formado en los días del Obispo Gelmírez, están confundidas con las escritas en el habla de Johan Xoárez de Paiva,⁽⁵³⁾ y en el *Cancionero* que alguien cree sea el libro, que vió en la morada de prócer insigne D.^a Mencía.

Saa de Miranda produjo *Nemoroso* y cien composiciones más; Silvestre,⁽⁵⁴⁾ el organista de la catedral de Granada, elogiado por el *Fénix* en su *Laurel* y amigo del alma de Luís Barahona, dió al *Cancionero* sagrado bellísimas flores, obsequió al amor con discretas galanterías y á la moral con sesudas advertencias;⁽⁵⁵⁾ Jorge Montemayor, músico y bardo de peregrino numen y enérgica sensibilidad, nos legó bellísima *Diana*, dulces y tristes romances, muy lindos cuadros pastoriles y letrillas del mérito de *A coger el trébol damas* de Encina y *La flor de Zurguen* de Meléndez; el Lope de Rueda portugués,⁽⁵⁶⁾ escribió en castellano muchos de sus autos; debéis á Jerónimo de Cortereal *La batalla de Lepanto*, á Antonio de Fonseca Soares

Filis, y al titolívico Melo⁽⁶⁷⁾ capítulos prosados con robustez; y los compiladores de *Fénix renascida*⁽⁶⁸⁾ y del *Postilhao de Apolo*,⁽⁶⁹⁾ formaron tan magníficos ramilletes, con rosas del jardín de la musa que lava su rostro en las aguas del territorio donde el Duero y el Tajo nacen, y con rosas del jardín de la musa que lava su rostro, en las aguas del territorio donde el Duero y el Tajo mueren. Perla de sin igual oriente pulió Camoëns.⁽⁶¹⁾ Y si la raza ibérica tiene joya de la índole de una de las que immortalizan la península, donde el rayo solar truecase en miel en el Hibla, se debe:—al país, en que *el refinamiento, el saber y la admirable perfección de la lengua coincidieron con el vivir heroico, ó á causa de que este duró más allí, ó de que aquellos nacieran más temprano que en otras regiones*;—al país, en que los Ercillas llámanse Duro⁽⁶¹⁾ y Basilio Gama, y pulsaron el harpa apolina D. Pedro y los hijos del vencedor de Aljubarrota;—al país, si humilde en la crítica filosófica é imparcial,⁽⁶²⁾ y poseedor de un teatro⁽⁶³⁾ y de un romancero⁽⁶⁴⁾ inferiores al romancero y al teatro de España, que creó la Eva de las tragedias de Europa en *Inés de Castro*,⁽⁶⁵⁾ nos aventajó en el cultivo de la poesía homérica y nos habría aventajado en el de la lírica erudita de no haber existido Fr. Luís de León;—al país que balbuceó su idioma en el poema de la *Cava*,⁽⁶⁶⁾ en los laberínticos versos de Gonzalo Hermínguez,⁽⁶⁷⁾ en los atribuidos á Egas Moñiz,⁽⁶⁸⁾ en el canto del origen de los Figueroas,⁽⁶⁹⁾ en el Cancionero que Carlos Stuard y el Doctor Bellermann han dado á conocer incompletamente,⁽⁷⁰⁾ en las *serranas é decires* de D. Dionis Justiniano de su patria, en las trovas de Alfonso IV, los conde de Barcellos⁽⁷¹⁾ y Alburquerque,⁽⁷²⁾ Gaya, García Esgaraña, Esteban Armez, Juan Martínez, Vasco Fernández de Parga y Fernán González de Sanabria⁽⁷³⁾ y en las Crónicas del *Archivo nacional* y de *Santa Cruz de Coimbra*,⁽⁷⁴⁾ lo habló con los labios del florido Aguiar, del fácil Telles de Menezes, del culto Álvaro Brito, de Andrade de Caminha que talló la oda mejor que Ferreira, de Álvarez de Oriente dotado de una fantasía rival de la de Camoëns, y en la *Malaca conquistada*,⁽⁷⁵⁾ la *Odysea*⁽⁷⁶⁾ y los *Comentarios* de Faria, lo dotó de la firmeza y elegancia que hoy lo caracterizan en el gabinete del tucidídico Barros y del Crisóstomo Vieira, y lo pervirtió bajo la pluma de gongorinos númenes, entre los que sólo Fr. Jerónimo Bahía y Jacinto Freire de Andrade deben ser recordados;—al país, que en el género ennoblecido por Píndaro ha educado un Garção, un Francisco Manuel, un Garret,⁽⁷⁷⁾ un Méndez Leal y un Feliciano del Castillo, en el ilustrado por Tácito un Couto, un Lucena, y un Fr. Luis de Sousa,⁽⁷⁸⁾ un Herculano, y

en el inmortalizado por Cervantes, un Riveiro;—al país que entre sus curiosidades posee una épica muzárabe y una literatura creada por los judíos;⁽⁷⁹⁾—al país en fin, que ha amamantado grandes filósofos⁽⁸⁰⁾ y grandes matemáticos⁽⁸¹⁾ y nos disputa el *Amadís de Gaula*, el *Palmerín de Inglaterra* y las mantillas de Paulo Orosio.⁽⁸²⁾

Si hermana de leche la literatura española de la portuguesa, complemento es la historia de Portugal de la de España. Es común el padre de ambos países; y se confunden las glorias y las culpas del uno y el otro. Tan heroica fué la cuna de la monarquía que tiene por atributo un trono, construido con la madera y el acero de las lanzas, espadas, armaduras y tambores de Ourique, como la cuna de las monarquías que lucieron en sus escudos barras rojas ó castillos. Manchas de sangre real castellana ennoblecen Vizeu; y manchas de sangre real portuguesa ennoblecen Tarifa. Juntos peleamos contra los defensores de la media luna en mil épicos combates, y en la más que épica batalla del Salado. El portugués conquistó Ceuta; y la conservó, con un martirio sublime y con la paciencia del príncipe constante, á quien la bienaventuranza otorgó su mejor palma y honró la lira sin par de Calderón. Además, clavó la cruz en los muros de mil ciudades marroquíes; y nos precedió en la empresa de llevar las armas á la Mauritania. Dimos á Sagres sabio director; y si el lusitano exploró, colonizó, catequizó el Congo y la Guinea y dobló el *cabo de las Tormentas*, nosotros descubrimos un mundo, escondido por Dios en las soledades del Atlántico, al modo que escóndense en un rayo de luz, ó en la misteriosa distancia, ó en el silencio de la cumbre y del bosque, el espectro solar, el eco y las melodías con que nos saluda la alondra al abrir su puerta de ópalo la mañana. Igual cariño debeis al que triunfó en Buena Esperanza y se estableció en Mozambique y Sofala, y pactó con el rey de Cananor y el radjah de Cochín, á Cabral, á Bartolomé Díaz, á Cano, al Almeida que venció en Egipto y al Almeida que halló y conquistó las Malacas y Ceilán, ó al Castro que hipotecó sus bigotes en un empréstito, á Alburquerque el Aquiles de *Os Lusíadas*, el *Marte portugués*, el héroe de Goa, á Suarez de Albuquerqueira, á Duarte Pacheco y al homérico Magallanes, que á los Pinzones, á los Cortés y al maestro de Guetaria celebrado por Balbuena.

Padecieron lo mismo el portugués y el español, en el calvario de la época de los Felipes. Los dos impulsaron el movimiento filosófico de la Edad moderna. Si al uno gobernó un Pombal, gobernaron al otro Campomanes y Aranda. Idéntica causa vieron defender los muros de Cádiz que las Termópilas de Torres Vedras Alfonso X, según

Bellermann, ó Alfonso XI, según Varnhagen, es el rey aludido en riquísimo Cancionero de fines del siglo XII, ó de principios del XIII. El triunfo del Salado fué tan celebrado por la musa popular en Portugal como en Castilla, y solemnizado por Giráldez.⁽⁸³⁾ Un español es el héroe del libro más hermoso de Lucena. Hijo de Portugal fué el que pronosticó que *la inconstante fortuna jamás podrá poner mengua en España*; é hijo de Castilla el que al comenzar la jornada de Aljubarrota exclamó, dirigiéndose á Álvarez Pereira:—*Al fin sois los más honrados del mundo, ora seais vencedores, ora vencidos, porque si venceis siendo tan pocos y si vencemos siendo tantos, toda la gloria y toda la fama es vuestra!* Jamás nadie extremó la cortesanía lo que Álvarez Brito, al elogiar á los Reyes D. Fernando y D.^a Isabel. El portugués tiene que agradecernos, reinas como Santa Isabel y Apóstoles como el Apóstol de las Indias. Mafra es un Escorial sin San Quintín; y Barbosa debe ser tan consultado por nosotros, cual Nicolás Antonio.

España y Portugal están unidos por los vínculos de la configuración geográfica, de la fé religiosa, de las costumbres y de la raza. Idénticas son las faltas de los dos países; no es posible injuriar al uno, sin que la afrenta caiga sobre el otro; por lo cual completáanse:—el soldado que peleó en las Navas y el que en la hueste de D. Enrique y el día de Aljubarrota dió base de diamante al trono que ha ornado siempre la efigie de Cristo; los que se embarcaron en la nao y en las carabelas colombinas y estuvieron bajo el árbol de la *Noche triste*, los que admiró el orbe al verlos explorar el Plata, el Amazonas, la Florida y la Malaria y los que complaciéronse en cubrir con la púrpura de sus reyes las tierras ignotas del Occidente y las que cercaban el pirata árabe, el *mar de coral y de fuego*⁽⁸⁴⁾ y el Diablo,—heroismos recordados por las columnas formadas de mástiles, cordajes y otros emblemas de la antigua marinería de Portugal en los Jerónimos, que es á la vez, Iliada de piedra y album de mármol donde están empadronados en el mundo de la eternidad, reyes ilustres, un descubridor sublime, un Homero y un Livio que no ceden en mérito al ciego de Smirna y al gran retratador de los afectos dulces, al narrador suave y candoroso, caracterizado por Quintiliano con la frase *lactea ubertas*.⁽⁸⁵⁾

Si! Complétanse los aludidos héroes, al modo que los dos grandes bardos de la naturaleza de los siglos modernos, el cantor de la poesía de los ríos y de los verjeles, y el cantor de la poesía de las aguas y de las islas oceánicas:—Garcilaso y Camoëns. Complétanse las glorias de Portugal y España, porque el alma de España y la de Portugal son una, partida en dos. Y por ser el alma de ambos países una partida en dos,

pueden ser las dos naciones una, sin renunciar á sus respectivos laureles. Hoy mismo, la patria de la entidad Portugal, es España; y Portugal la patria de la entidad España.

Entre los vínculos que unen las dos naciones con lazo indisoluble, hay uno muy importante.

El español y el portugués, dotados por Dios de carácter aventurero, asimilador, civilizador y propagandista, de imaginación viva y altísimo pensamiento, hijos de una raza sintética, audaces en la guerra, y resignados en el sacrificio; han nacido para educar, enaltecer y redimir razas; para cortar cadenas en los Cáucosos del despotismo y la idolatría; para humanizar el África y verter los perfumes del alma de Europa sobre la virginal América; para erigir un altar á la justicia y á la dignidad, entre los nopales y las magnolias del país natal de los desiertos y del país natal de los edenes. Por esto, el uno fué al Asia, dormida entre las ruinas de sus templos y á la sombra de sus sagrados bosques, á estimularla, á despertár á la voz de Dios que siempre la ha llamado á cumplir un gran destino, y además al África que unió las premisas de la civilización oriental y las conclusiones de la civilización europea,⁽⁸⁰⁾ y el otro descubrió y civilizó América. Ambos no han ejecutado estos trabajos aisladamente, pues han colaborado el uno y el otro, en sus tareas respectivas.

Portugal nos ayudó en la obra de civilizar América; y además... Conocido es el odio del indo-europeo al semita, que pertenece á una casta negativa y antitética en la historia, enemiga del politeísmo, intolerante, dotada de una fé ciega, desposeída del espíritu de pueblo, egoista, sin voluntad, sin vida política, estacionada,—que al obrar exclama *Dios lo quiere* y al pensar *Dios lo sabe*; que sacrifica sobre las aras de una ciencia que no es original; que por tener prohibido el reproducir la naturaleza, está privada de las caricias de la estatuaría y la pintura; que no conoce más artes que la música y la lírica: y que oye gemir su espíritu en la mazmorra de la esclavitud y la servidumbre. Á pesar de su inmovilidad, de su aislamiento, de sus serrallos, de su idolatría al ideal primitivo de su raza, es susceptible de moverse; y se mueve, siempre que algún profeta le habla á nombre de una pasión superior. Entonces le avasalla el odio, y trueca su Dios, en Dios de terribles venganzas. Tal es la idea, originaria en el semita, de su servidumbre cuando obedece y de su indocilidad cuando se rebela,—indocilidad que le conduce á la indisciplina, á la discordia, á la inferioridad militar.

Gotas de sangre de esta raza que no siente su personalidad, venga-

tiva, degradada, ya por la servidumbre, ya por la anarquía, se mezclaron con la sangre de los mauritanos, los berberiscos y otros mil pueblos errantes y salvajes del interior de África; y de este cruzamiento han nacido seres, que anhelan ser redimidos de la barbarie y recibir la hostia de la luz de la civilización.

La necesidad de educar, ilustrar é infundir las ideas de libertad y derecho á tan desgraciadas gentes, es obvia. Dios ordenó que la satisficiese España, tan apta para derribar tiranías y romper la argolla de la esclavitud, por sus tradiciones, su situación geográfica, su espíritu asimilador, y su carácter emprendedor y audaz, que le ha impulsado á heroismos escritos con sangre en los países todos del orbe;—España!, separada de África por una cinta de agua.

El afán de vengar el agravio de Guadalete, sentido por el soldado de Covadonga y por el soldado que conquistó la ciudad del Tajo, truécase en deseo de llevar la cruz al África:—en el rey que clavó el lábaro de Cristo en el torreón de Azuda y holló los picos de Sierra Morena; en los hombres que herraron con medias lunas, los negros caballos de los monarcas aliados en las Navas; en el aragonés que después de haber arrojado al invasor de Valencia y de Mallorca, marchó al África con Pedro III y Alfonso V, y en el castellano que se disponía á embarcarse en la escuadra que aprestaba San Fernando para cruzar las aguas que nos separan de la Libia; en Alfonso X y en Alfonso XI; y si no lo acarició la casa bastarda, inspiró una de las bellísimas cláusulas testamentarias de Isabel la Católica y llevó al más español de los genios á Orán, y al Emperador y á D. Juan de Austria á Túnez. Portugal ha sido siempre colaborador de España en la obra de grabar la idea de la civilización sobre el tronco de las palmas de la Libia, pues la conquista de Ceuta, la paciencia del príncipe constante, los muros ensangrentados de Azamor y Arcilla, Sagres y la triste luna que alumbró los amarillos rostros de los cadáveres de Alcazarquivir dicen, que hay un solo espíritu y un solo pensamiento, en la raza ibera.

Y he aquí bosquejado uno de los títulos más grande de Portugal, para merecer el cariño de España. El otro, se lee en la historia de las navegaciones oceánicas.

En 1470 se estableció Colón en Lisboa, porque deseaba dedicarse á hacer expediciones más útiles que las que hasta entonces había emprendido, y porque por haberse iniciado en las costas lusitanas todos los viajes de descubrimiento, en el Atlántico verificados en los lustros transcurridos del siglo xv, en la desembocadura del Tajo

había un gran centro de actividad y de cultura náuticas. Allí continuó sus estudios é investigaciones científicas; enardeciósele más y más la sed de instruirse; acabó de familiarizarse con la vida oceánica; y contrajo íntima amistad con los marinos más afamados de la época. La hija de uno de éstos, le dió su blanca mano y un niño llamado Diego.

En posesión de un gran caudal de noticias y conocimientos prácticos y de cartas y aparatos náuticos excelentísimos, aspirando á la vez las brisas de un hogar feliz y las de la sabiduría que aleteaban en el país más entendido entonces en el arte de la navegación, oyendo á toda hora hablar de las teorías elaboradas por los discípulos de la escuela de Sagres y de los hallazgos de nuestros vecinos por las costas occidentales de la Libia; en Portugal, tras largas vigiliias consagradas al cálculo especulativo, á la correspondencia científica y á herborizar datos útiles en los muelles, en las plazas y en todas partes, maduró la idea de buscar, navegando la vuelta de Occidente, atravesando el temible y temido Atlántico, el vellocino de oro que había buscado D. Enrique por otra vía.

¡Idea sublime, que floreció y fructificó por obra del estudio, de las observaciones detenidas y de la meditación profunda de un hombre, inmortal por su gran carácter, su magnanimidad, su espíritu fervoroso y su acrisolado saber; y porque supo defenderla con firmeza y con la confianza de que lograría verla aceptada por algún poderoso! Idea atrevida, que tuvo partidarios apenas fué enunciada, porque la noble dignidad de quien la había concebido, cautivaba las almas; y que también apenas fué enunciada encontró enemigos, por el tono de altivez y grandiosidad que daba á sus pretensiones aún en sus días más desgraciados, quien hablaba de igual á igual á los reyes y no ejecutó por sí mismo sus planes, por falta del caudal preciso para armar los buques que necesitaba y porque como esperaba encontrar gentes no sometidas á legalidad alguna, se veía obligado á solicitar el auxilio de soberanos que pudiesen arrogarse el dominio de los vastísimos territorios que descubriese y otorgarle las dignidades y recompensas que llegara á merecer.

Animado por la munificencia con que se recompensaba en Portugal á los descubridores de tierras y persuadido de la sinceridad con que D. Juan II deseaba hallar el paso de la India, Cristóbal se decidió á pedir para su teoría protección al trono, ya que contaba con el aplauso de Toscanelli.

Se acercó al rey; y le manifestó, que si le proporcionase una flotilla

tripulada, él iría por camino breve al Asia. Añadió, que se proponía navegar en línea recta al Occidente, á través del Atlántico; estableció sus hipótesis respecto á la magnitud del Asia; y describió el primer país á que pensaba arribar,—la isla de Cipango.

Barros, en desacuerdo con D. Hernando dice, que el Genovés, á fuerza de importunar á D. Juan, consiguió que le escuchara con simulada *condescendencia*. El rey, escribe el titolívico historiador, tenía á Colón por un soñador vanidoso. Los inclinados á juzgar así al gran marino, no olviden que la nota de inmodestia con que se agravia á los manes de Cristóbal, es una calumnia propagada por los escritores portugueses de época posterior á la del nauta inmortal; y que no es verosímil tildara á éste de aficionado á lo fantástico por la descripción de Cipango que le había escuchado, quien creía en todo lo que de tal isla referáse y aceptaba como verdad bien troquelada, el contenido de los cuentos orientales.

D Juan consultó las razones de Cristóbal á una junta, á la que pertenecían: —el obispo de Ceuta D. Diego Ortiz Castellano; el Licenciado Calzadilla,⁽⁸⁷⁾ mitrado de Viseo, de muchas letras, gran matemático y áulico preferido por su prudencia, piedad y buen juicio, de la corona; y los médicos judíos Rodrigo y Joseph, cosmógrafos insignes que asociados de Martín Behem, habían facilitado el uso del astrolabio en las naves. Los dos maestros y los dos obispos, ó porque los últimos hubiesen aconsejado la navegación al Asia por vía distinta de la ideada por Cristóbal, ó por otras causas, calificaron de irrealizable é insensato el proyecto del Genovés. Los argumentos de los cosmógrafos no borraron la impresión profunda que los del marino habían grabado sobre el espíritu de D. Juan, pues D. Juan convocó el Consejo Supremo y le confió el examen de lo que Colón proponía. El fallo de la nueva consulta, tampoco fué favorable á los deseos del italiano. En la Asamblea reunida, prosperó el parecer que granizó el Obispo de Ceuta, en un discurso frío y cauteloso. Aquel areópago, por su constitución y el número de sus individuos, reunía menos condiciones que la Junta de maestros y obispos para comprender la grandiosidad y el alcance de la empresa por Cristóbal ideada. La rechazó, por las consideraciones aducidas por los cosmógrafos reales y porque hubieron de parecerle excesivas las exigencias de quien pedía que la expedición proyectada la costease Portugal y además de barcos, le concediese títulos, honores y preeminencias altísimas.

Es creible, que el recuerdo de la mala impresión producida en el vecino país por tales pretensiones, le hiciera formar en España

el propósito de ocultarlas, hasta que tuviese la seguridad de que SS. AA. estaban decididos á desprenderse de los mástiles que les demandaba. Porque... Colón en la primera visita á la Rábida, refirió á Fr. Juan Pérez la negativa obtenida en Portugal, pero se guardó de aludir siquiera, á lo que él había exigido concediese á su persona el rey. En Córdoba, se limitó á presentar su proyecto á D. Fernando y D.^a Isabel. Títulos y preeminencias no pidió en España, hasta 1491, es decir, hasta que vió decididos á los Reyes Católicos á darle algo más que *esperanzas ciertas*. Diríase que proceder tan premeditado obedecía á la idea, de que recelando pudiese repetirse en España lo ya ocurrido en Portugal, para que las condiciones que pensaba imponer si había de ejecutar su proyecto, no marchitasen el porvenir de éste, no le convenía el revelarlas, sino en el instante en que por estar ya decidida la corona á favorecerle y entusiasmada con el plan, la arrogancia de las unas pudiese perjudicar menos á la fortuna del otro.

El dictamen de sus áulicos no satisfizo á D. Juan II ⁽⁸⁸⁾ El astuto Obispo de Ceuta, fué uno de los cortesanos que adivinaron que desagradaba al rey el abandono definitivo de la empresa que Cristóbal había concebido; y buscó traza de lisonjear á la Corona, señalándole un camino para no romper las negociaciones.

El monarca cometió la perfidia de aceptar el inicuo ardid de entretener á Colón con palabras equívocas, en tanto que enviaba un buque en la dirección que el marino había señalado. Se pidió á Cristóbal un plan detallado de la odisea que intentaba y que lo acompañase de las cartas y documentos expresivos de la ruta que se proponía seguir, á fin de someter el uno, las otras y los otros, al parecer de los cosmógrafos reales. Colón satisfizo tal deseo; y pretextando llevar víveres á las islas de *Cabo Verde*, salió de Portugal una carabela, con instrucciones reservadas para seguir el derrotero trazado por el Genovés. La aparición del mar de sargazo aterró á los tripulantes, quienes apresuráronse á volver la proa hacia la madre patria. Á larga distancia del archipiélago atlántico, airada tempestad les rompió el velamen, les obligó á cortar los mástiles y les puso en peligro de perecer; y en tal estado llegaron á las aguas de Lisboa, donde para excusar el miedo que habían sentido se dedicaron, á exagerar los azares que acababan de correr en un mar sin fin y á ridiculizar como insensata, la teoría del hijo de Génova.

Juan de Barros y A. de Castaneda, ocultan la hiel del consejo dado al rey por el mitrado Ortiz. Fernández Duro cree invención, el envío reservado de la carabela. ⁽⁸⁹⁾ Y Vilhena Barbosa, admite en hipótesis

la posibilidad de la salida de la nave y atribuye el acto á un menguado. El suceso ocurrió, porque lo testifican historiadores de merecido crédito y más de una narración detallada del pérfido viaje. Varios testigos, en el pleito de D Diego Colón y el fiscal del rey deponen, que la causa principal de haberse vuelto los que tripulaban la carabela fué, el pavor que inspiraron á los marineros las primeras hierbas del mar de sargazo, circunstancia expresiva de que los expedicionarios llevaban rumbo, conforme á las manifestaciones más ó menos explícitas del Genovés Y Garci-Hernández declara, que Colón dijo á fray Juan Pérez que *caballeros y otras personas que se fallaron al razonamiento* en virtud del que *se obligaba á dar la tierra firme á S. A., le volaron su palabra*. La inicua estratagema, es indudable que fué aconsejada y acogida. Á tal convencimiento arrastran el ánimo los datos aducidos. La verdad del hecho aceptado, no contradice la parte que correspondió en la repulsa referida, á *la exorbitancia de las condiciones de medro personal que Cristóbal quería imponer* á D. Juan II Por excesivas las tuvo éste; mas lo que él buscaba con el ardid era, el no abandonar el proyectó rechazado y si resultaba posible, el hacer las ventajas de él suyas, á título lucrativo

La deslealtad del rey indignó al noble hijo de Génova. Se dice, que á Juan II hubiese agradado el renovar la negociación fracasada; y que lo intentó, autoriza para sospecharlo la carta que escribió al marino, en 20 de Marzo de 1488.

Colón resolvió abandonar secretamente Lisboa, por él tan odiada, desde que recordábale un acto de mala fé inaudito, y trasladarse á España.

¿Es verdad que el misterio de que rodeó el Genovés su salida de Portugal, reconoció por causa el evitar el peligro de ir á la cárcel, por no poder satisfacer las deudas que le agobiaban?

Tal creen, los que con error interpretan célebre carta de D. Juan II. y olvidan, que la conducta ejemplarísima, las prendas personales y el rango social de Cristóbal, dan un mentís á los que han prohijado lo que dice el americano ilustre, que copió en el Alcázar nasarita, los paisajes que se descubren desde el Tocador de la Reina y soñó asomado al ajimez del jardín de Lindaraja. Caballeroso, dotado del más exquisito sentimiento del honor y de muy severa conciencia, el 19 de Mayo de 1506, otorgó Cristóbal en Valladolid un codicilo, con el fin de remunerar los servicios que debía.

Ni el nombre de un solo portugués se lee, en la relación escrita por la propia mano del inmortal descubridor, en aquel documento.

La generalidad de los individuos recordados en él, eran genoveses que residían en Lisboa, y que si hubiesen tenido créditos contra su paisano, jamás habrían osado pedirselos, según la última voluntad aludida nos demuestra.

No! Cristóbal no resolvió abandonar secretamente Portugal por huir de la persecución de sus acreedores, sino porque los medios coercitivos que pudiera haber empleado contra él la tiranía,—temor que parecerá prudentísimo, á quien recuerde que Juan II sabía degollar duques y arrojar mitras á las cisternas.⁽⁹⁰⁾ La epístola en que suplicó el monarca portugués á Colón que volviese á Lisboa, seguro de que no se le arrestaría, no prueba lo que Irving cree. Contesta á una de Cristóbal, perdida hoy; y está redactada en términos muy propios de un príncipe *discreto y suspicaz*, que le dan el caracter de un salvoconducto, necesario en tan accidentada época, á quienquiera que tuviese que tratar asuntos arduos con los tronos. Las seguridades prometidas en el tal documento, no holgaban: mas no significan que el Genovés saliese de Portugal por burlar el asedio de sus acreedores, ó librarse de ser encarcelado.

Nos salta ahora al paso una tesis, acerca de la que se ha escrito mucho y muy bueno. Historiadores hay que reproducen al Genovés trasladándose de Portugal á España, con el niño Diego de la mano ó en hombros, y pordioseando. Contra esta opinión se ha excepcionado, que Cristóbal no fué á la Rábida desde Lisboa por tierra y á pié, ya porque sea increíble que hiciese así un viaje tan largo, ya porque contaba entre la marinería muchos amigos con quienes tenía confianza para pedirles un sitio á bordo, ya porque al venir á España proponíase, en primer término, el ir á Huelva y dado que la entonces villa debería encontrarla sin necesidad de llegar hasta el monasterio, no se comprende que pasara por delante de la puerta de la casa que buscaba, sin atravesar los dinteles de la misma.

Hay también historiadores, que retratan al Genovés desembarcando en Cádiz ó en Sanlúcar, y después andando con el *niñico* leguas y más leguas por la costa. Y los hay que dicen, que Colón desembarcó en Palos y desde Palos marchó á Huelva. No se fijan en que la antigua Onuba está al Norte, la Rábida al Sur y entre la Rábida y la antigua Onuba, Palos.

Para resolver la cuestión, hay que estudiarla sobre el terreno ó á la vista de un plano hidrográfico, ó leer meditándolas, páginas concienzudas de un conocedor de la topografía de las localidades nombradas.

«*El puerto de Palos,—dice un autor,—está situado entre Huelva y la*

Rábida, guardando casi la misma equidistancia entre el uno y el otro de aquellos dos puntos. Huelva, mirada desde aquel puerto, cae á la derecha, y la Rábida á su izquierda. Pues bien: si se quiere ir desde Palos á Huelva, preciso es tener entendido que para ello hay dos vías, marítima, ó mejor, mixta de fluvial y marítima la una, y terrestre la otra. Por la primera se atraviesa el río Tinto, describiendo una línea oblicua que se aleja de Huelva, corriéndose hacia la izquierda como quien se dirige á la Rábida; pero luego se salva el vértice de aquel río y se entra en las aguas del Odiel hasta llegar á la capital. Este viaje viene á ser, como de una legua ó poco más.

Pero aún más brevemente se hace el mismo trayecto cruzando el Tinto, en línea transversal para entrar en un estero, que va dejando á su izquierda el Odiel; hasta tanto que la pleamar junta el dicho estero ó canal con este último río en el mismo Huelva. Mas cuando la mar está baja, las aguas del estero no suben hasta aquella ciudad, y en tal caso hay necesidad de desembarcar un kilómetro antes de llegar al muelle. De todos modos, este segundo viaje por agua desde Palos á Huelva puede hacerse, en cuatro kilómetros durante la pleamar y en unos cinco kilómetros en bajamar.

Hay otra vía, que es la terrestre, desde Palos á Huelva; pero esta no se hace acaso en tres horas, por el impedimento que pone el Tinto, el cual bifurcándose por encima de Palos, obliga al viajero á dejar á la izquierda la mencionada capital, alejándole más y más de ella por un largo trecho hasta ganar el puente de Moguer.

Para explicar con mayor claridad las distancias que determina, el autor aludido⁽⁹¹⁾ ha formado un *Itinerario* entre Huelva, la Rábida y Palos, curiosísimo. Tras la lectura de él y del texto transcrito, parece indudable que Colón, bogando desde Lisboa con rumbo á Huelva, se vió obligado á arribar á Palos, pues sin suponer el viaje marítimo, no es concebible la probada ida de Cristóbal á la Rábida en 1484. Y hay que suponerlo, aunque para atribuirle tal carácter solo pudiéramos invocar las palabras de Garci-Hernández. El físico dice: *Que sabe que el dicho Almirante D. Cristóbal Colón viniendo á la Rábida con su hijo D. Diego...* Esa ida á la Rábida ocurrió en 1484, pues si no se acepta el deslinde de fechas trazado, y se cree que el Genovés no pisó el monasterio hasta el año 1491, resultaría imposible. Y si para no serlo, es preciso fijarla en el 1484, el físico afirma, que Colón salió de Lisboa por mar.

El náuta de Génova fondeó pues en Palos, á pesar de que desde la corte de Portugal se iba derecho á la villa de Huelva para hablar y verse con un su cuñado, casado con hermana de su mujer... é que había nombre *Muliar*, palabras de oro, por la calidad del testigo que las pronunció y

porque la existencia de Muliar y la de su mujer Violante Muñiz están demostradas, por dos cédulas reales;⁽⁹²⁾ por el testamento de D. Diego Colón *fecho en Sevilla á 22 de Febrero de 1515*; y por el *Memorial* que dejó en poder de aquél el descubridor de América, al salir para las Indias por tercera vez.

Al tomar Cristóbal la resolución de dejar Portugal, tuvo que ocurrírsele, que para hacer la vida del pretendiente era una dificultad la compañía del *niñico*; y es lógico que pensara en dejarlo en hogar seguro y tranquilo. Es más que verosímil el propósito de ir á Huelva, con que se embarcó en Lisboa el genovés, dado que Muliar en Huelva residía y era concuñado del gran nauta, pues D. Diego Colón, al llamar tía suya á Violante Muñiz, da á entender que la unían lazos fraternales á D.^a Felipa. Ya es oportunidad de recoger el concepto que se refiere, á si Colón vino á España pordioseando. La crítica seria ha quemado en el horno donde forja sus raciocinios, los andrajos colocados sobre los hombros de Colón por los aficionados á romancesar la historia.

Si en Portugal había vivido Cristóbal, aunque con modestia, con holgura, en 1484 no podía encontrarse en situación de pedir pan y agua, obligado por una necesidad de mendigo. Consta, que en el país vecino se consagró, á asuntos mercantiles y á trazar cartas y planos geográficos que vendía bien; y el dato prueba, que además de los tesoros de su genio, tenía en su cultura recursos de vida más que sobrados.

Resta por decir, para poner remate á este capítulo, que reflejando la luz de las ideas últimamente emitidas, sobre la declaración del físico Garci-Hernández, se lee la historia verdadera del Genovés, desde que salió de Lisboa hasta que escribió: *In nomine D. N. Jesu Christi*, en inmortal *Diario*.

VI

PRIMERA VISITA DE COLÓN Á LA RÁBIDA.

D. Juan II no era el monarca elegido por Dios, para engarzar en el oro de una corona real el sol de las Indias. Por eso llegó tarde á Portugal, el descubridor de América.

El descubridor de América reveló á D. Juan II un gran proyecto,

cuando la idea de abrir un camino marítimo á la India, metódicamente empezada á ejecutar por D. Enrique, estaba en vía de hallarse mejor fundada y tenía excitados la especulación mercantil y el amor al lucro en Portugal. Venecia y Génova enseñaban á Lisboa, que el comercio con el Asia producía fabulosas riquezas. Tal fué el *primum movile* de las causas que motivaron el desdén que cosechó Colón en la ciudad más querida del Tajo. Portugal no podía abandonar la labor que tenía ya muy adelantada; y la tarea de empezar el trazado de otro camino oceánico le resultaba imposible. Cristóbal llegó tarde á las gradas del trono portugués; y la ley de la división del trabajo, vigente en la historia, se impuso. En su virtud, quedó reservada al país vecino la empresa de continuar las metódicas exploraciones por la costa de África.

En 1484 Cristóbal ordenó á su hermano, que marchara á Londres á ofrecer á la corona de Inglaterra el bien que la portuguesa había rechazado; y vino él á España á esperar las noticias que le enviara Bartolomé y á procurarse aquí, para en el caso de que no fuesen ellas satisfactorias, los medios de buscar el Asia por el O. Permiten el atribuir tal intención al proyectista sin par algunos sucesos posteriores de su vida; como permite una página de las Casas el afirmar, que *primero debió de haber salido Cristobal Colon para España que su hermano para Inglaterra*. La nave donde el Genovés huía con su hijo, debió verse precisada por alguna tormenta á dirigirse, guiada por el Puntal, hacia la barra de Huelva en busca del *refugio obligado de los buques que entre Trafalgar y el Santa María eran sorprendidos por algún temporal del E., el E. S. E. y el S. E.* Es el puerto de Palos, el primer sitio de desembarque, que aparece al que entra en la ría onubense; y es lo natural, que en él tomasen tierra Colón y su hijo. Al tomarla, vió aquél alzarse sobre la extremidad de un promontorio la Rábida; y de suponer es, que se le ocurrió la idea de ir á pedirle el asilo que necesitaba, máxime, si como sospechaba las Casas *tenta cognoscimiento con alguno de los religiosos del claustro*.

Es verosímil que Cristóbal conociese de nombre á Fr. Juan, porque Fr. Juan contaba muchos amigos entre la marinería de la costa próxima al convento y esos amigos visitaban Lisboa, en cuyo muelle había tratado Colón á mil hombres de mar portugueses y españoles.

Eran:—el día lluvioso y frío; el camino más largo para quien lo ignoraba que para quien lo conocía; y la fortaleza del muchacho escasa. Debió el buen padre tomar en los brazos á Diego, á fin de disminuirle las fatigas del viaje, cada vez más penoso por la crudeza

de la estación y el cansancio, y porque Cristóbal no llevaba rumbo seguro. Obligado á torcer la dirección que había tomado por un accidente del suelo que pisaba, el Genovés empezó á subir un montecillo accidentado y pedregoso; y sintiéndose fatigado y viendo más exhausto de fuerzas aún al muchacho, fué á sentarse en las gradas de una cruz que se alzaba, y alza todavía, á breve distancia de la puerta del monasterio. El *niñico* se colocó junto á su padre; sobre el muslo de éste dejó caer la cabeza; y Colón fijó los ojos en el edificio. «Era una fábrica de arquitectura gótica, sencilla, pobre, cuya severidad de líneas correspondía al destino religioso de la misma» «Á la parte de la izquierda corría una tapia baja, y por detrás de ella sobresalían las copas de robustos árboles, entre los que destacaban sus tristes y uniformes siluetas, algunos enhiestos cipreses, cuya vista dejó suspenso el ánimo del espectador, que no sabía resolver si contemplaba un jardín ó un monasterio.» «En el centro veíase la puerta formada por gruesos baquetones, y á la derecha se descubrían las ventanas ojivales del templo, de cuyo interior se desprendía tenue claridad, y el acompasado rumor de las preces que entonaban á coro los religiosos.»⁽⁹⁸⁾

Cristóbal se acercó á la portería empujado por las necesidades propias de un viajero que lleva la ruta alterada. Se acercó, no á pedir limosna para los dos, sino pan y agua para el muchacho, que por su debilidad estaba más necesitado de calmar el hambre y la sed que se le habían despertado, durante aquella obligada y difícil marcha. Á seguida, tuvo el niño un *pedazo de pan que unir á los alimentos que Cristóbal le iba dando.*

Un historiador muy erudito, gloria de la andaluza tierra, acaba de escribir lo que sigue.—«*Mientras Colón miraba con ternura á su hijo saciando el hambre y la sed, hubo de pasar por el claustro un monje franciscano, joven, de elevada estatura, frente desembarazada, ojos vivos y distinguido porte, á quien llamó la atención la figura del forastero. Se detuvo á contemplarle de lejos, y encontrando alguna cosa extraordinaria en sus modales, prendado de la gracia infantil del niño, y admirándole también sin duda alguna varios objetos que había sacado del zurrón para buscar la comida de su hijo, se acercó á los dos viajeros lenta y afectuosamente, y procuró informarse de las causas que les habían conducido á un convento fuera de todo camino y que no señalaba dirección para pueblo alguno. Era el fraile un buen astrólogo, y se llamaba fray Antonio de Marchena. Con Cristóbal quiso hablar, y en efecto habló, después que aquel hubo demandado pan y agua para el niño, que era niñico, un*

fraile; mas el fraile no se llamaba Fr. Antonio de Marchena. Puede asegurarse que no estaba en la Rábida Fr. Antonio de Marchena, cuando ocurrió el dramático episodio que nos ocupa.

El físico de Palos dice, que el monje que *quiso hablar* con Cristóbal Colón se llamaba Fr. Juan Pérez; y lo que dice, cónstale como testigo presencial del suceso. Y no cabe sospechar que este Fr. Juan Pérez haya sido otra persona que la del Guardián de la Rábida, pues aludiendo á año posterior, el testigo nombra al *dicho Fr. Juan Pérez*, especificando *que era confesor de la Reina*.

Sí! En el día á que nos referimos, fué el fraile que el médico señala, el que oyó á Colón mil palabras, alusivas á sus viajes y proyectos y á los disgustos que le alejaban de Portugal. En la conversación á que esas palabras pertenecen, no habló el Genovés como el genio que expone una idea científica, sino el lenguaje de un caminante que narra su vida.

En la Rábida estaba Garci-Hernández, *que alguna cosa sabía del arte astronómica*, cuando llegó Cristóbal. De suponer que el hijo de Génova informó de su proyecto al monje en términos científicos, habría que afirmar que el físico los escuchó, pues si cuando empezó la plática no hubiera estado en el lugar donde ocurría, le hubiese mandado llamar el fraile, como lo hizo en otra fecha, y la intervención de Garci-Hernández en la conferencia, habría dado por resultado un patrocinio de índole idéntica, á la del que empezó con el envío de la carta de que fué portador Sebastián Rodríguez. Esto no sucedió en 1484. ¿Queréis por el contrario, que aquél con quien conversó el visionario genial se llamara Fr. Antonio de Marchena, gran astrólogo? Pues no dudéis que el gran astrólogo Fr. Antonio de Marchena, habría comprendido la magnitud de los proyectos del italiano, á la alusión más tenue que éste hubiera hecho á los mismos. Y lo lógico es pensar, que habiéndose conformado con el parecer del fugitivo de Lisboa, hubiese solicitado para el Genovés la protección del P. Pérez, que tenía amigos en la Corte. Carta recomendatoria del plan científico colombino no salió de la Rábida, hasta 1491. Ved pues, una razón indirecta, demostrativa de que el P. Marchena no empezó á estar al lado de Cristóbal en el célebre monasterio, y sí en la Junta de Córdoba.

Si un mecenazgo científico no, favor de igual importancia recibió entonces el Genovés, en la Rábida. Un grave inconveniente, como dice un escritor de pró, se ofrecía para las negociaciones que Cristóbal tenía que empezar desde luego:— el niño que le acompañaba, tan necesitado de la ayuda, la protección y el amparo que su desvalido padre no podía darle. Las dificultades que rodeaban el proyecto de

ir al Asia por el O. y la vida agitada que el procurar que no se malograra aquél imponía al marino, exigían que el mozalvete se separara de su padre. Á tal necesidad ocurrió Fr. Juan Pérez, pues quedó por entonces en el monasterio el niño para concertar después la manera de que viviese al lado de sus tíos, quizás á la sazón ausentes de Huelva; y el Genovés desembarazado de aquel dulce y difícil obstáculo, partió para Sevilla.

No hay audacia que alcance á poner en tela de juicio, que el hijo legítimo del descubridor de América, recibió la primera educación en la Rábida. Que llegó al santo claustro, lo afirma el probo y veraz Garcí-Hernández. Que en él se quedó, lo indican documentos que constituyen prueba muy robusta, en el proceso donde aparecen. Tiene afirmado Juan Martínez Pinzón, en el pleito más de una vez ya aludido:—*que conoció á D. Cristóbal Colón é á D. Diego Colón su hijo, é á Martín Alonso Pinzón é que al dicho Cristóbal Colón conoció por espacio de dos años, poco más ó menos, é al dicho D. Diego Colón cuatro ó cinco años, é al dicho Martín Alonso Pinzón, su padre, conoció por espacio de treinta años.*

La declaración significa, que el testigo había visto á diario, ó casi á diario, por espacio de cuatro á cinco años á Diego, mientras que á diario ó casi á diario había visto á Cristóbal, por espacio de dos, poco más á menos. Es decir, que en años en los que no veía al padre, Juan veía al hijo. Transparenta la frase, la idea de una separación entre Cristóbal y Diego, determinada en el claustro franciscano. Y para tener por verdad su contenido hay que aceptar, la residencia del muchacho en la Rábida, pues no es posible suponer, que durante los cuatro ó cinco años á que se refiere Juan Martín, permaneció Diego en Huelva al lado de Muliar. Las diarias comunicaciones entre Huelva y Palos son difíciles de establecer entre niños.

En el mismo pleito que el hijo del gran Pinzón, declaró Juan Rodríguez Cabezudo, avecindado en Moguer:—*«Sabe que puede haber veintidos años que este testigo vido al Almirante viejo en esta villa de Moguer, andando negociando de ir á descubrir las Indias con un fraile de San Francisco que andaba con el dicho Almirante, é que á este testigo le demandó el dicho Almirante una mula en que fuese el dicho fraile á la corte á negociar y se la dió: y que sabe que el dicho Almirante se partió el año 92 desta villa é de la villa de Palos á descubrir las dichas Indias, é las descubrió é volvió en salvo al puerto de la villa de Palos, descubiertas ya las dichas islas.... Al tiempo que se partió, le dió á D. Diego, su hijo, en guarda á este testigo y á Martín Sánchez, clérigo...»*

Á través de estas palabras, se adivina que el niño al ser entregado á Cabezudo y á Sánchez, estaba bajo la custodia del Guardián de la Rábida. Y que estuvo encomendado á la solicitud de Fr. Pérez en el monasterio, lo reconocen con rara unanimidad, D. Hernando Colón el P. las Casas, Herrera, Muñoz,⁽⁶⁴⁾ Ortiz de Zúñiga,⁽⁶⁵⁾ W. Irving y Rosselly de Lorgues.⁽⁶⁶⁾

Es, pues, un punto histórico depurado, que el *niñico* moró en la casa franciscana al cuidado y bajo el magisterio de Fr. Juan Pérez, bien que el religioso dispensó á Cristóbal por simpatía personal, lo cual no excluye la posibilidad de que lo hiciese, porque Muñiar hubiera abandonado su residencia de Huelva. Algún escritor, al patrocinar la especie de que Diego vivió en la Rábida desde 1484 hasta el 3 de Agosto de 1492 ha sostenido, que en el pacífico claustro tuvo olvidado Cristóbal á su hijo.

Es verdad, que no volvió á verle durante un largo período de tiempo: mas durante ese largo período de tiempo, no le sobraron los recursos metálicos, ni pudo distraer horas á las tareas á que se hallaba consagrado. Le aconteció, lo que á esos hombres, que han vivido entregados por entero, á los placeres infinitos del trabajo espiritual. Dedicado al goce de un magno pensamiento científico, se encontró con la vida absorbida por un ideal en tales términos, que no quedó al corazón ni á la voluntad de aquel hombre espacio, sino para sentir y querer lo que á su ideal convenía sintiese y quisiera. Esto no significa, que no se acordase de su hijo.

Cristóbal, aunque abismado en las soledades de su espíritu soñador, fué siempre dulcísimo padre, pues no bien se le presentó la posibilidad de tener que renunciar á la protección de España, marchó á la Rábida con dos objetos. Era el uno, el solicitar el patrocinio de Fray Pérez para poner un término feliz á la ruptura de Sta. Fé. Era el otro, si no conseguía aquél, ó si consiguiéndolo resultaba ineficaz, el recoger á Diego. Los historiadores de mayor autoridad, así lo dicen. Calumnian pues á Cristóbal los que afirman que tuvo olvidado en el claustro franciscano al niño gracioso y amable, de tez de nieve, ojos azulados, cabeza rubia y encantos enloquecedores, que era *niñico* en 1484

Trasladémosnos á Sevilla, camino de la que dejamos al enviado por Dios para llevar á vírgenes playas de nácar y oro,

el madero soberano
iris de paz, que se puso
entre las iras del cielo
y los pecados del mundo.

VII

SEGUNDA VISITA DE COLÓN Á LA RÁBIDA.

Uno de los dos propósitos que en Colón latían al salir de Portugal, se ha cumplido ⁽⁹⁷⁾ El otro es, el que lleva á la grupa, caminito de Sevilla. Va á la ciudad del cielo azul, en busca de protectores para la empresa que ha concebido, en el idílico país donde entra en el mar el aurífero Tajo.

Razón idéntica á la que había movido al Genovés á acercarse á D. Juan II, con la esperanza de que le concedería los mástiles que iba á pedirle, le movía ahora á acercarse al trono católico, con la esperanza de obtener lo que D. Juan II no le había dado.

Portugal odiaba á muerte al sectario de Mahoma; y á muerte odiaba al sectario de Mahoma España. Libre aquél del yugo árabe antes que ésta, no bien hubo arrojado de su hogar á los infieles, se dedicó á hostilizarlos en las calcinadas tierras del África. Animado de tales miras, el portugués pensó en circunnavegar el continente de los desiertos y de los ríos subterráneos, para ver si lograba aproximarse á la entrada del Rojo y hacer suyo el comercio de la India, que enriquecía á los soldanes de Egipto. Los soldanes de Egipto, en sus aduanas exigían á los artículos procedentes de la plaza de Alejandría, el pago de derechos tan enormes, que algunos europeos hubieron de pensar en restablecer la abandonada ruta de Tauris y Bagdad ⁽⁹⁸⁾ Entrevió el portugués la posibilidad de ir por mar á donde deseaba; primeramente, discurrió por las costas de la Mauritania; descubrió después la *Madera*, que convirtió en escala de odiseas posteriores; y llegó más tarde hasta el golfo de Guinea. Al entrar Cristóbal en Lisboa, ya había vivido D. Enrique el *Navegante*, precursor insigne de Bartolomé Díaz y Vasco de Gama, héroes que al resolver el problema de hallar el paso para la India y destruir el poder del soldán egipcio, crearon la base sobre la que estableció el arreglo colonial de Portugal en el Asia, Alburquerque,—el alma grande que proyectó ir al Nilo á cortarle el álveo y reducir la Meca y Medina á cenizas, á fin de concluir con las ferias de los peregrinos y vengar agravios añejos de la cristiandad, llevándose al Tajo los restos de Mahoma.

En el mediodía de la centuria xv, el portugués cuando carecía aun del talismán de la tipografía,—anunciada ya como un invento predestinado á difundir y perpetuar los inventos todos,—estaba inclinado á ensanchar el trato universal por el Océano.

Igual inclinación se advierte en el ánimo del español de la época histórica á que aludimos; y así lo indican entre mil naves, las vizcainas, prácticas sin duda en el arte de registrar el Atlántico, que en 1393 llegaron á las *Canarias*, olvidadas desde la antigüedad, al hermoso archipiélago que después de haber pasado por muchas manos, fué sometido en 1480 por Fernando el Católico, que adquirió con él un punto de conveniencia para recaladas y para emprender magnas navegaciones hacia el Oeste. No es extraño pues, que al romper amistades con Portugal Cristóbal, estando decidido á no abandonar su proyecto, se resolviera á pedir protección á un país, aficionado á buscar parecidos ensanches á los intentados por el que iba á abandonar. Además, juzgaba al español con justicia:— un sér de exaltada fantasía; sensible al magnetismo de la leyenda oriental; enemigo del reposo doméstico y la molicie; dado á correr tras la fortuna; y de espíritu aventurero y temerario. Este juicio y la tendencia señalada, sin duda que influyeron sobre Colón para determinarle á pedir mástiles á España, á pesar de que ésta se hallaba rodeada de otras circunstancias que Portugal, pues todavía blanqueaba la media luna sobre el tisú del cielo granadino.

El indicado propósito le acompañaba por el camino de Sevilla, á donde dirigía sus pasos desde la Rábida, porque en aquella ciudad se hallaban establecidos como negociantes, como artistas y como banqueros mil italianos, y esperaba encontrar entre los mismos alguien, que pudiera acercarle á los Mecenas que buscaba.

Si no llegó Cristóbal pordioseando á la más hermosa márgen del Guadalquivir, tampoco sobrado de recursos, razón por la que para procurarse medios de vida, se dedicó á trazar cartas, á dibujar planos y á ser *mercaeder de libros de estampa* ⁽⁹⁰⁾ Relacionado con personas doctas por la ocupación á que se dedicaba, alguna de ellas le ayudó á abrir senda á los proyectos que traía, á fin de que llegaran á ser conocidos en España. Con la protección de Juan Berardi y los Geraldinis, consiguió facilidad para entrar en las blasonadas casas de don Enrique de Guzmán y D. Enrique de la Cerda. No debe pasar sin comentario el hecho de la presentación del marino á los magnates, al parecer contradictorio de la inercia á que aquél se entregó á su llegada á Sevilla, pues á su llegada á Sevilla, en la perla del Guadalqui-

vir estaban los Monarca y nada hizo por acercarse á ellos. No se explicaría satisfactoriamente, si no se aceptase que cuando se instaló en la gran ciudad el Genovés, esperaba para definirse una conducta fija las nuevas que había de transmitirle Bartolomé y que cuando se aproximó á Guzmán y á la Cerda, sentía ya la picadura de la impaciencia, á causa del silencio de su hermano.

El duque de Medina-Sidonia dispensó al Genovés desabrido recibimiento; y á la idea que aquél le expuso, mala acogida. El de Medinaceli le escuchó con asombro; en su propia morada le hospedó dignamente; volvió á hablar con él de lo que intentaba, para enterarse de las probalidades de éxito que ofrecía; y hasta pensó en dar embarcaciones al italiano, pues á título de señor feudal, mantenía y podía fletar una escuadrilla sobre el Mediterráneo y el Atlántico. Leal súbdito, comprendió D. Enrique que la empresa, por magna, merecía el ser patrocinada por un monarca; y para ofrecerla al trono, desde la Rota escribió á la Católica Isabel participándole lo que ocurría y pidiendo el real permiso para entregar al futuro descubridor de América, lo que el futuro descubridor de América demandaba.

El móvil del magnate al querer dar barcos á Colón, no podía ser más noble y patriótico. El Genovés había manifestado al duque, *que se venía de Portugal y se quería ir al rey de Francia*. Medinaceli aceptó como verdad el propósito, fingido sin duda por Cristóbal, para que el nombre del cetro cristianismo, moviese en España aficiones que pudiera el proyecto no haber despertado, si se presentaba dedicado á ella y no á otra nación; y como le cautivaron la figura gallarda y los discursos más gallardos aún del italiano, creyendo de buena fé que le disuadía de solicitar el mecenazgo de Francia, quiso enviarle desde el Puerto con tres ó cuatro carabelas á buscar las Indias y escribió á la Reina para brindarle, bajo la forma de solicitar un permiso, con la empresa de que Cristóbal le había hablado. Isabel la Católica contestó al prócer, en términos expresivos de que le agradecía la fidelidad que acababa de demostrarle; y encargándole que cesara en el negocio, pues lo tomaba para sí y quería dirigirlo ella. El P. las Casas así lo dice.

Lo esencial del hecho, comprobado está por varias frases contenidas en la carta de la Cerda al Cardenal Mendoza y por la contestación de Quintanilla, que se conserva en el Archivo de la casa de Medinaceli. En tan preciosísimo documento, vé un académico insigne,⁽¹⁰⁰⁾ al trono apresurándose á evitar, que el Duque llevase á cabo la empresa, que Colón le proponía, la clave explicativa de la llamada de

Cristóbal á la Corte, para imposibilitar quedase en las manos de un prócer proyecto que pudiera darle poderío sin parecido. El atribuir al acto tal causa parecerá lógico, á quien recuerde la política de los Reyes Católicos, que reconoció por uno de sus fines el atajar los medros de la nobleza y el crear la hegemonía del poder real formulada por Alfonso X, defendida y casi realizada por Alfonso XI y exagerada por D. Pedro *el Cruel*.

La casa bastarda había interrumpido en el mediodía del siglo XIV, la obra inaugurada cien años hacía, por el sabio príncipe que rindió briosos corceles en reñidas batallas y jamás vió rendido su espíritu en esas campañas del pensamiento que se llaman estudio; y tan menguada política, que quiso rectificar el hombre que perdió la cabeza en el Ochavo de Valladolid dió por resultado, que al reunir sus cetros los Reyes Católicos, observando con dolor, el que la gloria y los feudos aristocráticos humillaban la gloria, la autoridad y el poder del trono, que representaba entonces la unidad de la patria, se propusiesen aprovechar la coyuntura de la guerra á que les empujaba la idea progresiva del Estado uno, para disciplinar á los nobles, imponerles lealtad y reducirlos á la obediencia.

El negocio á que se refería Medinaceli no parecía *muy cierto* á S. A.; mas ¿y si en él *se acertase*?... La prudencia más vulgar aconsejaba, el apartarlo de vista que no fuese la de la Corona. Es seguro, que tal reflexión se le ocurrió al leer la carta de la Cerda, á un trono afanosísimo de desenvolver con energía los gérmenes del carácter nacional y que acariciaba altos propósitos políticos; á un trono!, preocupado con la idea de organizar la monarquía, someter á su autoridad la nobleza y constituir un gran pueblo, libre de tutelas y tiranías; á un trono!, en cuyos oídos sonaban las palmas batidas en el patíbulo de D. Alvaro de Luna, y que incesantemente recordaba que la estatua de Enrique IV había sido justificada en Ávila.

Medinaceli envió pues á la Corte, cumpliendo un mandato de la Reina, á Colón, quien llevando consigo cartas del duque para fray Hernando de Talavera y Alonso de Quintanilla y otras de Berardi y Geraldini para cortesanos distinguidos, llegó á Córdoba. Visitó al confesor de D.^a Isabel; y *pareciendo dificultoso lo que proponía* á éste, decidió dilatarle la audiencia real que apetecía; y después se negó á atenderle. Echando mano entonces Cristóbal de otras *recomendaciones que de Sevilla llevara*, habló con Quintanilla; Quintanilla *le introdujo con el Cardenal Mendoza* y le alabó ante la Reina; y el Cardenal Mendoza y el Contador hicieron que lo oyesen los Reyes Católicos

y le proporcionaron el *lugar para que los informase*.⁽¹⁰¹⁾ ¡Loor eterno al entendido administrador y eximio hombre de estado, apelescamente retratado por Nebrija!⁽¹⁰²⁾ Y así mismo, al venerable y *grandioso* Purpurado que fué tercer rey de España y *lo pudo todo*, al decir de Gonzalo de Illescas y de Mártir de Anglería! No era la ocasión más oportuna para pedir al trono protegiese aventurados planes, la en que pisó España, ni la en que llegó á la movible corte de los Reyes Católicos, el Genovés.

La guerra contra los moros absorbía totalmente la atención de la doble Corona, necesitada de armas, soldados, máquinas militares y dinero; á pesar de lo que, la elocuencia de Cristóbal conquistó para la idea que hubo de desarrollar, la simpatía de los regios esposos. Al explicar su teoría y presentar sus cálculos, Colón prometió á SS. AA. el hacerles señores del país del oro y la reconquista del Santo Sepulcro, es decir, procuró herir la fibra del sentimiento más exaltado de la España de entonces y halagar las necesidades materiales, creadas en la misma por los apuros del Erario.

La impresión producida en cada uno de los Monarcas se adivina, recordando sus respectivos caracteres. Fué la Reina, según Bernáldez: — una mujer esforzada, de singular prudencia y honestidad singular, casta, devota, discretísima, muy cristiana, muy caritativa, muy sincera, muy amiga del bien, de la justicia y de la verdad; de claro entendimiento, ánimo fuerte y alma grande, é idólatra de sus súbditos; dada por naturaleza á las artes de la paz, amante del estudio y del de la antigüedad clásica sobre todo; firme en el propósito recto y en la ejecución de él digna; y encantadora, por su modestia y afabilidad. Fué el Rey: — un político astuto y sagaz, dotado de gran penetración y profundísimo talento, que acarició siempre miras de trascendencia y reveló en cada necesidad un carácter; un español enamorado de los actos heróicos, ávido de eclipsar las glorias de Portugal y de hacer lo que nadie hubiera jamás ejecutado, que siempre tuvo miedo á los fracasos; un hombre que raciocinaba con seguridad, muy trabajador, muy frugal, muy observador y muy conocedor del prójimo, sencillo en sus costumbres, frío, calculador y reservado hasta en la vida privada, piadoso con naturalidad y sin exageraciones, que meditaba mucho lo que iba á resolver y resolvíalo por sí, libre de extraño influjo; un guerrero ilustre que mandó y dirigió bien sus ejércitos; el creador de la sabia diplomacia actual; un adorador de la lengua del Lacio, profundo conocedor de la misma; un competidor afortunado de los Valencia, Colomer, Llobet y Pau;

un príncipe que poseyó cultura y á quien para ser un dechado de monarcas, sólo le faltó el haber sido dulce y templado.

No es difícil el precisar, el efecto que en cada uno de ambos esposos causaron las proposiciones del Genovés; y la diferencia de matiz con que sobre la cara de los dos hubo de manifestarse. Doña Isabel oyó con alegría y benignidad al marino; y *clara sin engaño, leal y verdadera*, transparentó el deseo de complacerle, para bien de la religión de Cristo y de España. Don Fernando, aunque por distintas miras, también escuchó con alegría y benignidad disimuladas las nuevas y trascendentales teorías expuestas por el Genovés, en el cual vió un genio; mas como lo que éste proponía, por su misma grandeza, podía ser utópico, procuró que no le fascinara y deslumbrase. Comprendió que le aconsejaban la reserva, el buen sentido y el estado anárquico de la patria, descrito con exactitud por Mártir, Marineo, Bernáldez, Palencia, Zúñiga, Salazar, Clemencín y otros;⁽¹⁰⁵⁾ y sin entregarse á expansiones que rechazaba su alma, ni desdeñar al navegante, entendiendo que las palabras de éste debían ser bien meditadas en ocasión más propicia, formó el propósito de retener al italiano en la Corte, y el no darles crédito, sino previo el examen ilustrado de las mismas que la prudencia aconsejaba. El acuerdo real fué, que personas entendidas oyesen y estudiaran las razones de Cristóbal y formularan la opinión que les merecieran. Con él quedó una vez demostrado, que la reina era una mujer casada sujeta á su marido, que sentía la justicia y caía siempre del lado de lo razonable.

Decidido el someter al examen de una Junta los proyectos del Genovés, no era difícil el predecir qué individuo la presidiría. No podía ser otro que Fr. Hernando de Talavera. Fué el ilustre jerónimo honra y prez de la centuria, que por la elocuencia y la piadosa doctrina de sus Ferrer, Alfonso de Santa María, Dueñas y Miranda, emuló el ardor del siglo en que brillaron en la Iglesia griega, San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio de Niza, San Basilio y San Juan Crisóstomo, en la latina San Hilario, San Ambrosio y San Agustín, el entendimiento de más poder que existió jamás, y la palabra sagrada se enrojeció y apasionó mil veces, y ya tomó un carácter sencillo y popular, ya un carácter elegante y filosófico, ya un carácter político. Fué:—un teólogo liberal; un gran sacerdote, recto en su conducta y ejemplar en su vida; un apóstol de la fé, la moral cristiana y las buenas costumbres, que habló y escribió siempre para aconsejar con apacibilidad; un estilista de ingenuidad tan candorosa, que jamás transparentó en sus páginas la vanidad del sabio, ni el anhelo de la fama lite-

raria, sino el afán de dirigir á los fieles por las florestas de la beatitud celestial.⁽¹⁰⁴⁾ El tipo del amor, la bondad, la dulzura, la caridad y la tolerancia evangélicas, lo teneis en aquel hombre, que nunca veló lo que intentaba, ni ocultó lo que creía, ni disimuló sus sentimientos; incapaz de dar albergue dentro de sí á la ruindad y á la estrechez de miras; é inaccesible al arrebatado entusiasmo y á las pasiones bastardas, pues todas las ideas que profesó, amamantadas habían sido con la leche purísima del juicio lógico.

Enemigo era ya de los proyectos de Cristóbal Fr. Hernando, al ser elegido para presidir la Junta de Córdoba: mas porque lo fuese, no recibió tal honor. Lo era porque los consideraba, como un obstáculo atravesado en aquellos instantes, á la obra de llevar el misal y el cáliz de Cristo á Granada. Á él le importaban poco, según un historiador dice,⁽¹⁰⁵⁾ el oro y las preciosidades de Mango y Cipango, las islas del extremo Oriente, y el averiguar si el extremo Oriente estaba más cerca ó más lejos de las costas occidentales de Europa. Lo que le importaba, lo que le absorbía el pensamiento era, el que los rubíes de la corona árabe pasasen á la cristiana; y como juzgaba escasas las fuerzas de los Católicos Reyes para conseguirlo con la rapidez que apetecía, el distraer un solo maravedí del exhausto tesoro real para objeto distinto que el adquirir lanzas, recomponer clarines y herrar caballos de batalla, le parecía *un delito de lesa unidad nacional*, una *falta de patriotismo* y un acto perjudicial á los intereses de la Iglesia.

El que los monarcas se consagraran exclusivamente á la reconquista de Granada, juzgaba Fr. Hernando que era un deber que aquellos tenían con la religión y la patria. Y el procurarlo, lo creía en los súbditos otro deber, nacido de la condición de cristianos y de la de españoles.

Deseosa pues la voluntad real, de tomar un acuerdo firme en el grave asunto de que el Genovés había hablado al trono, cuando sobre éste no pesaran ciertas atenciones, no existía individuo más idóneo para reunir y presidir la Junta que el Prior de Prado. Al Prior de Prado se le cometi6 la reunión y la presidencia de aquella,—para que el dictamen de la misma propusiese el aplazamiento del negocio y no la inmediata entrega, ni una negativa formal, de los mástiles solicitados.

Marcharon los Monarcas al real de Loja, poco después de haber conocido á Colón; y quedó éste en la ciudad de la grande aljama, para exponer su teoría en la presencia de los que deberían juzgarla. Compareció ante ellos con la pretención de demostrarles, que era posible

el navegar hacia el O; mas no razonó la tesis con la claridad que en Portugal, para prevenir nueva perfidia. Los letrados y marineros platicaron acerca de los discursos de Cristóbal, habiendo acordado, que *era imposible ser verdad lo que decía* aquél *por mayoría*, pues el fidedigno doctor Rodrigo Maldonado, individuo de la Junta, afirma, que *contra el parecer de los más della* el Genovés porfió. El dictamen adverso de los consultados oficialmente por la Corona, no le abatió el ánimo á Cristóbal, mas sí le sumió en melancólicas meditaciones y en la incertidumbre de si lo aceptarían como verdad inconcusa los Monarcas, á la sazón ausentes de Córdoba. Una vez regresados aquellos á ésta, después de haber cerrado con gloria la campaña contra la morisma, el Prior de Prado les informó de la resolución de la Junta, en vista de la que acordaron se dijese á Cristóbal, que *cuando más desocupados se vieran* volverían á tratar del negocio.

Es interesantísimo este episodio de la vida de Colón, porque á su través es visible la verdadera faz de dos pensamientos, desfigurados por los historiadores, al retratarlos. El dictamen tenía la autoridad inmensa que le daba el confesor de la Reina; se basaba sobre las conclusiones de la ciencia eclesiástica; y estaba razonado con argumentos extraídos de los antiguos sistemas. Proponía á la Corona un acuerdo perentorio; y á pesar de que lo había firmado Talavera, los Monarcas tomaron uno dilatorio. El hecho es expresivo. Significa:— que en la primera audiencia concedida á Colón por los Reyes, el triunfo de aquél había sido completo; y que el trono no consideraba á los juntados en Córdoba, capaces de emitir un juicio científico que debiera tenerse como verdad definitiva. Y significa, que no es verdad que D. Fernando se manifestara hostil á los planes de Colón desde que le fueron conocidos, pues de haberlo sido, el informe de los letrados y marineros le habría servido de pretexto para despedir al Genovés y no procedió así. Dió una contestación, que induce á sospechar concedía más valor que á las razones cosmográficas aducidas en el dictamen, al parecer de la minoría de la Junta. No sería extraño que así hubiese acontecido, porque representaba á esta el *buen astrólogo* Fr. Antonio, y Fr. Hernando sólo era sabio en las ciencias eclesiásticas.

También es expresivo, el hecho de haberse conformado con la decisión real el Prior. Significa, que aunque el buen fraile no varió de opinión porque la que había presentado no hubiese sido aceptada en totalidad por la Corona, como lo que nada más le interesaba era, que el proyecto no entorpeciese la obra de terminar la reconquista, se

contentó con que las ofertas y promesas juzgadas *imposibles y vanas*, no distrajesen al trono de otras atenciones preferentes.

El dictamen había sido contrario á las teorías y los cálculos de Colón; y á fuer de veraz díjolo así, mas sin pretender que contuviera aquél un acierto científico indiscutible. Quien en sus tratados de piedad y moral cristiana huyó siempre de ostentarse como científico, no era posible que aspirara al título de infalible, en campos desconocidos. Quien jamás albergó la vanidad de sabio en las disciplinas sagradas, no había de tener la de que patrocinaba una verdad cosmográfica, no siendo cosmógrafo. El informe había sido aceptado, en el extremo más interesante para el buen jerónimo ¿Qué le importaba que en otro quedase desairado, si por el que resultaba complacido, fuerza alguna de Castilla y Aragón sería distraída de la guerra de Granada?

La contestación de los Reyes dejó á Cristóbal perplejo y vacilante acerca del partido que debería tomar. Decidió aguardar días más felices; y esperarlos en Córdoba, porque la dulce y hermosísima doña Beatriz Enriquez, le alentó con el entusiasmo que había sabido hacia los proyectos de él inspirarla, le reanimó la casi apagada fé, le refrescó las marchitas esperanzas, le consoló y le encadenó á España, otorgándole un amor jamás bendecido por la Iglesia⁽¹⁰⁶⁾ y que nació en tan inteligente, bondadosa y apasionada mujer, efecto de que en el hijo de Génova admiraba un genio y compadecía á un hombre.

La cifra de los protectores de Cristóbal, desde que él se acercó por vez primera á las gradas del trono hasta la que historiamos, ha crecido mucho. Entre ellos se distinguen D^a Beatriz de Bobadilla y el antiguo Prior de S. Esteban, Fr. Diego de Deza, en la actualidad maestro del príncipe D. Juan.

Fué Fr. Diego.—un enamorado de la ciencia, un sábio⁽¹⁰⁷⁾ y un protector de todo adelanto patriótico y moral; un orador elocuentísimo; un carácter casi perfecto; un espíritu elevado; un gran corazón: un hombre de finos modales y piedad ejemplar, menos político, y más cortesano, erudito y docto, que Talavera.

Le interesaron los planes del Genovés, por lo que tenían de progresivo y por lo que pudieran contener de beneficioso á los intereses de España y de la religión del Crucificado. El insigne dominico comprendió, que aunque la persona de Cristóbal inspiraba simpatía á los Reyes y la idea de aquél placía á éstos, la persona y la idea de Colón estaban desautorizadas por el informe de los letrados

y marineros, y necesitadas de auxilio contra las ironías y las burlas que las humillaban. Y comprendió asimismo, que al proyectista y á los Monarcas convenía el que pronunciase juicio acerca de las tesis cosmográficas censuradas en Córdoba, asamblea más autorizada que la que el Prior de Prado había presidido. Concibió la idea de llevar á Colón á Salamanca, con el objeto de que consultara las hipótesis, las teorías y los cálculos que defendía, á los sabios *del hogar de las ciencias y las artes, de donde los Reyes sacaban sus consejeros, sus ministros, sus cronistas y hasta sus médicos*, casi seguro de que habían de aceptarlos, porque á sus ojos les daba la garantía de que encerraban la verdad, el que los hubiese defendido el P. Marchena.

Es lógico el pensar, que persona tan allegada á los Reyes acariició tal pensamiento, porque creyese que la ejecución de él no había de desagradar al trono y porque supiera, que el dictamen oficial no sería la última palabra que pensarán oír D. Fernando y D.^a Isabel acerca del valor científico de las doctrinas de Cristóbal. Persuadió á éste de la necesidad de entablar una apelación disimulada contra el fallo de Córdoba, ante un Jurado de Maestros y hombres doctos de Salamanca; hízose cargo de los gastos de viaje del marino; y se comprometió á alojarle, en el Claustro de S. Esteban. Las *Conferencias* provocadas por Colón y protegidas por el P. Deza, revistieron el caracter de una consulta científica de orden privado; y el parecer de los sabios de la ciudad del Tormes fué, que las doctrinas rechazadas en Córdoba estaban bien fundadas. Esta opinión verbal⁽¹⁰⁸⁾ fué transmitida á los Reyes por varios religiosos, que para noticiársela trasladáronse á la Corte, con el Prior de S. Esteban y el Maestro del príncipe D. Juan y con ella parece que se manifestaron conformes, según ya se ha dicho, los religiosos del Jesús de Alcalá. De las conferencias y de la atmósfera favorable á la tesis del Genovés que se formaba en Valcuevo y en S. Esteban, oyeron hablar los Monarcas á la Marquesa de Moya, á Fr. Diego, á Quintanilla y á otros amigos del italiano en Salamanca, donde invernaron dos meses, al regresar de obligada expedición á Galicia. El resultado definitivo de la consulta no lo supieron en la ciudad del Tormes, porque de ella marcharon el 29 de Enero de 1487, y en ella permaneció Colón casi todo el mes inmediato entregado á sus estudios y pláticas científicas. Fué á principios de Marzo de aquel año, cuando regresó á Córdoba.

Fijo estaba á la sazón el pensamiento de los Reyes en la campaña contra los moros; mas aún le quedó espacio para discurrir qué debería hacer el trono, en vista del éxito obtenido por el Genovés en Sala-

manca. Y étenos ya palpando las consecuencias de la ida á la corte de los Maestros y religiosos, portadores de la noticia, que trituro el dictamen de la Junta que había presidido Fr. Hernando y por el que los alegres andaluces de la antigua Meca occidental tenían por loco á Cristóbal. El concepto de él, entre las personas de buen juicio y las ilustradas, empezó á ganar altura. Los Reyes aceptaron condicionalmente el proyecto; consideraron desde entonces al autor, como unido al servicio de la Corona; y se lo significaron, pagándole periódicas pensiones.

Varios años transcurrieron, sin que las esperanzas dadas al italiano cristalizaran en realidades. No podía por ello quejarse Colón, pues SS. AA. no le faltaban á la palabra empeñada. Le habían prometido resolver en definitiva el negocio pendiente, cuando las circunstancias lo permitieran; y el Jordán no desaguaba todavía en las albercas de la Alhambra.

Por otra parte, á pesar de los cuidados que les rodeaban y de las estrecheces del Tesoro, acordáronse de tributarle agasajos, expresivos del afecto que le profesaban, y no olvidaron la manutención del marino, llevando la diligencia, según dice un autor, hasta el punto que atestigua la cédula real expedida en Córdoba, á 12 de Mayo de 1489⁽¹⁰⁹⁾. Dado lo que rezan ella y los libros de cuentas conservados en Simancas, no tenía Colón motivo, sino para vivir agradecido á los Reyes de España, en el periodo de años que nos ocupa. Aunque reconocíalo así, y comprendía que el aplazamiento estaba justificadísimo y era justo, como tenía alma fervorosa y en la verdad de la idea que acariciaba creía con fé firme, no pudo evitar que le agujoneara la impaciencia. Además, su ambición de gloria se vió fogueada por la que acababa de conquistar un portugués, abriendo brecha en la muralla oceánica más temida.

En Diciembre de 1487 llegó á Lisboa Bartolomé Díaz, capitán de tres carabelas que el Rey de Portugal envió al descubrimiento de la Guinea y trajo noticias de que había descubierto 600 leguas del territorio; 450 al Sur y 150 al Norte hasta un cabo llamado por él de Buena Esperanza, situado 450 más allá de la línea equinoccial según el astrolabio y que distaba 3100 de Lisboa. El insigne capitán, que día por día había anotado las distancias recorridas por él, las presentó á D. Juan II en una carta marítima, dibujada en todo ó en parte por Bartolomé Colón.

Puede creerse, que el éxito del héroe portugués lo supo Cristóbal por alguna carta de su hermano, quien por haber sido secuestrado

por un pirata, no llegó á la corte de Inglaterra hasta el año 1488 y asistió al descubrimiento del *Tormentoso*.

La hazaña de Díaz asombró á la vieja Europa. En el alma de Cristóbal debió despertar, de un lado la emulación y de otro el convencimiento de que hallándose Portugal más entregado que nunca al registro del Atlántico, si se los pidiera, le daría á seguida los mástiles, que no podía afirmar recibiría de España, ni aún suponiendo segura la entrada de los cruzados en la ciudad del Genil.

Hallado ya el paso á la India, mas demostrado experimentalmente que era difícil y peligroso, la idea de una navegación más cómoda y libre de peligros, entendió Cristóbal sin duda, que había de seducir ahora más que nunca en la corte marinera.

Es explicable pues que en un día, en el cual la sombra del laurel conquistado por Díaz aumentó en Cristóbal la fiebre de la impaciencia, producida por las dilaciones que le atormentaban, dando oídos á la cautela y á las desconfianzas propias, el Genovés escribiese al Rey de Portugal manifestándole, que deseaba pasar desde Sevilla á Lisboa. D. Juan II le contestó que le recibiría con agrado y que le rogaba y encomendaba fuese pronto,—frase expresiva del interés con que el Monarca, á pesar de los informes desfavorables de sus maestros y obispos, miraba el célebre proyecto.

El marino, cuando recibió la carta de D. Juan, carecía de recursos para emprender un viaje á la desembocadura del Tajo. Túvulos en Junio, pues en tal mes recibió por cédula real tres mil maravedís, mas la proximidad del alumbramiento de la mujer que amaba le impidió el utilizarlos para ausentarse de la española tierra. El 15 de Agosto la graciosa andaluza hizole padre de D. Hernando; y la sonrisa del niño volvió á fortalecer la ya casi rota cadena con que las súplicas y las caricias de la Enríquez había amarrado á España los designios del futuro descubridor.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, dice un antiguo adagio español; y el plazo señalado por los Reyes al Genovés y á los partidarios del Genovés, se cumplió al fin. La cruz no coronaba todavía Granada, pero la toma de Granada podía ya considerarse un hecho tan efectivo, cual si estuviese consumado. En el real de Santa Fé hablaron los Monarcas del asunto, que pendía aún de una resolución definitiva con Cristóbal.

Persuadido el marino de que sus hipótesis y cálculos enamoraban la voluntad real, pues la conducta de D. Fernando y D.^a Isabel desde la terminación de las *Conferencias de Salamanca* exteriorizaba tal

estado de ánimo, consideró que podía ya formular las recompensas que pretendía, sin comprometer la suerte del proyecto, en el grado que si las hubiese revelado, en años anteriores.

Quizá las formuló también porque le fueran preguntadas, pues habrían necesitado los Reyes Católicos no ser lo prudentes que eran, para llegar hasta el ya vecino día de una resolución formal, sin saber las condiciones que estipulaba para acometer la empresa, quién la había concebido y lo que les costaría el patrocinarla. En Santa Fé á la vista de las torres decididas á confesar la fé brotada de las lágrimas y la sangre de Jesús, con tono majestuoso y altiva entereza, el imperio de un conquistador y seguro de su designio, el hombre que sin caer había recorrido calle de Amargura muy larga,—¡una calle de Amargura, empedrada con desdenes y epigramas, aunque alumbrada por la luz de esperanzas infundidas con honradez y rociada con el bálsamo de amistades bien acrisoladas!—resuelto á aceptar los cálices de la miseria y no un pacto indigno de la magnitud de lo que prometía, exigió como remuneración de los trabajos que iba á imponerse y de los servicios que iba á prestar á España al pié de los mástiles que ésta le entregara, los títulos de Almirante, Visorey y Gobernador de los países que descubriese y una parte de los productos de los territorios que hallaría.

¡Acto grande, este de la vida de Colón! ¡Acto sublime!, por su nobleza y dignidad; y porque es singular en la historia, pues en él se ve un individuo sintiendo una realidad más que magna, que no lo es aún y un desgraciado, resignado á continuar siéndolo, si para no serlo ha de ofender con lo que estipule el decoro de su genial espíritu.

Pareció, al suspicaz D. Fernando principalmente, cosa dura el conceder á Colón lo que demandaba. *Se hicieron tentativas*, para que éste *modificase sus pretensiones*. Se negó á ello el Genovés. Y el Rey Católico, al convencerse de que era inquebrantable la inflexibilidad del proyectista, rompió con él y ordenó que no se le volviese á hablar del asunto. Las conferencias de Santa Fé quedaron pues, de brusco modo interrumpidas. Este desacuerdo fué obra de la altivez de Cristóbal en sus pretensiones;... y también de la enemiga de Talavera y sus partidarios, al decir de algún historiador. Fundan los que tal creen su aseveración, en lo escrito por D. Hernando y el P. las Casas. D. Hernando, no es la fuente de agua más cristalina para biografíar al Prior de Prado; y al señalar á éste el P. las Casas, como una de las causas de la despedida, lo que dice es, que *se cree* fuese.

Fr. Oropesa, desde el día en que los Reyes aceptaron, sólo en parte, el dictamen de los *letrados* y *marineros*, ni protegió ni molestó á Colón. Imperito en la cosmografía, á la luz de la ciencia antigua, vió errados los cálculos y las teorías de Cristóbal y lo manifestó así. Oyó á la Junta que presidía, declarar imposible la empresa colombina; y cumplió el deber de presentar al trono el informe que le había pedido. El trono acordó lo que le plugo; y como Fr. Hernando no tenía empeñada vanidad alguna científica y la decisión real contenía realizadas las aspiraciones que habíanle movido á contrariar los deseos del hombre de Génova,—del hombre de Génova, puede decirse que no volvió á acordarse. Que la autoridad de fray Hernando, sirvió, sin autorizarlo él, de bandera de enganche para formar un partido hostil al proyecto, que tiró á boca de jarro y cañón afirmado contra el Genovés, invectivas y burlas que destrozaron el alma de éste, ...—es verdad! Que el ilustre jerónimo inspirara y dirigiese el proceder de los palaciegos cortesanos, que unieron la amargura de sus envidiosas ironías á la de las ironías afiladas por los excépticos y los rutinarios, —no! Los cortesanos aludidos, contrariaban la empresa del Genovés; y Fr. Hernando se oponía á que los Reyes distrajesen tiempo para discutirla y fuerzas para ejecutarla, á la que debería ocuparles entonces, totalmente.

Á las *Conferencias de Salamanca* asistieron:— el regidor perpetuo Rodrigo de Maldonado, que había pertenecido á la Junta de Córdoba; don Gutierre de Toledo, primo del rey y ahijado espiritual de Talavera; y Ramirez de Villaescusa, que fué después Deán del arzobispado de Granada y muy protegido del primer mitrado de la catedral, que en el Genil se mira. No asistió el P. Talavera. Iba á tratarse, y se trató en ellas del asunto en el terreno científico; y no se creía obligado á intervenir en la discusión. Importábele poco, que el parecer de los doctores fuese el mismo que el de los letrados y marineros ó contrario á él, siempre que lo acordado por el trono, quedara firme.

Colón triunfó en Salamanca; y entró á servir á los Reyes, sin que Fr. Hernando se opusiera á ello. Más tarde recibió distinción tan honrosa, como la llamada á Málaga; y tampoco Talavera se ofendió por la misma y á fé que no poco le habría molestado, de haber tenido su enemiga el matiz y el sentido que se supone. En un libro de cuentas de Luis de Santángel y Francisco Pinelo se lee:—*Vos fueron recibidos é pagados en cuenta un cuento é ciento é cuarenta mil maravedís que distes por nuestro mando al obispo de Ávila, que agora es Arzobispo de Granada, para el despacho del almirante D. Cristo-*

bal Colon. Este Obispo de Ávila, que fue después arzobispo de Granada, llamábase fray Hernando de Talavera.

Luego el Crisóstomo jerónimo, enemigo nada más de la ejecución inmediata del proyecto de Cristóbal, después de haber hablado Salamanca, aceptó como verdad científica ya definitiva, que no erraba el Genovés, mas siguió pensando lo mismo, que cuando creía que el Genovés se equivocaba. Si por haber aplaudido la Florencia del Tormes, los Reyes hubieran decidido entregar á Cristóbal lo que pedía, habríase opuesto á la resolución. No obraron así; y no contrarió el que honraran al genio y le sembrasen el camino de esperanzas. Esta era la actitud de Fr. Hernando, al ocurrir la ruptura de Santa Fé. Es creible, que como ésta aconteció cuando la toma de Granada, si seguro, no era aún un hecho consumado, Fr. Hernando indicara á la Corona, que el plazo para resolver en definitiva en el asunto no estaba cumplido. Y lo es, que los enemigos del proyecto por razones bastardas, aprovecharan la mala impresión producida en los Monarcas, por la altivez del marino, para fomentar la ruptura, pregonando á campana herida por todas partes, que las pretendidas recompensas revelaban un orgullo desmedido en el aventurero, y que sería indecoroso el otorgarlas. Sin embargo, la causa del rompimiento está en la calidad y la cantidad de la remuneración, que Cristóbal por sus trabajos, servicios é industrias, exigía.

Quería:—contratar sobre cosa incierta; que fuese segregado de la Corona á perpetuidad, el vireinato de países de ignorada extensión, el gobierno de pueblos numerosos y el almirantazgo de los mares; y que se creara un vínculo pingüe de investiduras, aceptando el azar de que alguno de los descendientes del marino, careciese de las aptitudes precisas para desempeñarlas. Fernando el Católico, á fuer de político hábil comprendió, que si concediese *las cosas muy grandes y soberanas* que se le pedían, sin lesión grave ni mengua de la autoridad real, no podría cumplir las capitulaciones.

Y siendo él como era, no había de acceder á que el gobierno, la administración de justicia y la soberanía efectiva de territorios más extensos que los de la Corona, quedasen á perpetuidad en una familia, cuyos individuos no tenían juro de heredad sobre las virtudes del glorificador de ella

Grave situación, con su inflexibilidad definió Cristóbal á sus amigos. Convencidos estaban de que el italiano por nada y por nadie cedería ni un tantico en sus pretensiones; de que era *cosa dura* el conceder el Almirantazgo, el título de Visorey y lo demás que su apadrinado

exigía; y de que á ninguno de ellos oiría el Rey, si se acercasen á hablarle de reconciliación; mas no desesperaron de conseguirla. Á alguno debió ocurrírsele entonces el aconsejar á su protegido, que visitara al Guardián de la Rábida, persona muy querida por Isabel la Católica y procurase herir la fibra del entusiasmo en el religioso, y determinarle á imponerse la tarea de procurar que no prosperara el desacuerdo de Santa Fé. Cristóbal aceptó el consejo; y en 1491 marchó al claustro de Fr. Juan Pérez.

El tipo más acabado de la entereza y la constancia, llevaba: á la grupa de su cabalgadura, un dolor intensísimo; al estribo, la dignidad incólume, bien defendida por un carácter indomable; delante, la seguridad de que el Guardián le atendería; y dentro de sí, para en el caso de que la intervención que iba á solicitar resultaba imposible ó estéril, el propósito de recojer á Diego, trasladarlo á Córdoba é irse á Francia á pedirle barcos, toda vez que el silencio de Bartolomé le advertía que no habían de proporcionárselos entre las nieblas del Támesis.

En su segunda visita á la Rábida, Colón enteró de su teoría y sus cálculos á Fr. Pérez, señalándole el Calvario donde habían sufrido en las márgenes del Guadalquivir y el Tabor donde habían sido glorificados, en Salamanca; le explicó el obstáculo que á la prosperidad de su idea se oponía: y le manifestó la pretensión que traía consigo. Que esta vez Cristóbal explicó su plan al Padre, á diferencia, de lo que había hecho en 1484, en el cual año se limitó á aludir á lo que proyectaba con ocasión de decir *quien era e de donde venía*,—se deduce con naturalidad de las palabras de Garci-Hernández, el cual *fué enviado á llamar* por el fraile, *porque alguna cosa sabía del arte astronómica*, para que hablase con el Genovés é *viесе razón sobre este caso del descubridor*.

¡Sí! En 1491, conversó acerca de su proyecto con el franciscano, en términos explicativos de aquél, pues así tenía que ser, dado el fin que traía á la celda del Guardián. Y conversó en presencia de Garci-Hernández, no porque Garci-Hernández fuese llamado á fallar litigio en definitiva sentenciado ya en Salamanca, sino para servir de intérprete entre Fr. Pérez, que nada sabía de cosmografía, y él. Éste, él físico y el buen franciscano, platicaron acerca de la situación y de los planes de Cristóbal; y persuadido Fr. Juan de que convenía á España el que SS. AA. aceptaren lo que el Genovés les proponía y de que su trono no debía dar lugar á que se aprovechara algún príncipe de otro país del bien que el italiano le prometía, escribió á Isabel la Católica una carta, que tendía á reanudar las interrumpidas

conferencias de Santa Fé, pues le suplicaba en ella que no abandonara el proyecto que le enviaba Dios por mediación de Cristóbal, y le decía que retendría al marino en la Rábida. La envió con Sebastián Rodríguez, piloto de Lepe; y hospedó al Genovés en el convento.

En 1484, Fr. Juan no se habría juzgado autorizado para dirigirse á S. A , en los términos y en la forma en que lo hizo, en 1491. En 1491 podía suponerse persona de influencia en la regia morada, pues había recibido ya la prueba de cariño de ver á sus pies como penitente, á la Reina.

¿Es verdad, que á las conferencias de la Rábida, en 1491, asistió Martin Alonso Pinzón? ¿Lo es que éste, habiendo comprendido la teoría de Cristóbal, ofreció su persona y sus bienes para gestionar la reconciliación del futuro descubridor de América con D Fernando? ¿Lo es, que el armador buscó al piloto Rodríguez para que llevase á Isabel la Católica la carta de Fr. Juan? ¿Lo es que escribió á sus amigos de la Corte, y áun á los monarcas, recomendándoles el negocio? Garcí-Hernández, con sus palabras no autoriza á dar afirmativas contestaciones.

Catorce días después de la salida de Sebastián, llegó la ansiada epístola de Su Alteza, es decir que Su Alteza, sólo tardó dos ó tres en contestar á Fr. Pérez, calculado el tiempo que el piloto hubo de emplear en ir á Santa Fé y regresar á la Rábida, lo cual testifica, cuán insoportable resultaba á la magnánima Señora, la razón política que la había impulsado á aceptar la célebre ruptura.

La dama insigne, en su carta, después de dar gracias por su buen propósito al religioso, le ordenaba saliese á seguida para la ciudad campamento y dejara esperanzado en el claustro á Colón. El fraile obececió á su Soberana; y montado en mula prestada por Juan Rodríguez Cabezedo, sin linterna que le desvaneciese las sombras de la noche y sin miedo á los peligros del camino, ni á los foragidos de la serranías, dejando en la Rábida á Cristóbal, se trasladó á Santa Fé.

Cuando Fr. Pérez llegó á la Corte, hubo de persuadirse pronto de que el logro de lo que se proponía era, si de consecución difícil, no imposible. Sabía que no guardaba enojo al Genovés la Reina; y que ella con su dulzura y la humildad que le agraciaba la fortaleza del ánimo, hacía milagros Sabía también que el Rey estaba ofendido con Cristóbal; mas se persuadió de que contrariaba su ambición nativa, no queriendo ni oír hablar del negocio que aceptase en principio en Córdoba y condicionalmente después de las *Conferencias de*

Salamanca. Y como se convenció de que á D. Fernando agradaban los planes del Genovés, quizá más aún que le repugnaban las estipulaciones que había rechazado, y le constaba que Isabel la Católica era capaz de sacrificar su vida á la gloria de su pueblo, de aquí el que esperase ver cumplido el deseo que traía desde la Rábida, una vez que la magnánima señora lo patrocinara con decisión.

Recibido el Guardián por la Reina é interrogado acerca de la visita de Cristóbal y de lo que con él había hablado, el fraile refirió todo lo ocurrido, pintó con mágicos colores y unción profética el honor que alcanzaría la patria patrocinando el proyecto; instó á la mejor de las Castellanas, á aceptar formalmente lo ya prohijado en principio y á no regatear las concesiones, considerando que todo sacrificio resultaba aceptable, ante la idea de que los reyes de España, y no otros de la cristiandad, hiciesen suyos cetros riquísimos, aumentasen los estados de la Cruz y adquirieran tal abundancia de oro que les permitiese rodear de bienestar al pueblo de la Reconquista y rescatar el Santo Sepulcro, cautivo de Mahoma. Las palabras de Fr. Pérez y sobre todo el concepto final, por nadie formulado con tal claridad y valentía aún, impresionaron mucho á Isabel la Católica. Sin duda había ordenado la venida del Guardián, por haber adivinado á través de la carta de él recibida, que había de hablarle en los términos en que lo hizo, y ansiaba oír palabras, que cual las del religioso, por honradas y convencidas, pudiesen neutralizar los escrúpulos en ella, —en Isabell—anidados.

La egregia señora creía en la capacidad de Cristóbal y le entusiasmaban los planes de éste. Aceptó la ruptura de Santa Fé, mas sin duda con el propósito de que no fuese definitiva. En tal estado de ánimo, es natural que, al recibir la carta de Fr. Juan, procediese cual se ha referido.

Tal vez quiso oír al franciscano, por proporcionarse la coyuntura de hallar un motivo sobre el que fundar una resolución propia, de la que no quería darse cuenta.

En secreto quizá tenía decidido, no bien quedase libre de preocupaciones ó antes, si veía camino de otra Corte al Genovés, llamar á éste, si por modo hábil que ocultase la real iniciativa no lograba atraerlo, á fin de intentar la reconciliación de él con la corona. Quizá también guardaba en el fondo de su ánimo, para que ni ella misma lo supiese, el propósito de conceder á Cristóbal lo que pedía, si insistiese Cristóbal en no modificar sus estipulaciones; y fué el discurso del Guardián el que lo sacó á la superficie é hizolo visible á D.^a Isabel.

La carta de Fr. Juan Pérez dió á la inmortal señora el modo hábil que buscaba; y la entrevista con el Guardián un pretexto para proponer á D. Fernando la conveniencia de volver á oír al hombre de Génova; ya que no se atreviese á trasparentar á su marido la esclarecida hembra su inclinación de conceder al extranjero lo que exigía, si se obstinaba en exigir todas las preeminencias personales que había solicitado á SS. AA.

Tal fué el resultado obtenido por las recomendaciones de Fr. Juan Pérez. La magnánima Reina las escuchó para repercutirlas en don Fernando; y la repercusión produjo la obra de que D. Fernando quisiese volver á ocuparse en el asunto que tenía abandonado. Sin duda, que en este cambio verificado en la voluntad del monarca tuvo parte principal D. Juan Cabrero.

En una carta dirigida al Rey, escribió Colón *que el maestro del Príncipe Arzobispo de Sevilla D. Fr. Diego de Deza, y el camarero, Juan Cabrero, habían sido causa de que los Reyes tuviesen las Indias*. El P. las Casas dice, que muchos años antes de haberlo visto escrito de letra del Almirante, había oído decir que Deza *por sí* y el camarero aragonés *lo mismo*, se gloriaban de que habían sido la causa de que los Reyes tuviesen las Indias.

Antes y después de la ruptura de Santa Fé,—corrieron en verdad el peligro de perderlas. Corrieronlo:—después de haber votado su dictamen los juntados en Córdoba; y en aquel instante en que el Genovés recibió la conocida *carta de ruego* de D. Juan II. En ambas circunstancias lo alejaron Beatriz Enriquez y el P. Deza; y auxilió en la obra Fr. Antonio.

Lo corrió también en otra fecha.

Á consecuencia de las gestiones de Fr. Pérez en el real de Granada, la Reina envió á Cristóbal, por conducto de Diego Prieto, veinte mil maravedises en florines, á fin de que se vistiera honestamente *é comprase una bestezuela é pareciese ante S. A.* El italiano, se trasladó á la Côte. En ella, otra ruptura entre él y el trono surgió por una razón económica, es decir, porque áun suprimido el obstáculo precedente de la altivez de Cristóbal, no podían los Reyes aceptar la empresa proyectada, por la falta de recursos del Erario. España estuvo á punto de perder las Indias entonces, pues Colón llegó hasta Pinos, resuelto á abandonarla. Volvió atrás y Juan Colomo extendió las capitulaciones, porque Santángel abrió su arca de caudales.

Por último corrió España el peligro de perder las Indias, cuando el ilustre nauta se vió vencido por la resistencia pasiva á embarcarse

de los hombres de mar de Palos, Moguer y Huelva: y lo evitó Martín Alonso Pinzón.

Á la llegada de Colón á España, quien más trabajó por hacerla señora de las Indias fué, el Duque de Medinaceli. Á la llegada á la Corte, en tal obra colaboraron Quintanilla y el Gran Cardenal. Y después de terminadas las sesiones de la Junta de letrados y marineros, los dominicos salmantinos, que presididos por su Prior, acercó al trono el P. Deza. Si no se acepta que intervino Cabrero en la terminación de la ruptura de Santa Fé, la frase citada no podrá serle atribuida con más justicia, que á la Marquesa de Moya, á Gaspar Gricio, ó al ama del Príncipe, Juana de la Torre.

El triunfo del Guardian de la Rábida en la ciudad campamento, fué completísimo; y el religioso lo participó, á Garcí-Hernández en una carta que llevó Prieto, y á Colón en otra. en la que le llamaba á la Corte. El marino, con reales florines en el bolsillo y henchido el pecho de esperanzas, marchó á Córdoba á vestirse con decencia, y desde Córdoba al real de Granada. Le recibió en él Fr. Pérez; lo aproximó al trono; y dejándolo ya palpando el instante de que fuesen un hecho el concierto de las bases de la empresa y una realidad las esperanzas que se le tenían dadas, sintiendo la necesidad de tornar al claustro que guardaba, regresó á él.

Fr. Juan volvió á su convento con la satisfacción de haber destruido un obstáculo que se oponía á la gloria de la patria, ó sea, con la de dejar á los Reyes inclinados al parecer, y en realidad decididos, á aceptar las condiciones que estipulaba el Genovés. Bendicidlele, diciéndole, que vaya en paz!, porque ha embellecido con la memoria más insigne, un lugar edénico, sembrado de insignes memorias. Oh! vega de Granada sin rival, que parece un cielo desterrado y caído á la tierra! Tú serviste de teatro al último libro de la gran Iliada, cuyos cantos se intitulan Covadonga y Simancas, Clavijo, Calatañazor y Toledo, las Navas y el Salado; y cuyos héroes se nombran como los reyecillos que tenían por estado y por trono algún aislado monte y el peñasco que lo coronaba y como los Aníbal y Leonidas cristianos que jordanizaron el Ebro y plantaron la cruz en Mallorca y Sicilia, ó la esculpieron sobre la Acropolis ateniense y sobre las hieráticas puertas asiáticas. Tú prestaste escenario á los tiempos feudales para desenlazarse y á los tiempos modernos, sol para amanecer. Tú elaboraste la savia primaveral que cubrió de flores el árbol del renacimiento español. Tu llevas un nombre que nos hace acordarnos:—del romancero morisco, que presenta en conjunción peregrina, el genio

occidental y el del Oriente; de la cuna de un insigne teatro; de las conchas de oro que brillan sobre espléndidas púrpuras, en las capillas sepulcro de los Albornoz que tan bien calzaron la bota de acero armada de damasquinada espuela; de sillerías de coro y patios plateados y maravillas de la arquitectura eclesiástica, que admirará siempre la humanidad culta: de la juventud de los que en el crepúsculo vespertino de la vida, encontraron las corrientes del Missisipí; y de la del capitán tipo que pudo dar á su túmulo, la épica sombra de doscientas banderas y dos pendones reales. Muchísimos son los hechos benditos, á que has dado decoraciones. Entre ellos sobresale por su grandeza, la reconciliación debida á Fr. Juan Pérez, por la cual están el Atlántico y el Pacífico engarzados en el blasón de España.

VIII

TERCERA VISITA DE COLÓN Á LA RÁBIDA

Ya plantada la cruz argéntea del Gran Cardenal en la célebre torre de la estalactítica Alhambra, no el cofrecillo de Isabel la Católica, vacío entónces de joyas,⁽¹¹⁰⁾ y sí el arca de Luis Santángel, permitió á los Reyes, el proporcionar á Cristóbal los recursos que querían y no podían darle. Aquel cristiano nuevo y prestamista de oficio, adelantó las maravedises de que Castilla y Aragón carecían; y no porque al reembolsarlos cobrara intereses, dejó de prestar un gran servicio á la humanidad.

Firmadas las capitulaciones de Santa Fé y provisto de despachos, títulos y mandamientos reales, salió Colón de Granada el 12 de Mayo de 1492, para equipar en Palos las tres embarcaciones que le habían sido concedidas. Mayor facilidad le ofrecían, al logro de su propósito, cien puertos de España; y sin embargo, prefirió á los demás el humilde puertecillo andaluz, de celebridad hoy tan envidiada.

La causa principal de esta elección, no debió ser, el afecto que profesaba á aquel lugar el naufrago de 1484, ni el propósito de evitar la publicidad del viaje. Cristóbal fijó sin duda los ojos en Palos, porque sobre la marinería de la villa y de los lugares vecinos, ejercía mucha influencia Fr. Juan Pérez. Allí se presentó con dinero y autoridad para armar la expedición; y encontró apoyo efectivo. El

miércoles 23 de Mayo de 1492, en la iglesia de San Jorge se dió lectura á la Real provisión, preceptiva de que fuesen entregadas al Genovés las dos carabelas con que había sido condenada á servir Palos á su costa, por tiempo de doce meses y como castigo á ella impuesto, por culpas *cometidas en deservicio de los Reyes*; y en el mismo día, los Alcaldes facilitaron lo que se les mandaba. Hombres no pudieron entregarle en él, ni después, porque no se encontró quien quisiera tripular de buen grado las naves embargadas. Tampoco lograron proporcionárselos con sus apremios, Peñalosa y el corregidor Cepeda. Los despachos hablaban de ir *á algunas partes de la mar oceana sobre cosas muy cumplideras, á servicio de Dios é de los Reyes*, mas á través de estas palabras y de los acopios de víveres para un año que Cristóbal hacía, la gente leía y veía, que se proyectaba un viaje parecido á las expediciones costeadas por Portugal; y el terror que infundía el Atlántico y el recuerdo de que las carabelas lusitanas habían tenido siempre que volver las proas sin topar la tierra que buscaban,⁽¹¹¹⁾ apartaron á los más atrevidos de la idea de embarcarse.

Los ejecutores de las reales órdenes aprestaron la artillería para destruir la resistencia pasiva de los que, solo aparentemente, sometíanse á lo mandado por la Corona; mas el apresto de la artillería no destruyó la resistencia pasiva. Convencido Cristóbal de la esterilidad de las medidas de rigor, empujado por la fé que tenía en su proyecto y por la audacia, sin rival en la historia, de que estaba dotado, decidió, antes que abandonar la empresa en que hallábase empeñado, lanzarse al océano *con barcos cualquiera tomados al azar y tripulados con malhechores*. Obtuvo la real provisión, fechada en Granada, á 30 de Abril de 1492.

La expedición podía darse por fracasada, pues la gente honrada negábase en absoluto á asociarse á ella, á pesar de las recomendaciones de Fr. Pérez, y el problemático auxilio de los presidiarios, traía en sí aparejada la seguridad de que no tendría buen término el viaje proyectado. Se hizo, porque había querido Dios, que cerca del mar, fuera edificado el monasterio donde alojábase á la sazón el loco de Génova y que proporcionó á éste el poder que triunfó de los terrores y de la resistencia obstinada de la ignorancia.

En la tercera visita de Colón al convento, los claustros de la Rábida y la celda de Fray Pérez fueron teatro de reuniones ideadas por éste, á las que asistían además del marino y el Guardián, Garcí-Hernández y varios religiosos. En ellas asesoraron después, algunos hombres de mar de Palos y las cercanías, atraídos por el P. Juan y

su ilustre amigo, al deseo de que se realizara la expedición. En tales reuniones, se discutía acerca de los obstáculos que iban presentándose á Cristóbal; se procuraba avizorar el entendimiento para ver el camino de destruirlos; y se acarició siempre la aspiración á que tripularan las carabelas hombres prácticos y valientes. No se ocultaba al Genovés, y el Genovés no lo ocultaba, ni se ocultaba á los que con él conversaban á diario, que la navegación sería peligrosa y que para hacerla deseaba gente probada y excepcional.

Por esto, sólo cuando hubo desesperado de hallarla, discurrió el indagar voluntades en los presidios. Necesitaba un tercer buque, para formar la flota expedicionaria con las dos carabelas que tenía embargadas; y los reunidos en la Rábida fijaron la atención en la *Morigalante* de Juan de la Cosa. El animoso y entendido vizcaino, oyó con agrado las proposiciones del Almirante; y fué alguna vez al monasterio á tratar de las mismas. No se decidió á aceptarlas, porque sabía que la idea de la ya adivinada expedición aterraba á los tripulantes de la nao que mandaba. Entonces se le ocurrió á Fr. Pérez que Colón debería hablar á los Pinzones, marinos más antiguos y experimentados que el piloto de Santoña.

Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín Alonso Pinzón, pertenecían á una familia honrada, rica, dedicada á especulaciones mercantiles que verificaba en naves propias, y de gran prestigio en la comarca. Al mayor de los tres habló Fr. Juan de la empresa; y consiguió enrojecerle el amor patrio, agitarle la audacia, afilarle la codicia, estimularle el afán de gloria y de nobleza y ponerle en comunicación con Cristóbal.

Pocas conferencias bastaron para que la palabra elocuentísima y los halagadores ofrecimientos del marino de Génova, decidiesen á Pinzón á emprender el viaje proyectado. Era Martín Alonso, según dice el más entusiasta de sus biógrafos, experto piloto, buen capitán, gran marinero; y habíase ejercitado en la navegación, desde edad muy temprana. Conocía el Atlántico del Sud hasta la Guinea y las Canarias; y había convertido en temido su mástil, durante la guerra de Portugal. Afortunado en los negocios, poseía la nave que mandaba y el todo ó una parte de otras, dedicadas á lucrativo tráfico. *Sabio en mucha manera; hombre determinado y valeroso* y el mejor *para cualquier acción de guerra ó de mar*; dotado de carácter enérgico y honradez depuradísima; gozaba entre sus coterráneos de autoridad, estimación y prestigio. Amaba la gloria; y tenía ambición, como todos los seres superiores.

El acuerdo científico se estableció entre Cristóbal y Martín inmediatamente, porque los dos juzgaban, posible el hallazgo de tierras navegando hácia el O. y probable que recompensara bien los sacrificios que el buscarlas impusiese. El uno partía de un error teórico, que le hizo encontrar lo que no perseguía y morir sin saber la existencia de América. El otro razonaba, basando su juicio sobre indicios recojidos en las conversaciones con las gentes de mar. No es extraño pues, que el gran práctico comprendiera á seguida y aceptara lo que el gran teórico le ofrecía y que de éste era flor.

En la discusión de las ventajas que á cada uno de ellos hubiese de reportar la empresa, se entendieron también el marino de Génova y el capitán de Palos. Asociado Martín al magnífico proyecto, impulsado por dos pasiones muy vigorosas, tomó á su cargo el armar y equipar la escuadra, que hacía falta al futuro descubridor de América.

No bastando los maravedises de Santángel para lanzar al mar bajeles aprovisionados por un año, facilitó dinero al Genovés; y más enardecido de entusiasmo cada día, consagró la actividad toda que le caracterizaba, á la tarea de aprestar la expedición. Por su consejo, fué alzado el embargo de las carabelas causado por el escribano Alonso Pardo. Con otras dos suyas y de sus socios las sustituyó, ventajosamente; y contrató la *Santa María*, cuya tripulación se animó á hacer el viaje, estimulada por su capitán Juan de la Cosa y por el ejemplo de Martín y sus deudos. Y por las calles y las plazas se dedicó á infundir valor á los tímidos y á persuadir á los que vacilaban, á enganchar marineros para dotar las embarcaciones, prometiéndoles que surcando el Atlántico, hallarían *casas con tejas de oro* y además *riqueza y buena ventura*.

Más gente animó y allegó á las naves con sus obras, que con sus palabras. Al convocar á los marineros, no pocos se negaron á entrar en el *Tenebroso*, por temor á lo desconocido; mas al ver á bordo con el gran Pinzón, á los hermanos de él, los Niños y los deudos de estos armadores y pilotos, sintiéronse arrastrados por las promesas y seguridades del capitán y las dádivas que les ofrecía para que pudiesen dejar pan á las familias respectivas durante la ausencia, y desapareció la vacilación en los indecisos. Así se armó la expedición; y se encontró todo lo necesario para el viaje. La actividad, la pericia, la influencia, el prestigio personal de Martín en la comarca, destruyeron las dificultades que amagaban con un fracaso al hijo de Génova; y entregaron á éste *naves muy aptas para semejante fecho*,⁽¹¹²⁾ tripuladas por vizcainos y andaluces, *buenos y cursados hombres de mar*.⁽¹¹³⁾ Es decir, le propor-

cionaron, lo que él no había podido conseguir y los Reyes deseaban tuviese:—*las mejores carabelas de Andalucía y gente toda fiable y conocida.*⁽¹¹⁴⁾

El armador ilustre puso con noble desinterés su caudal, su nombre, su vida y la de las personas á quienes más quería, á disposición del Almirante. Dió al proyecto, el brazo que necesitaba para ser ejecutado. Y á la expedición, el auxiliar, el lugarteniente que hacía falta á quien había de dirigirla.

La fé y la perseverancia de Colón habían conseguido que los Reyes aceptaran el proyecto. La ejecución de él habría sido imposible, sin el concurso de Martín Alonso. El Genovés con sus dotes eximias, la protección real y la autoridad que le daban las *Capitulaciones de Santa Fé*, sin el auxilio del capitán de Palos, no habría hallado las Indias.

Lo reconoció así Bartolomé Colón; y lo han reconocido Bernáldez y el Obispo de Chiapa.

Servicios tan señalados, como los que hubo de prestar á Cristóbal antes de que salieran al mar las carabelas y la nao, dispensó Martín al Genovés, en días amanecidos después del día más inmortal del Agosto de 1492.

Al tercero de viaje, se le rompió y desencajó el timón á la *Pinta*, y la *Pinta* comenzó á hacer agua, desgracia que sintió mucho el jefe de la flota, porque no podía ayudar á remediarla á Martín, efecto de que estaba el Atlántico muy picado, y porque sospechó que había ocurrido, á causa de que premeditadamente, iba la carabela mal aparejada y peor carenada. Colón se vió asaltado de preocupaciones, á consecuencia del fracaso. *Alguna pena perdió*, según él mismo nos dice, porque confiaba en el ingenio del capitán de Palos. Martín halló sin dificultad inmediatamente, el medio de reparar la carabela. El timón recompuesto, volvió á saltar. Fué sujetado con cuerdas; y la *Pinta*, dirigida hacia Lanzarote. Á Lanzarote llegó dos días después; y allí quedó. Cristóbal siguió navegando para tomar la Gomera. No lo logró sin trabajo; y provisto de lo que necesitaba, regresó á la isla Canaria. La *Pinta* fué adobada muy bien. Con cuidado y diligencia le calafatearon y reformaron el casco, para lo cual hízose preciso el montarla; fué dotada de un fuerte timón; y de condiciones de resistencia: y una vez cambiados en ella el aparejo latino por otro de cruz y el velamen en la *Niña*, continuó el viaje.

Las operaciones indicadas se ejecutaron con rapidez é inteligencia, por obra de la actividad é ingenio del Almirante y por obra de la actividad é ingenio del segundo jefe de la escuadra.

En los días que anduvieron los expedicionarios de una á otra isla, en el Archipiélago canario, buscando lo que necesitaban para volver á darse á la vela, una erupción del Pico de Teide aterró á varios marineros, quienes á la vista del espectáculo, empezaron á murmurar si sería aviso de Dios para que desistiesen de la temeraria empresa. La calma volvió á los asustados espíritus, á los conjuros de la palabra de Cristóbal y de Martín Alonso.

Murmuraciones tuvo que sufrir el gran argonauta, durante su arriesgado viaje. El *Diario* nos dice, que el 22 de Septiembre se felicitaba Colón de que hubiesen venido aires contrarios, porque ellos habían calmado la ansiedad de los individuos, que en los bajeles *andaban muy estimulados*. Dice también, que al inmediato día *murmuraba la gente*, al ver la mar muy llana. Y dice por último, que el 10 de Octubre, el inmortal marino escribió: *Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábanse del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía, que por demás era quejarse, pues el había venido á las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas con la ayuda de Nuestro Señor.*

En el intervalo transcurrido, desde la primera manifestación de disgusto en la marinería hasta el 10 de Octubre, el Almirante se vió pues obligado á *calmar con sus razones y vencer con su autoridad* á sus subordinados, porque le contradecían. La navegación era temeraria; cada día, aumentaban los centenares de leguas que separaban la flota de la patria y las señales de tierra fallidas; y aunque las tripulaciones confiaban en el valor y la pericia de sus jefes, no es extraño que se quejasen, al ver ponerse y salir inútilmente soles y más soles, surcando aguas nunca desfloradas, en cuyo extremo la ignorancia había apiñado todos los peligros posibles. El 10 de Octubre, las murmuraciones fueron más pronunciadas; y según un testigo presencial, estuvieron á punto de trasducirse en un acto sensible. Absorto hallábase Colón en sus pensamientos y cálculos, en el castillo de popa de la Capitana. Ocurriósele el volver la cabeza, y á sus espaldas, vió un semicírculo de marineros en actitud sospechosa.

Con su mirada serena y su rostro sorprendido y enojado, confundió á aquellos héroes, que veía en disposición de amotinarse. Poniéndose en pié, preguntó al más audaz, por qué causa se le había acercado. El pobre, rojo de vergüenza, manifestó, que él y sus camaradas iban engañados; razonó su opinión; y pidió al Almirante que volviese las proas de las carabelas hacia la madre patria. El Almirante reprendió con acritud á quien acababa de expresar tal deseo y á quienes asentían

á él; les exhortó á perseverar en la fé que les impulsara un día, á lanzarse al mar, y les expuso las razones que tenía para creer, que estaba muy próxima la tierra que buscaban. El discurso de Colón fué interrumpido por murmullos y voces; y para evitar la rebeldía, gritó Cristóbal con imperio que consultaría el caso con los Pinzones. La frase pareció bien al auditorio. Colón bajó del castillo; ordenó que se hiciese señales á la *Pinta* y la *Niña*; y ambas barloventearon sobre la *Santa María*.

Reunidas al alcance de la voz las dos carabelas y la nao, Colón manifestó á Martín Alonso, que la gente deseaba volver á España y que á él parecía que murmuraba con motivo. Comprendió Pinzón el sentido de las hábiles palabras del jefe y lo que en la capitana ocurría; y con energía épica, contestó: — *Señor, ahorque vuesa merced media docena de ellos, ó échelos á la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos, y lo haremos: que armada que salió con mandado de tan altos príncipes, no ha volver atrás sin buenas nuevas.*

Las frases del capitán llenaron de alegría el corazón del Genovés, quien tomando el carácter de defensor y el de paternal jefe, exclamó: — *Martín Alonso, con estos hidalgos hayamonos bien y andemos otros días é si en estos no hallaremos tierra, daremos otra orden en lo que debemos hacer.*

Adelante!, Adelante!, gritó Pinzón. *Adelante!*, repitió Cristóbal. Y *Adelante!* respondieron, todos los sujetos que tripulaban la escuadrilla. *Ahorque vuesa merced*, impidió el que los expedicionarios, quizás hubiesen obligado á su jefe á volver la proa, cuando casi se palpaban las puertas del ansiado edén oceánico. Porque, si ha pasado ya á la jurisdicción de la fábula el motín armado, á la vez que han pasado el miedo de los Pinzones y el desmayo del Almirante, pues la crítica histórica, tras arduos estudios ha averiguado, que ninguno de los capitanes, ni de los maestros, ni de los pilotos, ni tal vez de los individuos que llevaban cargo á bordo de la escuadra, pensó durante el viaje en volver á España, sin haber dado el término posible al propósito que les había lanzado al mar, no puede negarse, que en alguna hora la calma se alteró en los bajeles zarpados en el Mediterráneo andaluz.

La constancia de los vientos en varios días; los cálculos de los espacios recorridos, que hacían el piloto y el marinero; el desvío de la aguja; la inmensidad, que constantemente veían en el Atlántico los expedicionarios; engendraron, al calor del natural deseo de volver á la patria, en los espíritus más rústicos de las tripulaciones, y aún en otros

acostumbrados á las largas travesías, la preocupación que se trocó en recelo y desconfianza en primer término y se tradujo después en quejas, que siempre desvaneció Cristóbal y que cristalizaron una vez en una forma, que implicaba, que en los subordinados se habían aflojado momentaneamente los lazos del respeto al jefe.

La indisciplina llegó á asomar en la escuadra la cabeza. Pinzón atajó el mal, enviando la energía que le caracterizaba, en auxilio de la habilidad del Almirante.

La autoridad de éste quedó incólume en aquel viaje que se hizo á través de las *espantosas soledades del jamás surcado Oceano*, lo cual se debió:—al valor de los que tripulaban las carabelas y la nao; á los prestigios de que rodeaban á Cristóbal su magnanimidad, su fé, su clarividencia de los fenómenos de la naturaleza, sus intuiciones geniales, la calma y la serenidad de sus juicios; y á los de que rodeaban á Martín su saber, su carácter, y la magestad de su alma, abierta á todas las ideas magnas y atrevidas. En las horas de angustia y murmuración y el célebre 10 de Octubre sobre todo, cual un historiador dice,⁽¹¹⁶⁾ una palabra del capitán de Palos, árbitro absoluto de las voluntades embarcadas, hubieran podido poner término al viaje y quizás á la vida de Colón, pues Mártir asegura que llegaron algunos marinos hasta consultarse, si bien con voz muy baja y en casi ocultos corrillos, si deberían deshacerse de su jefe, y consta que supo aquél sobreponerse á todo y á todos, desvanecer los miedos, acallar las quejas y dominar las protestas, en los trances perpetuados en él *Diario*.

Ved los servicios de mayor importancia prestados por Martín Alonso al Genovés, durante la expedición más audaz que las aguas marítimas han presenciado y á los que se podría añadir otros muchos más.

Apreciándolos, se llega á reconocer que el título de descubridor de las islas índicas, á Cristóbal, y sólo á Cristóbal corresponde; y que Cristóbal no lo tendría, si además que de su ciencia, su dialéctica persuasiva y su constancia, no hubiese dispuesto de la genialidad, la práctica en la navegación, los recursos pecuniarios y las dotes de mando del capitán, que así ayudó á su jefe á reparar averías, como á discernir indicios en los fenómenos naturales.

El más idólatra de Colón tendrá que expresarse así, si los sentimientos de Colón estudia. Está averiguado, que una de las razones principales por las que contrarió al nauta ilustre la pérdida de la *Pinta* en un mar desconocido, fué porque tal desgracia le privaba de los servicios de Pinzón, que juzgaba le eran muy necesarios. Si no hubie-

se ocurrido ella, la capitana no se habría perdido. Porque ocurrió, Cristóbal se vió privado de un ojo marineró de primer orden, de un auxiliar irremplazable y de un asesor cuerdisimo, alabanzas que no calificará de injustas quien recuerde:—la voz de ¡*Tierral* salida de la *Pinta*; la oposición que hizo á que se edificase un fuerte en la *Española* el célebre armador; y la difícil y hábil marcha de él desde las Azores á la patria, con el mástil roto y un temporal desecho. El estudio de la dirección que propuso Martín Alonso, á la vista de la carta de Toscanelli, enseñanos, que la línea que trazaba aquél era más directa y breve que la seguida por el jefe de la flota expedicionaria, y que el capitán de Palos fué consumado maestro en el arte de estimar las apariencias oceánicas.

Cristóbal Colón descubrió América, aunque sin saberlo. La descubrió, por Pinzón, que bajó al sepulcro acompañado de una idea, que no se encerró en el del Almirante.... de la ideal, de que había ya desaparecido el misterio de la tierra desconocida.

Sin la Rábida, habría faltado á Colón para ejecutar su proyecto el brazo material. Tal debiera ser el mote del escudo del claustro que proporcionó al preclaro nauta:—blanda cama y mesa de blancos manteles; bálsamos benditos; y todo lo que necesitaba para poder descubrir un sol y un cielo sin pares; y un continente, que es tálamo nupcial sobre el que entre flores y perlas, perfumes y bien concertados ritmos, ha quedado engendada una civilización, predestinada á sentarse en el trono augustó de la historia.

IX

DEDUCCIONES HISTÓRICAS.

Es más cierta la frase afirmativa de que á Fr. Juan Pérez debe España las Indias, que la de que las debe al P. Deza.

El proyecto de Cristóbal tendía:—á ampliar la esfera de los descubrimientos por camino más breve y fácil que el buscado por el solitario de Sagres; y á abrir á la navegación y al comercio, horizontes desconocidos y espléndidos. El buen éxito de él, había de dar noticia de tierras y seres ignorados y de facilitar la civilización hu-

mana. Seducía, entusiasmaba, pero tenía faz de utópico á los ojos de la ciencia antigua. Luchó para verse convertido en realidad con enemigos muy poderosos, que fueron:—las preocupaciones científicas; las intrigas cortesanas; el orgullo de la ignorancia; las burlas de los incrédulos; la pobreza que afligía á veces y la altivez que jamás abdicara el hombre que lo había concebido; la impaciencia que toda dilación produce en el que se vé aprisionado en ella; la escasez del tesoro de Castilla y Aragón; y el terror universal que inspiraba el Atlántico. Para no rendir el espíritu á las burlas de que era objeto y á las intranquilidades sentidas en los años en que sólo escuchó esperanzas, dió armas á Cristóbal el amor de D.^a Beatriz Enríquez; y para deshacer las intrigas cortesanas, diéronsele los Quintanilla y Mendoza. Para luchar con las preocupaciones científicas, dardos le afilaron, Fray Antonio que las hirió en Córdoba y el P. Deza que les preparó sepultura en Salamanca. Para que no le perjudicase la inopia del Erario, abrió su bolsa de cuero un Santángel. Y encontró un Martín Alonso para desvanecer los terrores de los marinos de Palos, Moguer y Huelva. Toda la obra de los Quintanilla, la Enríquez, Fray Antonio y el P. Deza, quedó inutilizada un día en Santa Fé. De haber subsistido la célebre ruptura, Colón habría abandonado España y el acto de Santángel y los actos de Pinzón no habrían sido ejecutados. Suprimido Fr. Pérez del drama, resultarán estériles todos los heroismos empleados en pró del proyecto. Habría tenido éste protectores y conquistado la opinión de los sabios. Ejecutado, no lo habría sido.

Cristóbal salió de Portugal acompañado de una idea, de ejecución difícil, porque era grandiosa, nueva y temeraria, y de un *niño*, que le precisaba dejarlo en un hogar de confianza, si había de disponer de libertad para hacer la vida, que las conveniencias del fin que le había traído á España, exigiesen. Esta necesidad se la satisfizo la Rábida. La Rábida ofreció á Diego honrado hogar y moral escuela; y tal generosidad dejó al Genovés, en condiciones de poder consagrar toda su actividad y sus cuidados todos, al logro del propósito que le animaba. Libre de la traba de la compañía del niño, en aptitud para recibir útiles hospedajes y acercarse al movable trono real siempre que debiera hacerlo, quedóse sin otros obstáculos que combatir, que los emanados del modo de ser de su teoría y de su grandeza personal. El proyecto suyo entrañaba una cuestión científica: la de averiguar si estaba bien calculado y si encerraba una verdad cosmográfica. Lisboa y Córdoba contestaron que no; y la respuesta atrajo sobre Cristóbal un diluvio de epigramas y sarcasmos, disparados por los

necios, los envidiosos y los ignorantes. La muralla alzada para impedir el triunfo del italiano por los maestros y obispos portugueses y los letrados y marineros españoles, no apareció con el carácter de indestructible, porque la agrietó el fósforo de la palabra de Fr. Marchena.

Quedó demolida en Salamanca; y fué el P. Deza quien proporcionó el andamio para derribarla. Las sátiras é invectivas forjadas por las malas pasiones que despertase el mérito del hombre extraordinario, hirieron á éste sin ahuyentarlo, porque los hermosísimos ojos de D.^a Beatriz Enríquez crearon una fuerza que lo retuvo; y embotáronse después, porque chocaron contra el acero de la protección desinteresada que dispensaran al sublime loco, cortesanos del poderío de Mendoza y de Quintanilla... de aquel Quintanilla!, que sentó mil veces á su mesa á Colón y repetía con frecuencia, que todo debía posponerse á la empresa de buscar las Indias.

El proyecto entrañaba una cuestión política también. Fr. Hernando lo miró con ojos de enemistad, porque entendía que el oro y la sangre de España, eran en totalidad necesarios para la reconquista de Granada. Fué un gran bien el que así pensara Talavera y el que los letrados y marineros redactasen el dictamen oficial que el confesor de Isabel la Católica presentó á SS. AA., en los términos que nos son conocidos, pues si hubiesen Talavera pensado de otra suerte y los letrados y marineros redactado el dictamen oficial en términos contrarios á los que nos son conocidos, el plan del Genovés habría resultado aprobado por una Junta, no más docta que la de maestros y obispos de Portugal, y el informe, que habiendo sido afirmativo en sus referencias científicas, hubiera complacido al Rey más que siendo negativo, no hubiese dado lugar á la consulta á los borlados de Salamanca, que habría imposibilitado por otra parte el respeto que el trono profesaba á Fr. Hernando, si Fr. Hernando, por entender factible y que convenía á España el ejecutar á seguida la empresa que el marino deseaba acometer, hubiera aconsejado al Monarca la inmediata entrega de mástiles á Cristóbal. El proyecto, sin el prestigio de que le rodeó Salamanca, es discutible que hubiese causado en don Fernando la lucha moral que terminó con la reconciliación de Santa Fé y que hubiera ganado para sí el patrocinio de Fr. Juan Pérez.

La cuerda opinión del virtuoso jerónimo prosperó, y la dificultad de ella procedente, que se oponía al logro de los deseos del marino, quedó desvanecida, no bien fué seguro que la cruz entraría coronada

de laurel, en la ciudad del Genil. Las exigencias de Cristóbal le crearon entonces un obstáculo que parecía invencible, porque se declararon sin fuerzas para anularlo los Mendoza, Quintanilla y demás protectores del hijo de Génova. Hacía falta que alguien pudiese y supiese obligar á la Corona á deponer enojos y reanudar la negociación interrumpida. Así lo exigían los intereses materiales de la patria y el cumplimiento de un deber cristiano. Quien pudo y supo hacer tal cosa, se llamaba Fr. Juan Pérez.

Fr. Juan Pérez, impulsado por su patriotismo, su fé religiosa, el amor á la patria y el cariño que al Genovés profesaba y animado por la grandiosidad del proyecto de aquél y la palabra convencida de Garci-Hernández, marchó á Santa Fé á impedir que fuese definitiva la ruptura, tarea en la que le ayudó Cabrero. En Santa Fé, acertó con el razonamiento único que podía poner término á famosísima ruptura. Quintanilla concedía su preferencia al asunto de las Indias; y por motivos políticos y económicos opinaba, que debían salir á buscarlas barcos reales, sin esperar á la conquista de Granada. Como él, pensaban el Cardenal Mendoza y otros cortesanos. La palabra del entusiasmo arrebató y no persuade; y por persuasión obró siempre el Rey Católico. Fray Juan Pérez sostuvo por razones políticas y económicas y por razones religiosas y morales, que tomada la ciudad ya vencida, á todo trance, sin tanteo de recompensas ni de maravedises, el trono, porque era cristiano y español, estaba en el deber de entenderse con Cristóbal. Este lenguaje se dirigía al entendimiento y á la voluntad. Por esto el discurso del Guardián, consiguió el fin para que fué hablado.

El proyecto entrañaba una cuestión económica, insoluble, consultando los libros de cuentas del Tesorero de la Real Casa, del Contador de la Real Hacienda y del Escribano de raciones; y la resolvió Santángel.

Los Medinacelis, Quintanilla y Mendoza acercaron el italiano al trono; creáronle alrededor de él un aura favorable; le ayudaron á ganar la simpatía real; é iniciaron las corrientes de entusiasmo hacia la proyectada empresa, que sostuvieron después varones insignes, entre los que ocuparán siempre un lugar distinguido los aragoneses que rodeaban al Rey Católico en el sitio de Granada. Las recomendaciones de estos personajes, y el buen deseo de los mismos, por sí, no habrían bastado á lograr se entregara á Cristóbal los tres mástiles que pedía, si bien sirvieron para que los Reyes le oyeran y sostuviesen la aceptación en principio y luego condicional del proyecto, á lo cual contribuyó en primer término el parecer particular del

P. Marchena, que dió base al marino para robustecer su porfía; mas no puede sostenerse que sin él, Colón habría sido despedido definitivamente por SS. AA. El que no lo hicieran, á pesar de las opiniones del Prior de Prado, tan respetado en la Corte, atestigua que el trono, no bien escuchó al proyectista, se propuso el averiguar muy despacio si aquél era un genio ó un soñador.

D.^a Beatriz Enríquez hizo algo más que Fr. Antonio por la gloria de España. Colón habría abandonado este suelo después de la censura obtenida en Córdoba, si las caricias y las instancias y la belleza de la gentil hija de Andalucía, no le hubieran creado la imposibilidad de separarse de las márgenes benignas del Guadalquivir. Empujado por la emulación de los triunfos de Bartolomé Díaz y por el cansancio producido por el aplazamiento que había aceptado, es seguro que más tarde habría ido á Lisboa á entenderse con D. Juan II, si doña Beatriz no le hubiese obsequiado con las dulzuras de la paternidad del niño Hernando. Sin la Enríquez, España no habría hallado las Indias.

Fué el P. Deza, quien ideó las *Conferencias de Santlamanca* y el alma de las *Conferencias de Salamanca*. Para ver con todo su relieve la importancia de las mismas, será preciso suponer adverso á la teoría de Cristóbal, el parecer de la Florencia del Renacimiento español. Si adverso hubiese sido, nadie en España hubiese osado contradecir el fallo y defender el proyecto; y el Genovés habría visto enterradas sus esperanzas en un instante, en la patria que alumbró el sol mejor dorado de Europa.

Las *Conferencias de Salamanca* dieron por resultado:—que el trono creyese con fé indestructible que los cálculos y las promesas de Colón descansaban sobre verdades científicas; que aquél fuese un servidor y un pensionado de la Corona; y que el proyecto quedase por ésta aceptado para ejecutarlo más adelante.

Sin el P. Deza, los letrados y marineros no habrían conseguido que su dictamen subiese á la categoría de sentencia ejecutoria; y así hay que discurrir, en vista de lo que los Reyes contestaron á Colón, á pesar del dictamen de los letrados y marineros de Córdoba. Él satisfacía el deseo de aplazar una contestación definitiva, sentido en regias alturas; mas el asunto á que referíase era tan magno, que dada la prudencia de los esposos, no es lícito sospechar que pudieran haberlo resuelto, limitándose á oír el juicio apresurado de la mayoría de una asamblea de cortesanos. La historia depone en contrario. Lo que narra, como ocurrido después que terminaron sus sesiones los

juntados en Córdoba, obliga á decir, que los Monarcas una vez celebradas aquéllas, formaron el propósito de volver á ocuparse en el negocio, ó lo que es igual, el de tomar un acuerdo previa consulta del dictamen oficial, á los más concedores de los secretos de la Cosmografía. Es posible, que á los Reyes no se les hubiese ocurrido la idea de la celebración de unas *Conferencias*, cual las que tuvieron lugar; mas lo probable y lo verosímil es, que necesitados de consejo, lo hubiesen buscado en su tan considerada y querida Universidad, Cuál habría sido aquél, no es difícil adivinarlo. Sin negar pues la obra de las *Conferencias de Salamanca* y la parte que en la misma pertenece al antiguo Prior de San Esteban, no puede decirse, que sin las Juntas privadas de la ciudad del Tormes, España no habría hallado las Indias. Resumiendo:—El dictamen emitido en Córdoba determinó en los Reyes la resolución de aceptar en principio un proyecto, rechazado por la mayoría de la Asamblea que presidió el Prior de Prado y defendido por el individuo más docto en Cosmografía de la misma, para someterlo á más detenido examen en época más tranquila; y las *Conferencias de Salamanca*, la de ejecutar lo que el Genovés les proponía, no bien esa época más tranquila amaneciese. Las *Conferencias de Salamanca* elevaron á aceptación condicional cierta, la aceptación en principio é incierta que había obtenido el proyecto de Cristóbal, en las verdes márgenes del Guadalquivir.

Gloria fué del Prior y de los religiosos de S. Esteban venidos á la Corte con el maestro de D. Juan en 1487, el haber labrado convicciones favorables á la empresa en personas, cuya enemiga á la misma contrariaba á aquellos Reyes, que no gustaban de oponerse á la opinión pública. Y gloria de Santángel, el haber destruido obstáculo muy poderoso, que se opuso á que la Corona se complaciese y Colón fuera complacido. Cristiana ya Granada, había cesado la razón de Estado que impedía el distraer el pensamiento y los recursos del país, á todo propósito distinto del de terminar la guerra con los hijos del río de las aguas de oro. El proyecto del Genovés era científico, según los sabios. Querían los Reyes extender sus dominios y propagar la fé cristiana por ignoradas tierras. Mas las arcas reales estaban vacías; y la expedición proyectada implicaba gastos.

Vencidos los obstáculos que la incredulidad científica, las intrigas cortesanas, las razones de Estado más atendibles y la pobreza del Tesoro habían amontonado en torno de Colón, se vió éste obligado á combatir con el terror invencible que el *Tenebroso* producía, á la

gente de mar más avezada á los peligros de las olas. El Genovés no habría podido embarcarse, ó de haberse embarcado, porque á duras penas encontrara tripulantes en las cárceles, no habría hallado las islas que regaló á España, de no haberse asociado al gran proyecto Pinzón, que le proporcionó barcos, que si hoy parecen de pescador comparados con los buques transatlánticos, en el siglo xv no parecían pequeños ni de pobres condiciones, pues tenían la marcha rápida y estaban con solidez contruidos,⁽¹¹⁶⁾ y que le proporcionó también pilotos y maestros entendidos y bravos y marineros expertos y audaces, que navegaron más de mil leguas por espacio de dos meses por un mar virgen, sin que obligaran á sus jefes á volver la proa á lo desconocido, poblado de peligros por la fábula, servicio cuya importancia apreciará en toda su magnitud, quien considere, que por no haberse embarcado con hombres tan temerarios, no llegó hasta la India el heróico portugués Bartolomé Díaz.

He aquí las fuerzas que actuaron en el desarrollo del drama sublime, que empezó en la Rábida y terminó en la noche más augusta que recuerda la humanidad en sus anales, después de la fría noche de Belén. Esas fuerzas no aparecerían obrando unidas, y algunas no habrían brotado, de no haber existido el simpático Guardián del insigne monasterio.

Los trabajos de los bienhechores de Cristóbal, el lazo moral á que daba nombre D.^a Beatriz Enriquez, y la influencia levantada en pró de aquél sobre el parecer *no adverso* de Salamanca, quedaron destruidos, por la ruptura que cortesano alguno, ni el más poderoso!, considerábase con bríos para anular. Fr. Pérez creando en las regias alturas la convicción de que no había sacrificio que no debiera hacerse en pró de la idea de dar á J. C. y á la Corona católica millones de almas y de súbditos, auxiliado por el camarero de D. Fernando, impidió el que se esterilizara la labor ejecutada en favor del marino por gentes allegadas á los Reyes, ó de sabiduría por los Reyes respetada, é hizo entrar el proyecto tenido ya por fundado y ventajoso en la Corte, en la fase final.

Firmadas las *Capitulaciones de Santa Fé* y trasladado á Palos Colón, la empresa ya protegida por los Monarcas habría fracasado, sin los auxilios de Pinzón. Ahora bien, desde el instante en que llegó Cristóbal al célebre puertecillo andaluz, elegido para equipar la escuadra que le había sido concedida, encontró en el monasterio afectuosísimo hospedaje, y un Guardián entusiasta que se consagró á acompañarle á toda hora, á fin de robustecerle el prestigio y la

fuerza moral que tuviese, con el prestigio y la fuerza moral propios. Él citó á los claustros de la Rábida hombres de mar sin número, para ganarlos á la empresa que se intentaba llevar á cabo. Y él contribuyó poderosamente, á interesar á Martín Alonso en ella.

Las recomendaciones del Guardián, hasta la aparición del armador de Palos en la escena, no dieron los resultados positivos que Cristóbal deseaba. Llegaron á conseguir, que más de un marinero y un religioso hiciesen votos por qué el proyecto fuera ejecutado; mas no lograron que un marinero ó un religioso se decidieran á embarcarse. Coadyuvaban sí, á ganar á los Pinzones á la odisea que se intentaba; y éste fué el servicio de consecuencias positivas que prestó Fr. Juan al Genovés. Es ya una tesis histórica bien definida! Martín Alonso se asoció á Cristóbal para llevar á cabo la empresa concebida por éste, porque el Almirante le persuadió con su palabra, el plan con su grandiosidad le avasalló el ánimo, y la posibilidad de la ejecución de él le estimuló pasiones que sentía con viveza; mas por obra del Guardián, pudo hacer entrar en el proyecto Cristóbal, al capitán de Palos. Fué éste la única voluntad activa que conquistó Fr. Juan para su amigo; y conquistándola le dió materialmente, la escuadra que los Reyes le habían concedido.

Mirado con los ojos de la cronología el gran drama, cuyas decoraciones fueron la Rábida, San Esteban y la vega granadina, el desenlace, direis que fue debido á D.^a Beatriz Enríquez. Sin D.^a Beatriz Enríquez, Colón después de celebradas las Juntas de Córdoba quizás, y de seguro después de recibida la tan conocida carta del rey de Portugal, habría desaparecido de nuestra patria. La encantadora andaluza ató la suerte del nauta inmortal, á los destinos de España.

Si el aludido drama lo mirais á la luz de la filosofía de la historia y cual es en su conjunto, atribuiréis el desenlace á Fr. Juan Pérez.

Colón triunfó en España porque tenía razón en lo que afirmaba, porque supo defenderla, porque se dirigió á unos Reyes de las prendas personales de los Católicos, que le oyeron cuando con justicia podían haberse negado á recibirle, que le entendieron y que elevaron á deber sacramental la palabra dada en Córdoba, y porque aconsejaronle bien y le ayudaron á recorrer su carrera de obstáculos con la mejor voluntad, los grandes señores de la Corte que le protegían.

Si Fr. Juan Pérez no hubiese recojido á Diego en la Rábida en 1484, esa carrera de obstáculos habría sido más difícil y penosa.

Si no hubiese reconciliado á SS. AA. con el marino en 1491, la obra del genio de Cristóbal, de D.^a Beatriz, de los sabios de Salamanca y de los cortesanos protectores del *arbitrista sin blanca*, se habría marchitado en España. Y si no hubiese acercado Martín Alonso á Colón,— Colón no habría ido á las Indias, á pesar de las capitulaciones reales, de los florines del Escribano de raciones y de los auxilios que le prestase el trono para vencer las dificultades de Palos, Moguer y Huelva. Siempre, en la heráldica de la historia serán signos nobiliarios: la cruz de plata que coronó la torre de la Vela, los rizos de ébano de la Enríquez, la bolsa que contó los maravedises de Santángel, el hábito del P. Deza, el astrolabio y la brújula de mar de Cristóbal y el mástil de la *Pinta*; y siempre, en los blasones que simbolizan á España en el alcázar de la inmortalidad, ocupará principal cuartel el cordón franciscano de Fr. Juan Pérez...de Fr. Juan Pérez!, á quien principalmente debe el singular marino su título de descubridor y el hallazgo de las islas, que al mirarse en los espejos oceánicos, en todas las épocas, se han encontrado *hechas un cielo*.

X

HONOR DEBIDO Á FR. JUAN PÉREZ

En el siglo de las reparaciones, en el siglo XIX, todavía el mármol y el bronce no han expresado bien este concepto:—Colón tuvo padrinos que le crearon atmósferas de triunfo, le recomendaron con eficacia á los poderosos, pidieron y suplicaron para él favor á la Corona y le ayudaron á vencer los obstáculos que la contrariaban el deseo. Si el proyecto concebido en Portugal llegó á ser ejecutado, fué, porque lo expuso y defendió un genio, y lo escucharon una Reina magnánima y un rey dotado de grandísimo talento y de las prendas que necesitaba reunir quien hubiese de aceptarlo, razón por la cual debió las Indias España á sus Reyes y á los que colaboraron en el triunfo de Cristóbal, entre los que ocupa el primer lugar, por la solemnidad del instante en que intervino, Fr. Juan Pérez. Mas si el mármol y el bronce no han hablado aún así, en el siglo XIX, se han enaltecido y premiado hasta donde ha sido posible, los méritos de

los preclaros varones, que tomaron parte en la epopeya del descubrimiento de América. Á Colón se le han erigido estatuas; se le han levantado monumentos; y en peregrinos libros, plumas bien cortadas le han honrado, demostrando la justicia con que se le llama descubridor del Nuevo Mundo.

El Cardenal Mendoza, Quintanilla y el P. Deza, han encontrado biógrafos elocuentes y jaspes que les han recogido el nombre para ostentarlo en paraninfos y doctas salas. Á los individuos de las conferencias salmantinas, sencillo y noble homenaje se les tributa en la granja de Valcuevo.⁽¹¹⁷⁾ Pinzón ha sido desagraciado, en páginas de gran mérito. Santángel, quizá se queja, porque Aragón no ha encargado refute el bello cuadro de Muñoz Degrain, al Cisne de Villanueva de Gállego, que ayer subió más alto que Mackart, en *D.^a Juana y Las Llaves* y hoy es el ídolo del Rhin⁽¹¹⁸⁾ y sabe que ha superado en finura para observar y precisión para reproducir á Menzel y Meissonier, en la *Misa al aire libre en la romería de la Guía*.⁽¹¹⁹⁾ Podría quejarse Garcí-Hernández, de que ni la casa donde vivió es conocida, ni se sabe si ha sido conservada. En cambio, orna el monumento de la *Plaza de la Reforma* en Méjico la figura en bronce de Fr. Juan Pérez; y en el barcelonés, están recordados el fervorosísimo Guardián y Fr. Antonio Marchena. Sin embargo, el P. Pérez, en el idioma de la piedra y el metal, no ha sido cantado aún, en los términos que merece. Murió Marín Baldo, sin legarnos la oda que condensada en granito, expresase los merecimientos del fraile inmortal ¡Ojalá que á la sabia SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE se le ocurra un día, la idea de honrar cual es debido, la memoria del amigo más cariñoso de Colón! Iguales votos hacemos en favor de la del físico, que irradió calor para forjar la resolución de ir á Santa Fé y ayudó al Guardián en las conferencias de la Rábida; y en favor de la D.^a Beatriz Enríquez, más digna de la inmortalidad que ninguna de las mujeres que rasgan su níveo sudario, en el *Ahasverus* de Quinet.

Es Córdoba, la ciudad donde el apetecido homenaje debe ser tributado, á la andaluza de alma angelical y mirada de fuego, que dió á luz, á un español como el cronista D. Hernando. La estatua de Garcí-Hernández, álcese en una margen de la ría, que refresca con sus brisas, la ciudad que luce en su escudo de armas, un árbol, una áncora, un castillo y el mote *Portus maris et terre custodia*. Y la de Fr. Juan, á la vista de la barra de Saltés; ó debe recibir el color y el tono de la carne que dá al mármol el sol que hincha las yemas y

abre los botones de flor, en la campiña, que es la mejor decoración natural española que se conoce, pues tiene por bastidor sierra de tan sin par blancura, que solo sabría copiarla si resucitase, el pincel que pintó el nevado Esquilino y el calor del estío, la azucena y el alba, la niñez de María y la de Jesús, la brisa del Jordán y la luz de la Gloria, y que en el Alcazar de la inmortalidad ocupa un sitio, no inferior al del hispalense, que fué un Ercilla de la pintura en el *Cuadro de las Lanzas*, un Melo en *Felipe IV*, en sus *Truhanes* un Hurtado de Mendoza, un Alcázar en *Los Beodos*, un Mtro. León en *Cristo Crucificado*, un Garcilaso en las *Arboledas de Aranjuez*, y en las *Meninas* y las *Hilanderas*.... Ah!, al Velázquez de las *Meninas* y las *Hilanderas*, no hay epíteto que lo caracterice! Es una cúspide aislada, en la gran cordillera del arte nacional... Un Cervantes!, pues la prosa pictórica cervantesca, está creada en las *Meninas* y en las *Hilanderas* del *Pintor de la Caballería*.

IX

EPÍLOGO

Las grandes figuras de la historia inspiran admiración, y algunas de ellas tal cariño, que las mismas y las ideas que han expresado ó los objetos que las simbolizan, forman parte de la parentela del alma y de la sociedad de los pensamientos del lector y del contemplador de la vida de la humanidad. Tal acontece por ejemplo: á Platón y á Virgilio; á San Juan y á Palestrina; á San Francisco de Asís y al pintor de Urbino; á Petrarca y á Garcilaso; á Camoëns y á Mozart á quien complácese la fantasía en representarnos, al pié de una columna en San Pedro, aprisionando en su memoria *Miserere* sublime para desvincularlo y convertirlo de patrimonio de Roma en patrimonio del orbe. Y tal acontece á la cruz de Covadonga, al tordo de Santiago, al *Cristo de las batallas* del Cid, á la lámpara de Santa Gadea, á la rota cadena de las Navas, al cortado puente de barcas de Sevilla, á las lanzas de Alfonso V y Pedro III, á la peñola del Rey Sabio, objetos vistos por el hombre con los ojos materiales ó con los de la imaginación; y también á *La Jerusalem Libertada*, ó á los cuadros donde mejor ha sido representada la niñez de Jesús:—

la *Virgen de la Silla* y la *de la Caña*; el *San Antonio* de la catedral hispalense, y *Santa Rosa de Lima*.

Ah! Tiene la criatura racional sus devociones históricas y sus devociones religiosas; y por lo mismo, vierte todos los manantiales del sentir, hasta agotarlos, sobre determinados objetos, que son:—la aldea donde nacimos, la silla de nuestros mayores, el sepulcro de algún hermoso ingrato que haya preferido el ser ángel en las moradas célicas á ser niño al lado de sus padres, ó la cruz de granito del valle natal, el faro cubierto de inscripciones expresivas de la gratitud de los mil náufragos que aquél ha salvado y el libro que nos enseñó á amar á Dios, la patria, la justicia, las ideas que engrandecen y magnifican la vida social, cuando en la vida social hacen nido. Entre los altares de los cultos predilectos del corazón, en el de todos los españoles, debe haber un lugar para la imagen de aquel religioso, que confesó á la conquistadora de Granada y al descubridor de América,⁽¹²⁰⁾ y que hizo en favor de éste tanto, como los demás amigos de Cristóbal. Sí! Porque los Mendoza y Quintanilla, Medinaceli y Deza recomendaron con interés y eficacia el proyecto colombino; Santángel recomendó el proyecto colombino con interés y eficacia de igual modo á SS. AA. y proporcionó al autor florines para ejecutarlo; más Fr. Pérez... Ah! Fr. Pérez hizo una reconciliación que resultaba imposible á los demás cortesanos, auxiliado por Cabrero; sentó la premisa que aseguró la firma de las capitulaciones, y proporcionó al Genovés la fuerza que necesitaba para que no fuese estéril el patrocinio de la Corona, el cerebro, el brazo, el caudal y el prestigio del capitán de Palos.

La celda del Guardián de la Rábida, merecerá siempre el tener colgadas de sus paredes las llaves de oro y esmeralda del Nuevo Mundo. Y será el Guardián el tipo del hombre conocedor del hombre, del religioso, del patriota y del amante del prójimo, siempre también, hasta la consumación de los siglos, hasta que cansado de su obra terrenal Dios, la recoja y después de haber apagado el sol, liquidado las estrellas y fundido en una eterna luz blanca los colores, la sepulte en el fondo de los abismos sublimes de la inteligencia que la concibió.

NOTAS

- (1) *Vida de San Jerónimo.*
- (2) Menéndez Pelayo, *Discurso de recepción* en la R. Academia de la Historia.
- (3) Canalejas, *Estudios críticos de política, filosofía y literatura.*
- (4) Fernández Duro.
- (5) Emilia Pardo Bazán, *San Francisco de Asís.*
- (6) Alarcón, *El monasterio de Yuste.*—Balaguer, *Obras.*—Castelar, *Recuerdos de Italia* (2.^a parte).
- (7) Lamartine, *Grasiella.*
- (8) Festo Rufo Avieno, *traducción* de Rodrigo Caro.
- (9) Canalejas, *Poesía épica.*
- (10) Solís, *Historia de la conquista de Méjico.*
- (11) F. Duro, *Colón y Pinzón.*
- (12) Rodríguez Pinilla, *Colón en España.*—Asensio, *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos.*
- (13) En la *Historia general y natural de Indias*, se lee:—*“Antes que Colom entrasse en la mar algunos dias, tuvo muy largas consultaciones con un religioso llamado Fr Juan Perez, de la orden de sanct Francisco, su confesor; el cual estaba en el monesterio de la Rábida (que es media legua de Palos hacia la mar). Y este frayle fué la persona sola de aquesta vida, á quien Colom mas comunicó de sus secretos; é aun del qual é de su sciencia se dice hasta hoy que el rescibió mucha ayuda é buena obra.*
- (14) Documento 71, tomo II de la *colección* de Navarrete.
- (15) Coll, *Colón y la Rábida.*
- (16) *Relaciones* del 2.^o viaje, de Chanca y Martir.
- (17) General y cronista de la Orden franciscana. Fué también: paje de Felipe II, antes de vestir el hábito religioso; Obispo de Cefalú y de Pavía; y Arzobispo de Mantua. Clemente VIII solicitó sus consejos, antes de plantear la reforma de los regulares; y le nombró Nuncio apostólico para concertar paces entre España y Francia. Elogian al hombre y al escritor: Tiraboschi, bibliotecario de Módena, en su *Storia della Letteratura italiana*, y el erudito Rossi en su *Pinacotheca imaginum illustrium virorum qui auctore superstite diem suum obierunt.*
- (18) Luminar del siglo XVII; y del país, donde predicó S. Patricio y tiene

en todo corazón un altar O'Connell. Vivió muy distinguido por Inocencio X. Fué consultor de varias congregaciones, catedrático de Teología y Director del Colegio de irlandeses que fundó en Roma. Escribió:

*Legatio Philippi III et IV Hispaniarum Regis ad S. Paulum V, Gregorium XV et Urbanum VIII pro definienda controversia Conceptionis B. Virginis Mariæ; Apologeticum de prætenso Monachatu Augustiniano S. Francisci, in quo deteguntur et refelluntur varii errores ex hac una controversia exorti; Immaculatæ Conceptioni B. V. non adversari ejus mortem corporalem; De baptismo Virginis; De redemptione Deiparæ semper Virginis; De Hebraicæ linguæ origine, præstantia et utilitate ad sacrar, litterarum Interpretes; Vita Venerabilis Joannis Duns Scoti Doctoris Subtilis; Commentaria ascetica ad opuscula S. P. N. Francisci; Vita et res gestæ B. Petri Thomæ Aquitani Ordinis B. Mariæ de Monte Carmelo, Patriarchæ Constantinopolitani; Bibliotheca seu Catalogus scriptorum Ordinis Minorum; Commentaria ad vitam et opuscula S. Anselmi Episcopi Lucensis. Sacó de la condición de inéditos:—*Angeli del Pas religiosissimi ac doctissimi Minoritæ Commentaria in Marcum; Commentaria in Lucæ Evangelium; y Joannis Duns Scoti opera omnia tomis sexdecim.**

Los *Anales* de él los han adicionado los PP. Juan de Luca Véneto, José María de Ancona, Cayetano Miguel Ásculi y Estanislao Melchor de Cerreto.

(19) Profesor de Teología, cronista de la provincia de S. Juan Bautista de Lima y Regente del Colegio de Santo Tomás de esta ciudad del Perú.

(20) *Tesoros verdaderos de las Indias en la Historia de la gran provincia de S. Juan Bautista del Perú De el Orden de Predicadores.*

(21) *Agiologio lusitano.*

(22) *Menologium Sti Francisci.*

(23) *Noticias historiales.*

(24) Guardián del convento de S. Francisco de Jesús de Lima y cronista de la Orden en todo el territorio del Perú.

(25) *Coronica de la religiosissima provincia de los doze apóstoles del Perú, de la orden de N. P. S. Francisco de la regular observancia. Dispuesta en seys libros, con relación de las Provincias que della han salido, y son sus hijas... Házese una breve descripción de todas las tierras del Perú, la entrada en ellas de nuestros españoles, la riqueza, poder, culto y política de los Reyes Incas.*

(26) *Memorial y Noticias Sacras y reales del Imperio de las Indias Occidentales.*

(28) Historiador distinguido, misionero apostólico, calificador de la Inquisición, archivero y cronista general de la Orden franciscana.

(29) *Chronica de la seraphica religión del glorioso patriarca S. Francisco de Assis, dedicada al Eminentissimo Señor D. Joaquín de Portocarrero cardenal de la S. Romana Iglesia...*

(30) Fr. Bartolomé Villanueva.

(31) Véase la dedicatoria del tomo de *Sermones de María Santísima.*— Sevilla, 1752.

(32) Fr. Arturo de Monasterio, *Martyrologium franciscanum.*

(33) F. Duro, *Aniversario de la salida de Colón del Puerto de Palos en busca de las Indias.*

(34) Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos* F. Duro, *Colón y Pinzón y Juicio crítico acerca de la participación que tuvieron en el descubrimiento del nuevo continente los hermanos Pinzón, condiciones bajo las cuales tomaron parte en la expedición y causas que motivaron la separación de Martín Alonso.*

(35) Carutti, *Saggio critico intorno a Propertio* —Hertzberg, *De S. Aurelii Propertii amicitiis et amoribus.*—Capelignes, *Les Baschants et les jeunes patriciens de Rome sous les Césars.*—Sphon, *De A Tibuli vita et carminibus*—Muret, *Comentarios.*—Delongchamps, *Elegies de Propertce, traduites dans tout leur intégrité*

(36) Ciofani, *Biografía de Ovidio.*—Rabanero, *Disertación sobre el destierro de Ovidio* —Deville, *L'exil a'Ovide.*—Boissier, *L'opposition sous les Césars* —Grenovio, Gesenio, Merkel y Lors, comentaristas de los *Fastos.*—Couture, *Disertación* inserta en el tomo I de *Mem. de l'Acad. des Belles Lettres.*

(37) *Historia general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced redención de Cautivos* de Fr Remón, gran orador sagrado y cronista de su Orden.

(38) Plati, Secretario del Cardenal Aquaviva y general de su Religión, en su obra *De bono status religiosi*; y Mamachi, maestro de teología y Director de la Biblioteca casanatense, nombrado en un Breve especial de Benedicto XIV, Secretario de la Congregación del Índice y maestro del Sacro Colegio elegido por Pío VI, en *Originum et antiquitatum christianarum.*

(39) *Historia del Almirante.*

(40) Decad I, lib I, cap. VII.

(41) *Historia de las Indias.*

(42) Navarrete, t. III, pág 561.

(43) W. Irving.

(44) Barros

(45) *Libro del Patronato.* (Archivo general de Indias en Sevilla).

(46) Romero Ortiz, *La literatura portuguesa en el siglo XIX.* Costa é Silva, *Ensaio biografico critico dos melhores poetas portugueses.*

(47) *Flores de España, Excelencias de Portugal*, de Sousa. — *Orígenes de la lengua portuguesa*, de Duarte. — *Historia crítica de la literatura española*, de Amador.

(48) Sobre los antiguos cancioneros portugueses ha escrito á maravilla Bellerman.

(49) Las encontraréis, en la *Monarchia lusitana* de Fr. Bernardo de Brito, tomadas de un manuscrito del Conde de Marialva. Brito, no dice que sean de Ansuéz. El erudito Monteiro las tiene por gallegas. Sobre los orígenes y progresos de la literatura portuguesa ha escrito con singular tino Ribeiro dos Santos.

(50) Braga, *Trovadores gallego-portuguezes.*

(51) Sarmiento, *Memorias para la Historia de la poesía.*

(52) Poséela la Biblioteca Nacional, en un tomo escrito en 1468 por Cristóbal Bochs.

(53) Cítanlo Santillana en su carta al Condestable; y en su *Nobiliario* el Conde D. Pedro Barcellos, quien le coloca en lugar cronológico que no aceptan Sánchez y Sarmiento.

(54) Imprimiéronse sus poesías en Granada en 1582 y después en 1599. Imprimiéronse también en Lisboa en 1592, ilustradas por el editor Pedro de Cáceres, con la biografía del autor.

(55) F. Espino, *Curso histórico-crítico de literatura española*.

(56) Gil Vicente debe á la crítica el honor de haberle estudiado detenidamente. En su país natal le han honrado:—Costa e Silva, en su *Ensaio critico sobre os melhores poetas portuguezes*; Freire de Carvalho, en su *Primer ensaio sobre a historia litteraria de Portugal desde a sua mais remota origen ate o presente tempo*; y José Gómez Monteiro, en *Ensaio sobre a vida e escriptos de Gil Vicente*. Le ha consagrado vigiliias:—Wolf, (*Studien zur Feschichte des Spanischen and portugiesischen national liberatur*) Clarus, en su *Cuadro de la literatura española en la Edad Media*, por excesivo amor á él es injusto con España. Amador de los Rios determinó á maravilla toda la importancia del insigne portugués. En los estudios de Teófilo de Braga, podeis leer una monografía admirable sobre *Gil Vicente y su escuela*.

(57) Balaguer, *Discurso de contestación al magnífico leído por D Celestino Pujol en la Academia de la Historia sobre la Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*.

(58) Son cinco tomos, publicados en Lisboa en 1766.

(59) Dos tomos dados á luz por Joseph Maregelo de Csan.

(60) Braga, *Historia de Camoens*; Adamson, *Memoirs of Camoens*; Vizconde de Juromenha, *Estudio biográfico-bibliográfico sobre Camoens*, y los trabajos de Canalejas y Vidart.

(61) Braga, *La poesía palaciega en el siglo XV*.

(62) Andrade Ferreira, *Bosquejos críticos*; E. A. Vidal, *Cartas obscuras á Ernesto Biester*; Costa e Silva, *Ensaio*.

(63) Francisco Manuel Freigoso, *Memoria sobre o theatro portuguez* (tomo v de las *Memorias* de la Real Academia de Ciencias de Lisboa; Braga, *Historia del Teatro Portugués*.

(64) Garret sólo ha conseguido recoger un romancero portugués menos rico y original que el catalán y que no tiene más importancia respecto al español que la de un *Apéndice*. Léase la *Historia de la poesía popular portuguesa* de Braga.

(65) Es anterior á la Sofonisba del Trissino. Leed *La Tragedia clásica* de Braga.

(66) No se conserva el nombre del autor. Faria y Sousa ha descubierto un fragmento. La crítica rechaza la antigüedad atribuída á este poema hallado según se cree en los días del vencedor de Ourique en el Castillo Arouce y escrito años antes por un cautivo cristiano, en las cárceles de aquel.

(67) Defienden la autenticidad de la antigüedad de este poema Miguel Leitao de Andrade y Manuel Faria y Sousa, Boutherwk y Sismondi. Bellermann ha demostrado y ha repetido Costa é Silva, el error de aquellos críticos.

(68) Costa é Silva en su *Ensaio biographico-critico* ha demostrado, que no son auténticas las copias de Moñiz ni tienen la antigüedad que le atribuyen los que las creen de la época de Alfonso I, es decir, de la misma época que el canto de Herminguez y que el de los Figueiros.

(69) Revela una cultura superior á la de la época de Guesto Ansúrez.

(70) Ninguno de ambos conoció las diez y seis fojas halladas en Evora y que se han añadido al códice. apesar de lo cual tenéis incompleta esta perla de la Biblioteca Real de Lisboa. Sobre el autor, antigüedad y lenguaje de este *Cancionero* discutió Varnhagen con ilustrados críticos de Portugal, y dieron su opinión el paleógrafo Ribeiro y Herculano

(71) Tenido por autor de *El Nobiliario*.

(72) Hijo legítimo el primero y bastardos el segundo y tercero de D. Dionís. Las poesías de Albuquerque se han perdido. De Barcellos hay en el *Cancionero de Resende* cuatro poesías

(73) Por sus *dezires* cítao Santillana.

Sobre si compuso un libro de *Cántigas* y cuál sea éste discótese aún.

(74) Fragmentos de ambas obras publicó Herculano en *Portugalice Monumenta Historica*.

(75) Obra de Francisco Sa de Menezes, imitador del Tasso.

(76) Su autor fué Gabriel Pereira de Castro. Manuel de Galhegos, Antonio dos Santos y el Padre Macedo, prefieren esta obra á las *Lusiadas*.

(77) Braga.

(78) Escribió su biografía Lobo, Obispo de Viseo.

(79) Ribeiro, *Memorias*

(80) López, *Præza Historia da Philo:sofia en Portugal*.

(81) Ribeiro, *Biografías de Pedro Núñez y Francisco Melo*.

(82) Baret, *De l'Amadis*; Braunfels, *Kritischer, Versuch über den Roman Amadis von Gillien*; Gayangos, discurso preliminar del tomo de la Biblioteca Rivadeneira, *Libros de Caballerías*; Mayans y Siscar; Nicolás Antonio; Lope, prólogo á *Las Fortunas de Diana*; Cardoso, *Agiologio*; Valera, *Disertaciones y juicios literarios*; *Crónica de Azurara*; Barros; Faria; Sousa de Macedo; Barbosa, *Biblioteca Lusitana*; Southey, Boutherweck, Clemencín, Wolf, Puymaigre, Clarus y Tiknor; Braga ha terciado en la cuestión. D. Nicolás de Benjumea escribió sobre los orígenes del *Palmerín*. Pablo Ignacio de Dalmases, *Disertación sobre la verdadera patria de Paulo Orosio que fué Tarragona en Cataluña y no Braga en Portugal*; y Moner *De Orosii vita*.

(83) Brandao, Cardoso y Bellermann.

(84) Labra, *Lisboa y los portugueses*. (Conferencia dada en el "Fomento de las Artes.")

(85) Léase la admirabilísima descripción de Edgar Quinet de este templo,

que D. Manuel erigió á Vasco de Gama y á los héroes anónimos de las expediciones del siglo XVI.

(86) Castelar

(87) Algunos historiadores han confundido al Licenciado Calzailla con D. Diego Ortiz. Según Bernáldez, los dos nombres son un solo sujeto. Acerca de ambos personajes escribió Antonio Ribeiro dos Santos Leed sus *Memorias de literatura portuguesa* publicadas por la *Açademia Real das Ciências* de Lisboa, t. VIII.

(88) Carta de D. Juan II de fecha 30 de Mayo de 1488, conservada en el archivo de Veragua.

(89) *Memoria* de la SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE, correspondiente al año 1891.

(90) Bernáldez, *Reyes Católicos*.

(91) P. Coll, *Colón y la Rábida*.

(92) F. Duro, *Nebulosa de Colón*.

(93) Asensio.

(94) *Historia del Nuevo Mundo*.

(95) *Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*

(96) Tomo I, capítulos V y VI.

(97) Ortiz de Zúñiga, *Anal. ecles. y sec. de la ciudad de Sevilla.—Hist. del Almirante*.—Navarrete, documentos 14 y 137.—Colón, relato del primer viaje.—Carta del Almirante á D.^{na} Juana de la Torre de fines del año 1500.—Carta del mismo á los Reyes de fecha 7 de Julio de 1503 —*Libro de las Profecías*.

(98) Capmany, *Memorias históricas del Consulado de Barcelona*.

(99) El Cura de los Palacios, *Historia*.

(100) El concepto lo hemos oído emitir, como una sospecha, en conversación particular, al insigne historiador y poeta Excmo. Sr. D. Victor Balaguer.

(101) Salazar, *Crónica*.

(102) *Erat equestri ordinis, vir nobilis, ingeniosus, acer et vehemens: idemquen fisci rationumque regiarum quæstor maximus*.

(103) Galíndez Carvajal, *Anales breves de los Reyes Católicos*, anotados por Floranes; Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*; Prescott, *Historia de los Reyes Católicos*; y Lafuente, *Historia de España*.

(104) Escribió:—*Breve y provechosa doctrina de lo que debe saber todo cristiano—Confesional*.—*Breve tratado de cómo havemos de restituir y satisfacer de todas maneras de cargo que son seis*.—*Breve y provechoso tratado de cómo havemos de comulgar*.—*Muy provechoso tratado contra el murmurar, etc.*—*Devoto tratado de lo que representan y nos dan á entender las ceremonias de la Misa*.—*Solaso y provechoso tratado contra la demasia de vestir y de calzar y de comer y de beber*.—*Provechoso tratado de cómo devemos aver mucho cuidado de espender muy bien el tiempo*.—*Collacion muy provechosa de cómo deben renovar en los asuntos todos los fieles cristianos en el sancto tiempo del adviento*.—*Tratado sobre S. Juan Evangelista y sus excelencias*.—*Etc.*

(105) R. Pinilla.

(106) F. Duro.—R. Pinilla.—Asensio.

(107) Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*.—Escribió:—*Navarum defensionum Div. Thom. Super IV libros sententiarum*.—*Defensiones ab impugnacionibus magistri Nicolai de Lira*.—*Monotessarum*. Nació en Toro. Cifó las mitras de Zamora, Salamanca, Córdoba y Palencia. Murió Arzobispo de Sevilla y electo de Toledo.

(108) La tesis de las *Conferencias de Salamanca*, nadie la ha dilucidado mejor que R. Pinilla en *Colón en España*, Doncel en *La Universidad de Salamanca ante el Tribunal de la Historia*, y Torre Vélez en la *Memoria* que en 1885 le premió la SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE.

(109) Navarrete, núm. IV, t. II, pág. 11.

(110) Duro, *Fojas de Isabel la Católica* (Revista Contemporánea, t. 38)

(111) Navarrete, *Colección*.—Probanzas del pleito seguido con el fiscal del rey por D. Diego Colón.

(112) y (113) Las Casas y *Diario de Colón*

(114) Navarrete, t. II, p. 66.

(115) R. Pinilla.

(116) F. Duro, *Disquisiciones náuticas*.

(117) El monumento erigido por D. Mariano de Solís, consiste:—“en una ligera pirámide, terminada por un globo terráqueo sobre el basamento de un grupo de cuatro pedestales dóricos, perfectamente orientados y que descansan sobre un ancho zócalo de finísimo granito. Una verja de hierro, sobre pilas-tras también de granito, rodea á conveniente distancia la pirámide. El pedestal tiene las siguientes inscripciones:

Á CRISTÓBAL COLÓN, EN MEMORIA DE LAS CONFERENCIAS HABIDAS EN ESTE SITIO DE VALCUEVO, PARA EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO, MARIANO DE SOLÍS.—Á LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA DONÓ ESTE MONUMENTO MARIANO DE SOLÍS.

(118) 180 mil ejemplares del número *La Moderne Kunst*, dedicado á reproducir obras de Pradilla, se han vendido.

(119) Pietsrch, *Gaceta de Berlín*.

(120) Algunos historiadores dicen que Fr. Juan Pérez fué confesor de Isabel la Católica. La Reina, desde el principio, tuvo á Taíavera de Confesor. Este cargo jamás lo desempeñó el P. Pérez.